batalla de la bolsa del Ruhr

Charles Whiting

San Martin Historia del Siglo de la Violencia



batallas libro n.° 10

Barrie Pitt presenta la historia ilustrada del siglo de la violencia que edita San Martín

La cronología del siglo XX es un catálogo de violencia como jamás hasta ahora conociera el mundo. Dos guerras a escala mundial han señalado las cimas de la inevitable inclinación del hombre hacia la violencia; pero el período no ocupado por esas guerras no ha sido menos violento: la humanidad no ha cesado de prepararse para la violencia, de ejecutar actos violentos o de ocuparse de sus consecuencias.
Cuanto más capaz se hace la raza humana de controlar el medio que la rodea, más le empuja su ansia de autoafirmación a poner en peligro ese medio con el uso de la violencia. El instinto de luchar y destruir parece ser tan básico en la naturaleza humana como el instinto de amar y crear.

Para comprender mejor este siglo de violencia, **San Martín-Ballantine** inicia ahora la publicación de una extensa colección, la **Historia Ilustrada del Siglo de la Violencia.** En ella se integrará la historia ilustrada de la Segunda Guerra Mundial, que tan enorme éxito tiene, y que continuará ofreciendo las series ya conocidas por sus lectores. Seguirán apareciendo los libros de Batallas, Campaña y Armas de la Segunda Guerra Mundial, y se ampliarán para incluir otras batallas, campañas y armas de todo el siglo de otros períodos y diferentes países, desde Corea hasta Vietnam y desde la España de 1936 hasta las luchas revolucionarias de América del Sur. Aparecerán además series nuevas. **Personajes** presentará biografías de los hombres: unos, de reconocida grandeza; otros, de infausto recuerdo, que arrastraron a la humanidad a la violencia o que emplearon la violencia para dirigir la lucha por la paz. Ya se han publicado las biografías de **Patton, Skorzeny** y **Hitler.** Pronto les seguirán las de **Tito, Churchill,** etc.

Los libros irán, en todos los casos, profusamente ilustrados. El siglo XX ha sido la era de la cámara fotográfica, gracias a la cual han podido desarrollarse nuevas técnicas de presentación. Hemos demostrado bien el dominio de dichas técnicas con la **Historia Ilustrada de la Segunda Guerra Mundial.** Dondequiera que haya tenido lugar un hecho de violencia ha habido una cámara pronta a registrarlo. El equipo de investigadores de la colección ha recorrido los archivos públicos y las colecciones particulares de todo el mundo en busca de las mejores fotografías, para que todos los libros vayan inmejorablemente ilustrados. Los textos se deben a las plumas de los escritores y comentaristas más competentes del mundo, cada uno experto en su campo. Todos son concisos y de fácil lectura; textos e ilustraciones componen juntamente una nueva forma de presentar la información. Los libros ilustrados de San Martín son un nuevo tipo de libros para el lector moderno.

Batalla de la Bolsa del Ruhr



El autor de Batalla de la Bolsa del Ruhr: Charles Whiting

Charles Whiting se alistó en el Cuerpo de Reconocimiento a la edad de 16 años, luchando en el Noroeste de Europa durante la Segunda Guerra Mundial. Después de cursar estudios en Alemania e Inglaterra fue designado profesor de universidad en Maryland, Bradford y Saarbrucken. Ha escrito diez libros, con inclusión de cuatro novelas, y ha sido ganador del premio literario Sir George Dowty.



Batalla de la bolsa del Ruhr
Charles Whiting

Director Editorial: Barrie Pitt
Editor: David Mason
Director Artístico: Sarah Kingham
Director Gráfico: Robert Hunt
Dibujo: Michael Fry
Cubierta: Denis Piper
Dibujos Especiales: John Batchelor
Investigación Gráfica: Nan Shuttleworth
Cartografía: Richard Natkiel

Las fotografías de este libro han sido especialmente seleccionadas de los siguientes archivos de izquierda a derecha: pág. 2-3 US Army; 8-9 Imperial War Museum; 10-15 US Army; 15 Keystone/US Army; 16-17 IWM/Sado; 18-19 US Army; 20 Paul Popper Ltd/US Army/US Army; 21-23 US Army; 24-25 Paul Popper; 26 Süddeutscher Verlag; 27 US Army; 30 IWM; 31 US Air Force; 32-33 Ullstein/Black Star; 34 US Air Force; 35 US Army; 37 US Air Force; 38 Süddeutscher Verlag; 39 Ullstein/Sado/US Army; 41-46 US Army; 49 Ullstein; 50-51 Keystone/Ullstein; 54 IWM; 55-56 US Army; 57 US Army/Ullstein; 60-61 US Army; 62-63 Keystone; 67 US Army; 68 IWMK]Sado; 69 Sado; 70 US Army; 71-75 Keystone; 77 IWM/US Army; 78 US Army; 79 Keystone; 81-88 US Army; 84 Sado/Südeutscher Verlag; 85 Sado; 86-89 US Army; 89 Keystone; 91 Sado; 92-93 US Army; 95 Keystone; 96-97 US Army; 98 Süddeutscher Verlag; 99-100 US Army; 102-104 Keystone; 105-106 US Army; 107 US Army/Süddeutscher Verlag; 108-109 US Army; 110-112 Ullstein; 113-117 Keystone; 118-120 US Army; 121 Süddeutscher Verlag/US Army; 122 Ullstein; 123-125 US Army; 126 US Army/Keystone; 128 US Army; 129 Sado; 131-134 Us Army; 135 Süddeutscher Verlag; 136 US Air Force; 137 US Army; 138-139 Novosti; 140-143 US Army; 144 Sdao; 145 US Army; 146-147 US Air Force; 148-149 Keystone; 150 US Army; 151-153 Keystone; 154 US Army; 155 Keystone; 156-157 Ullstein; 158-159 Keystone.
Portada Keystone. Contrapordada: US Army.

Traductor: Diorki
Primera Edición Publicada en Estados Unidos por Ballantine

LIBRERIA EDITORIAL SAN MARTIN
Puerta del Sol, 6
MADRID-14
Printed in Spain - Impreso en España
Por Altamira-Rotopress, S. A.
Carretera Barcelona, Km. 11,200 - Madrid-22
Depósito legal: M. 14.673/74
I. S. B. N.: 84-7140-080-4

Indice

La gran decisión

Introducción por Peter Elstob

Parecía que algo extraño le había sucedido al general Eisenhower en las semanas finales de la Segunda Guerra Mundial. El 28 de marzo, sin notificarlo siquiera a los jefes del Estado Mayor conjunto ni al primer ministro inglés, envió un mensaje personal a Stalin, que implicó un camio sustancial de gran valor estratégico: los aliados occidentales no avanzarían hasta Berlín para encontrarse con los rusos, sino que lo harían a lo largo de una línea que pasaría por Erfurt, Leipzig y Dresde.

Precisamente el día anterior, el mariscal de campo Montgomery había comunicado al general Eisenhower que su 21 Grupo de Ejército iba a lanzarse rápidamente hacia la línea del río Elba, con el fin de ocupar las llanuras del Norte de Alemania, que harían posible el avance veloz hasta Berlín. Eisenhower, entonces, remitió una orden a Montgomery en la que establecía que tan pronto como el Ruhr hubiera sido cercado se retiraría de su mando al Noveno Ejército Americano, el cual sería utilizado en las operaciones de limpieza del Ruhr, y añadía que el 21 Grupo de Ejército se dedicaría a proteger el flanco Norte del 12 Grupo de Ejército, al mando de Bradley, en su ofensiva hacia el Sudeste.

La decisión de avanzar por el sector central en dirección a Dresde, en vez de hacerlo por el flanco izquierdo hacia Berlín, y de esperar a la limpieza del Ruhr, ha sido objeto en los últimos veinticinco años de acaloradas discusiones por parte de los historiadores. Cabe la posibilidad de que, al darse cuenta el jefe supremo de la proximidad de la victoria, se inclinara, en un acto de humanidad, en favor de la reducción de las bajas (el general Bradley había hecho saber que el asalto a Berlín costaría alrededor de cien mil); o tal vez que, con el recuerdo reciente de la inesperada ofensiva alemana a las Ardenas, titubeara ante un avance que dejaba desguarnecidos los flancos contra un asalto alemán similar que, aunque no tuviera probabilidades de éxito, ciertamente supondría graves pérdidas. No cabe duda, asimismo, de que en sus pensamientos tenían cabida las imágenes de unos soldados alemanes llenos de fanatismo que venderían caras sus vidas, según los informes del servicio de información militar del SHAEF, en la defensa del «Reducto Nacional» de Baviera meridional. Había que admitir, además, el hecho militar obvio de que los rusos ya disponían de un millón de soldados estacionados a sesenta kilómetros de Berlín, mientras que las fuerzas de Eisenhower se hallaban a unos trescientos kilómetros de distancia, lo cual hacía muy improbable la victoria en la carrera hasta la capital.

Aunque todos estos factores tuvieran su influencia en la decisión de Eisenhower, hubo otras dos razones que explican su resonante decisión de diluir las ingentes fuerzas aliadas a lo largo de un extenso frente, en vez de concentrarlas, como originariamente se había planeado, en un avance definitivo. Por un lado, se había convencido por fin de que el mariscal Montgomery no avanzaría en la forma que Bradley lo haría, quien, como el mismo Eisenhower afirmó, «jamás se detenía para reagrupar sus tropas si veía alguna oportunidad de seguir». Por otro lado, había que tener presente el efecto de la desunión introducida en sus mandos por las profundas rivalidades, los graves recelos y la miopía de la pugna entre los generales subordinados.

El mariscal Foch dijo que su experiencia de la Primera Guerra Mundial le había enseñado a perder gran parte de su veneración por Napoleón, ya que el Pequeño Cabo siempre se enfrentó a coaliciones, y cualquier general con dotes medianas puede derrotar a una coalición. Eisenhower, por desgracia, coincidiría en 1945 con esta opinión.

Una de las más profundas rivalidades era la existente entre Montgomery y Bradley a partir de la ofensiva de las Ardenas; pero ésta no era la única. Patton estaba convencido de que se enfrentaba, no sólo con los alemanes, sino también con el SHAEF, con el Primer Ejército y con los ingleses; los franceses estaban seguros de que se pretendía su eliminación de la ofensiva final; el Noveno Ejército creía que el Segundo perseguía monopolizar el cruce del Bajo Rhin. Mientras las fuerzas aliadas esperaban el paso del río, uno de los hombres de Patton destacado en Amberes escribió con tiza «Tercer Ejército» en todos los puentes móviles desembarcados; el Primer Ejército, que ya había sufrido tristes experiencias, tuvo la precaución de que uno de sus hombres en Lieja borrara «Tercer» y escribiera «Primer».

Cuando se tuvo la certeza de la derrota alemana, algunos de los mandos superiores a las órdenes de Eisenhower se dedicaron a hacer su guerra particular, en la que el prestigio, ya fuese nacional o de cualquier otra índole, se revestía de una importancia mayor que la rápida victoria sobre el enemigo. Por estas razones el general Eisenhower arrinconó la idea de contener a las fuerzas del Ruhr con un Quince Ejército reforzado mientras los aguerridos soldados británicos, americanos y franceses de los 21, 12 y 6 Grupos de Ejército rebasaban el área y se lanzaban hacia el Este a la mayor velocidad posible; en su lugar, más de la mitad de las divisiones de los ejércitos Noveno y Primero Terminarían encargándose, durante dos semanas cruciales, de una gigantesca operación de limpieza, que es precisamente el tema de este libro.

La Bolsa del Ruhr, el más extenso doble envolvimiento de la historia, superó a las de Stalingrado y Túnez en cuanto al número de prisioneros, y la relación de divisiones rendidas y de generales capturados parece una lista de lo más selecto del ejército alemán. Contra lo que se esperaba, las bajas fueron reducidas a causa de la desmoralización de una Wehrmacht deshecha y agotada, cuyos componentes, en su mayoría, sólo deseaban la terminación de una guerra sin sentido; pero algunas unidades, muy inferiores en número y abandonadas sin protección aérea a la merced de los caza-bombarderos, lograron echar mano de pocos carros o de cañones autopropulsados y se defendieron con una disciplina y una fiereza que resultaron casi inimaginables en esta fase del conflicto. Los norteamericanos, endurecidos ya por la guerra, lograron realizar su tarea con decisión y eficacia.

La batalla del Ruhr tuvo sus momentos de tragedia en gran escala, otros de gran comicidad, e incluso actos de profundo heroismo y de hundimiento repentino, aunque comprensible. Charles Whiting los ha recogido magistralmente en esta primera historia, detallada y completa, de la batalla que determinó la destrucción definitiva del poder alemán en el Frente Occidental.

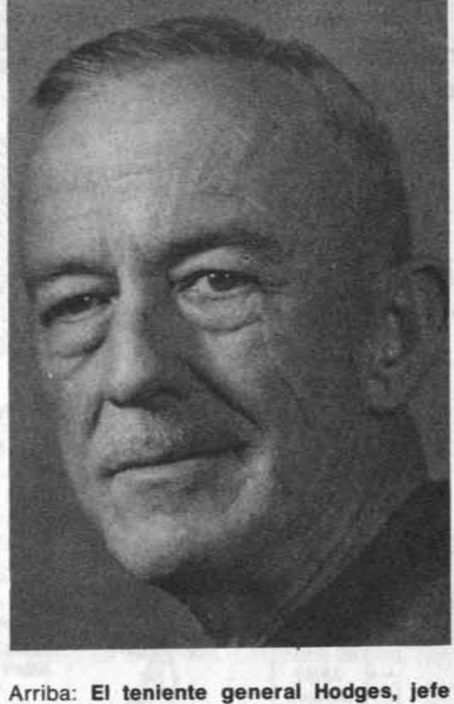
Avance a través del Rhin

El Rhin, que desde los días de Napoleón no había sido atravesado por la fuerza, estaba considerado por los aliados como la última y más imponente barrera natural del interior de Alemania. Los estrategas occidentales se prepararon durante meses para el día en que hubiera que atravesarlo, y en ningún momento imaginaron que fueran a hallar un puente intacto que cruzara su ancho cauce; sin embargo, esta posibilidad casi fantástica se hizo realizable en la primera semana de marzo de 1945.

El 2 de marzo, la 83 División del Noveno Ejército de Estados Unidos descubrió un puente incólume a una distancia de un poco más de veinte kilómetros, en las cercanías de Düsseldorf. Con unas avanzadillas de soldados que hablaban alemán y unos carros camuflados para dar la apariencia de vehículos alemanes, los norteamericanos atravesaron decididamente las líneas enemigas y se lanzaron a marchas forzadas en dirección al puente. En su avance fueron hostigados por un solitario soldado alemán, perteneciente a una pequeña columna, al que redujeron con sus disparos; pero el ruido producido puso sobre aviso a los defensores, y al tiempo que los primeros carros norteamericanos se apostaban en sus accesos, el puente de Düsseldorf volaba por los aires.

Un día más tarde, la 2.ª División Acorazada del mismo Ejército estuvo más cerca aún de Düsseldorf, las unidades de vanguardia de la división se vieron frente al imponente *Adolf Hitler Brücke*, de tres tramos y unos 500 metros de longitud. Dos oficiales llegaron incluso a pasar al otro lado, consiguiendo volver a dar cuenta al comandante del destacamento, el cual se pasó casi un día completo en el intento de apoderarse mediante un golpe de mano de la enor-





Arriba: **El teniente general Hodges, jefe del Primer ejército norteamericano.** Izquierda: **El puente Adolf Hitler, como otros muchos, volado ante el avance aliado.**

me estructura. Al final, sin embargo, el *Adolf Hitler Brücke* siguió la misma suerte que el de Düsseldorf: los alemanes lograron volarlo en las mismas narices de los norteamericanos.

De todos los puentes sobre el Rhin que seguían incólumes en aquella primera semana de marzo —y no eran muchos—, el que los aliados consideraban como menos apetecible era el de ferrocarril de Ludendorff, en el pueblecito de Remagen, un poco al Sur de Bonn. En el curso de los meses de planificación dedicados al estudio del lugar por donde los aliados podrían efectuar el cruce del río, el puente Ludendorff no había sido mencionado ni una sola vez. La ribera oriental ofrecía unas excelentes posiciones defensivas, con unos riscos que rodeaban la entrada del puente y que se elevaban hasta cerca de 200 metros; además, la zona estaba cubierta por tupido bosque y las carreteras eran pocas y malas. Remagen no podía ser aceptado como el lugar ideal para el desencadenamiento de un ataque con fuerzas acorazadas; no obstante, el general Hodges, del Primer Ejército de Estados Unidos, había discutido someramente la posibilidad de tomar el puente con el general Millikin de su III Cuerpo, que era el que se aproximaba a dicha comarca. Los dos, sin embargo, habían llegado aquel 4 de marzo a la conclusión de que eran muy escasas las posibilidades de que el puente siguiera intacto cuando las tropas de Millikin llegaran al Rhin.

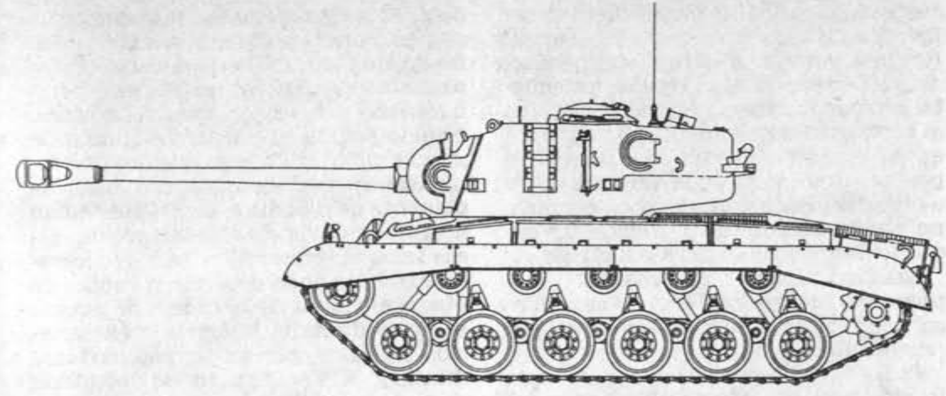
Esta seguridad no era compartida por el general von Zangen, comandante en jefe del Decimoquinto Ejército alemán, quien tenía a su cargo un sector del frente de cerca de cuarenta kilómetros al Oeste de Remagen, sabía que su vecino, el Quinto Ejército Panzer, bastante diezmado en las Ardenas varios meses antes, se había retirado al Rhin y dejaba un hueco de más de noventa kilómetros a su izquierda, por lo que albergaba el presentimiento de que los norteamericanos terminarían atacando y apoderándose del puente. Manifestó sus temores al mariscal de campo Model, comandante en jefe del Grupo de Ejército B y jefe supremo en su sector del frente, pero éste no los tuvo en cuenta. Como contestó a Zangen, tan sólo un idiota pretendería cruzar el Rhin en aquel lugar, por lo que le prohibió el envío de tropas a la retaguardia en misión de protección del puente.

Al tiempo que tenía lugar esta conversación entre los dos jefes alemanes, las tropas acorazadas de asalto del Primer Ejército del general Hodges se aproximaban a las aguas del Rhin, aunque con intenciones que no incluían la toma del puente de Remagen. Encabezadas por la 9.ª División Acorazada, el avance pretendía enlazar con el Tercer Ejército de Patton, que seguía la margen izquierda del Mosela, en dirección a Coblenza, y en un gran movimiento de tenaza atrapar todas las fuerzas alemanas al Oeste del Rhin, entre Coblenza y Colonia, con inclusión del Decimoquinto Ejército de Zangen.

Al llegar la tarde del 6 de marzo, la 9.ª Acorazada ya se había adentrado por el vacío existente entre los dos Ejércitos alemanes el Quinceavo y Quinto, y con el Unidad de Combate B del general Hoge a su vanguardia se aproximaba al pueblecito de Meckenheim, a cerca de veinte kilómetros de Remagen. Al tiempo que Hodges se detenía en Mechenheim para reagrupar a sus hombres y esperar instrucciones, su comandante divisionario, el general Leonard, solicitó del general Millikin las órdenes para su división.

Durante la conversación, el jefe del Cuerpo de Ejército hizo una casual referencia: «¿Ves esa rayita negra del puente de Remagen? Si logras ocuparlo, tu nombre se cubrirá de gloria». Sin em-

HOLANDA
Arnhem
Nijmegen
23/24 MARZO
TROPAS BRIT Y NORT
CRUZAN EL RHIN
Línea frente el 8-2-1945
Ataques aliados
Límite mandos militares
Línea Sigfrido
Millas 0 40
Kilómetros 0 70
CAN. FIRST ARMY (Crerar)
Wesel
Lippe
Buderich
Rheinberg
Dinslaken
Dortmund
Essen
BRIT. SECOND ARMY (Dempsey)
BRIT. 21st ARMY GROUP (Montgomery)
R U H R
Duisburg
Ruhr
Düsseldorf
FIFTH PZ ARMY
ARMY GROUP B (Model)
US NINTH ARMY (Simpson)
Roer
Cologne
5th MAR.
ALEMANIA
Aachen
Bonn
7 MARZO
PRIMERA
CABEZA PUENTE
Liège
Meuse
BELGICA
Roer Dams
Remagen
Lahn
US FIRST ARMY (Hodges)
FIFTEENTH ARMY
Sinzig
Rhine
To Frankfurt
Limburg
Ahr
Eifel
Koblenz
Oberlahnstein
US 12th ARMY GROUP (Bradley)
Kyll
SEVENTH ARMY
Boppard
St Goar
Bastogne
Bitburg
Weisbaden
Mainz
Oppenheim
US THIRD ARMY (Patton)
Moselle
Hunsrück
22/26 MARZO
TERCER EJERCITO
EE.UU. CRUZA RHIN
Trier
10th MAR.
LUX.
Worms
Luxembourg
FIRST ARMY
Mannheim
SAAR
Saarbrücken
Verdun
Metz
F R A N C I A
SEVENTH ARMY (Patch)
Rhine
Karlsruhe
US 6th ARMY GROUP (Devers)
Saar



El M-26 norteamericano llegó a Europa a tiempo de tomar parte en algún combate poco antes de que la guerra terminara. Basándose en diversos modelos de pruebas, con diferente armamento y transmisión, el M-26 pretendía sustituir a la proyectada serie M6 que fue dejada a un lado sobre todo por las dificultades de su transporte, provocadas por su enorme peso. El M26 mostraba una silueta baja para un carro de sus dimensiones. Tripulación: **cinco.** Peso: **41 toneladas.** Armamento: **un cañón de 90 mm, dos ametralladoras de 7,7mm y una de 12,5mm.** Munición: **70 proyectiles de 90mm, y 5.000 de 7,7mm. y 550 de 12,5mm.** Velocidad: **30 km/h por carretera; 8 km/h campo a través.** Autonomía: **máximo de 150 kilómetros.** Blindaje: **10cm la parte delantera y la frontal de la torreta; 7,5cm el casco, los laterales de la torreta y la cara posterior de la misma; 5cm el casco de su lado posterior y 2,5cm el techo de la torreta.** Longitud: **8,80m.** Anchura: **3,50m.** Altura: **2,75m.**

bargo, no se tomó ninguna decisión firme al respecto.

En la mañana del 7 de marzo, el general Hoge dividió su unidad de combate en dos equipos, uno para cruzar el Ahr en Sinzig y el otro, al mando del coronel Engeman, para tomar Remagen. Pero este se retrasó en la salida a causa de las dificultades opuestas a su avance pos los destrozos causados en Meckenheim, y hasta las 08,20 no pudo ponerse en camino una compañía de infantería blindada y una sección de los nuevos carros Pershing, armados con cañones de 90 mm.

Aproximadamente cinco horas después, el grupo llegaba a las alturas situadas al Oeste del Rhin, divisaba a sus pies la franja serpenteante del río y, sobre el mismo... ¡el puente! En los primeros instantes, los norteamericanos creyeron que se trataba de alguna estratagema, pero el coronel Engeman no lo dudó un momento y ordenó a sus hombres que iniciaran el descenso. Hodges, que llegó al lugar poco más tarde, confirmó tal decisión, apremiando incluso su ejecución con los gritos de «¡Tomen ese puente!» A Engeman, que se hallaba a su lado, le dijo: «Coja varios carros y colóquelos a ambos lados del puente, para que hagan fuego sobre la otra orilla; cuando tengamos la superioridad del fuego, ordene que pase la infantería».

Los alemanes, en la otra orilla, hacían intentos febriles por procurar que estallaran las cargas colocadas en el puente, pero estaban cegados por el humo de fósforo que los norteamericanos prodigaron y que causó una confusión total. En dicha situación, el capitán Bratge, que se hallaba temporalmente al mando del puente, descubrió que el detonador no funcionaba y envió a un grupo con 300 kilogramos de explosivos; éste logró efectuar su trabajo y las cargas hicieron explosión, pero cuando el humo se disipó el puente seguía intacto y los norteamericanos empezaban a cruzarlo.

A las 16,30 el puente ya había sido limpiado de explosivos y el III Cuerpo de Ejército tenía la misión de «lanzar todo lo que tuviera» al otro lado del río.

Hodges, comandante en jefe del Primer Ejército, telefoneó después al general Bradley, jefe del 12 Grupo de Ejército, al que pertenecía. Con Bradley se hallaba conferenciando el general Bull, quien al oír la gran noticia exclamó muy poco entusiasmado: «Bueno, ya tienes un puente, Brad, pero ¿qué ventajas te va a reportar? Por ahí abajo, por Remagen, no tienes ningún sitio adonde ir; ese punto no encaja con nuestros planes.»

Bradley replicó con energía: «¡Un puente es un puente! Es algo maravilloso, dondequiera que esté, con tal de que cruce el Rhin.»

Bull no se dio por vencido. Sabía que la estrategia aliada preveía el paso del río por parte del 21 Grupo de Ejército de Montgomery, al Norte del Ruhr. Su falta de entusiasmo se reflejaba claramente en su rostro, de facciones un tanto anchas, por lo que Bradley gritó indignado: «¿Qué caramba quieres que hagamos? ¿Que nos retiremos y lo volemos?»

No recibió respuesta y tuvo que llamar a Eisenhower, a su cuartel general en Reims, para comunicarle la inesperada captura y obtener confirmación a la orden, no oficial aún, de cruzar el río que había dado al III Cuerpo de Ejército de Hodges. Eisenhower, a diferencia de Bull, se mostró entusiasmado; él mismo nos lo relata en sus memorias: «Apenas si pude creer lo que oía; él y yo habíamos discutido muchas veces esta posibilidad, pero sólo como algo muy remoto y nunca como una esperanza fundada. Le grité al teléfono: «¿Cuántos efectivos tienes en las cercanías para que crucen el río inmediatamente?» Bradley confesó entonces que había dado la orden a un cuerpo de ejército y Eisenhower le respondió: «Sigue y coloca al otro lado un mínimo de cinco divisiones y todo lo que haga falta para asegurar la captura.»

La toma del puente de Remagen, como Eisenhower confesaría tres años después, fue «uno de mis momentos más dichosos de la guerra», y aunque en cierto modo se interfiriera con el proyectado cruce de Montgomery, más al Norte, incitó a Bradley a ampliar la cabeza de puente del Primer Ejército. De esta suerte, al tiempo que Montgomery se preparaba para un paso masivo en gran escala, que se produciría dos semanas después, Hodges consolidaba la cabeza de puente. Los alemanes intentaron desesperadamente su destrucción, utilizando sin éxito artillería de largo alcance, hombres-rana con explosivos, bombarderos, cohetes y minas flotantes; cuando por fin el puente se hundió de motu propio, el 17 de marzo, los norteamericanos contaban ya con otro de planchas de rodadura, con lo que tenían asegurada la vía de abastecimiento. En esa fecha el Primer Ejército había logrado extender poco a poco, en continuos ataques, el área de la cabeza de puente en unos dieciséis kilómetros en dirección Nordeste, por un terreno bastante difícil, y la 9.ª División de Infantería norteamericana se acercaba cada vez más a su objetivo, la autopista Frankfurt-Colonia.

De Montgomery dependía el asegurar el paso de mayor envergadura del río, de





Arriba izquierda: **El mariscal de campo Model, jefe del Grupo de Ejército B.** Derecha: **El general de brigada Hoge.** Abajo: **El puente ferroviario Ludendorf, en Remagen, que siguió intacto durante algún tiempo, a pesar del intento alemán de volarlo.**



acuerdo con la estrategia de la que dependían las pocas semanas que quedaran de guerra. La parte reservada a los ingleses en la Operación Plunder, el paso del Rhin por el XXI Cuerpo de Ejército, ha sido descrita en muchas obras; implicaba el cruce del río cerca de Wesel por dos divisiones de infantería y por una brigada de comandos, seguido algo después, una vez asegurada la otra orilla, por el aterrizaje diurno de tropas aerotransportadas, británicas y norteamericanas. En esta obra nos ocupamos sobre todo del asalto del Noveno Ejército de Estados Unidos, al que correspondería un papel destacado en la campaña de la Bolsa del Ruhr.

El citado asalto fue realizado por las divisiones 30 y 79 del XVI Cuerpo de Ejército. Una de ellas cruzó el río al Norte de Reinberg (al Sur de Wesel) y la otra atacó al Este de la ciudad. En un frente de unos trece kilómetros, las dos divisiones tenían enfrente a las alemanas 180.ª y Hamburg.

La 30 División puso en juego sus tres regimientos, cada uno de los cuales envió un batallón al otro lado, a las cercanías de Buderich, Wallach y Reinberg. Las ametralladoras lanzaron balas trazadoras por delante de los primeros botes de asalto, para guiar la primera oleada. Con gran celeridad, el primer grupo de infantería llegó a la otra orilla, se dispersó pendiente arriba y capturó el lugar casi sin darse cuenta. Como señaló el jefe de una compañía, «no fue una verdadera batalla, ya que la artillería nos había ahorrado el trabajo».

Una hora más tarde iniciaron el asalto dos regimientos de la 79 División. En un principio se produjo una cierta confusión a causa del humo con que se habían cubierto los lugares para el cruce, pero una vez superada aquélla la infantería logró llegar rápidamente al otro lado, venciendo una oposición bastante leve.

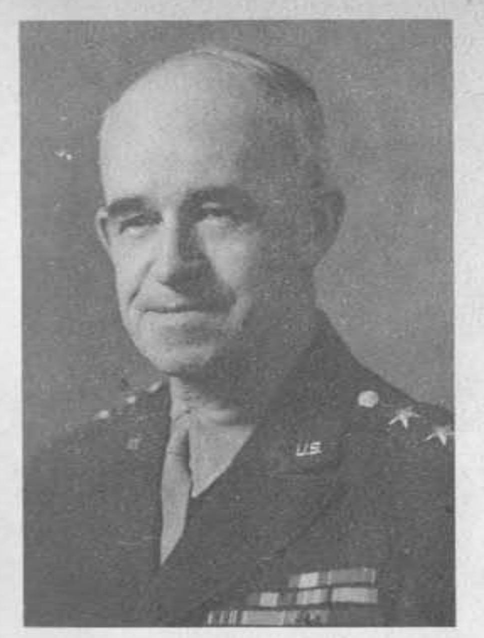
A media mañana, el Noveno Ejército pudo comenzar el transbordo de los carros, y al atardecer de aquella jornada se había alcanzado el primer objetivo, Dinslaken, y se había terminado, con

El puente de Remagen. Arriba: **Las tropas se protegen antes de pasarlo.** Abajo: **La llegada a salvo al otro lado del Rhin.**



Arriba: **El puente de Remagen, destruido por los daños causados; un puente de pontones se prepara para canalizar el tráfico.** Abajo: **Las tropas aerotransportadas aliadas se concentran cerca de Wesel.**





El teniente general Omar N Bradley, comandante en jefe del 12 Grupo de Ejército.



El general de división Harold R. Bull, jefe adjunto del estado mayor del SHAEF.

merecido honor, el primer puente sobre esta área del Rhin: una pista de rodadura sobre portones de 350 metros, construido en un tiempo réreord y terminado a las 16,20. En palabras de un historiador oficial norteamericano, «el Noveno había cruzado el que posiblemente era el mayor obstáculo fluvial de la Europa Occidental con un coste de sólo treinta y una bajas.

El 24 de marzo, el Tercer Ejército de Patton se sumó al asalto del Rhin; pero dos días antes, con la esperanza de ridiculizar un poco el cacareado cruce de Montgomery, ya había colocado sobrepticiamente dos divisiones de infantería en la otra ribera, en Oppenheim. Luego ordenaría al VIII Cuerpo de Ejército de Middleton que atravesara el río entre Boppard y St. Goar.

Entre estas dos ciudades el río se desliza por una zona que no es favorable para el cruce; pasa por un profundo cañón, con una orilla escarpada en el lado opuesto que se eleva casi en vertical a alturas que oscilan entre 100 y 130 metros. La margen oriental, además, se hallaba bien defendida por el LXXXIV Cuerpo de Ejército de Höhne, con unos 400 infantes, una brigada antiaérea, diez obuses y un conjunto abigarrado de policías, unidades de la *Volkssturm* y restos de otras formaciones, que se habían atrincherado a lo largo de la orilla.

A pesar de ello, Middleton se dispuso decididamente a cumplir su misión. Poco antes de la medianoche del 24 de marzo, su 87 División envió al otro lado cuatro batallones de infantería. Cerca de Rhens, uno de estos fue cogido por un fuego enemigo intensísimo que le hizo invertir una hora en el cruce; pero unos cien metros más abajo, otro de los batallones atravesaba el cauce sin encontrar oposición hasta poner pie en la ribera opuesta. Un día después, ambos lugares eran abandonados para utilizar los establecidos en Boppard por los otros dos batallones, cuyo ataque no había tropezado con dificultades, hasta el punto de que la infantería norteamericana hizo un avance rápido y logró capturar Oberlahnstein, en la confluencia del Lahn con el Rhin.







Arriba izquierda: **La Operadión Plunder; las tropas británicas se preparan para cruzar el Rhin al amanecer.** Centro: **La artillería dispara para proteger el paso cerca de Rhineburg.** Abajo: **Los soldados del Noveno Ejército cruzan el río por Rhineburg.** Arriba: **Patton (a la derecha) discute los movimientos futuros con el general de división Eddy, cerca de Oppenheim.**



Tres días después, el 28 de marzo, los ejércitos aliados habían establecido sus cabezas de puente a todo lo largo del Rhin. En el sector Norte, los norteamericanos a las órdenes de Montgomery habían tropezado con una dura resistencia enemiga, pero lograron aproximarse a las áreas edificadas del Ruhr situadas entre el Rhin y Sterkade y limpiar la mayor parte de los bosques del Norte de la zona, hasta el canal Lippe. Con unas bajas de 3.968 ingleses y 2.813 norteamericanos, el 21 Grupo de Ejército había establecido una cabeza de puente de una longitud de 55 kilómetros y una profundidad de 20.

En Remagen, el Primer Ejército de Hodges recibió por fin de Eisenhower la orden de avanzar y una de sus columnas acorazadas se movió velozmente entre las defensas alemanas y por la autopista Ruhr-Frankfurt se lanzó hacia Limburg y Wiesbaden, donde enlazaría con el Tercer Ejército de Patton.

El comandante en jefe supremo, que había presenciado el primer cruce y confesado a un soldado raso, mientras éste esperaba un tanto atemorizado el momento de montar en el bote de asalto, que también él se encontraba nervioso, pudo con razón afirmar que tales éxitos en el paso del Rhin implicaban la terminación de la Alemania nazi; como escribió luego en su narración de la campaña, «la operación del 24 de marzo selló el destino de Alemania; ciertamente, ya habíamos consolidado más al Sur otras dos cabezas de puente, pero en ambos casos la sorpresa y la buena suerte se habían puesto de nuestra parte. La operación en el sector Norte se habían efectuado frente a la resistencia máxima que el enemigo podía oponer a todo lo largo del río; se lanzó, además, directamente contra los límites del Ruhr y el desembarco en la orilla oriental puso a unas fuerzas considerables en condiciones de impedir la utilización por el enemigo de unas zonas bastente extensas de esta gran región industrial.»

Con cuatro ejércitos aliados en la ribera opuesta de la importante barrera fluvial, se planteaba la interrogante de cuál sería la operación siguiente y, en especial, la suerte de Ruhr, la mayor área industrial del enemigo y, durante más de un siglo, el corazón del potencial industrial alemán.

Arriba izquierda: **Montaje del puente de pontones.** Abajo: **Asalto a través del río en St. Goar.** Abajo derecha: **Un convoy de camiones y jeeps del Noveno Ejército camino de Münster.**





El plan Ruhr



En septiembre de 1944, unos seis meses antes del cruce del Rhin, el general Eisenhower, comandante en jefe, había escrito: «Espero que pronto nos hallemos... en posesión del Ruhr, del Sarre y de la zona de Frankfurt... Es obvio que Berlín es el premio final; no tengo la menor duda de que debemos concentrar todas nuestras energías y recursos en el avance rápido hacia la capital... En pocas palabras, mi intencien es la de marchar hasta Berlín por el camino más directo y expeditivo.»

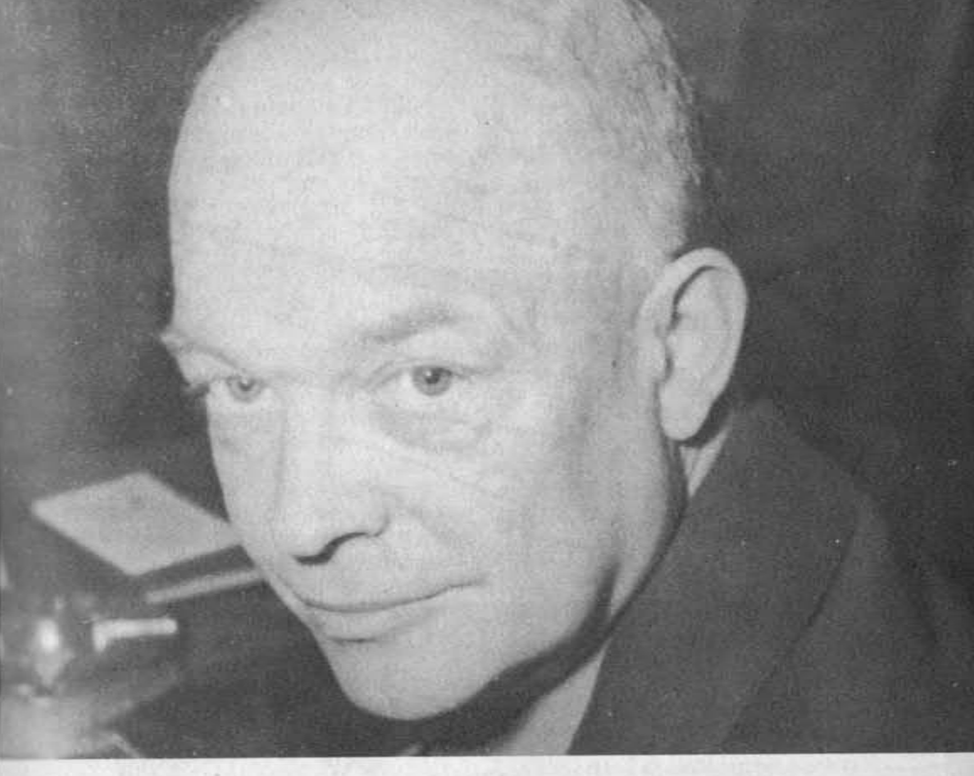
En aquel mes, el plan oficial presuponía un veloz ataque por el Norte por el mariscal Montgomery. Su 21 Grupo de Ejército, reforzado por todas las divisiones norteamericanas de que el 12 Grupo de Bradley pudiera desprenderse, «atravesaría el Rhin, rebasaría el Ruhr y abriría un pasillo hacia Berlín», en palabras del propio Bradley. Con ello quedarían forzosamente limitadas las actividades de este último, correspondiendo a las fuerzas norteamericanas un papel secundario y subordinado y a casi todos sus mandos una parte muy pequeña de la gloria que acompañaría al gran ataque final sobre la capital enemiga.

Pero Eisenhower no tuvo la oportunidad de hacer realidad su proyecto de septiembre. En primer lugar, sus efectivos se habían atascado por falta de suministros, y cuando este problema pudo ser vencido los alemanes habían desencadenado su gran contraofensiva de las Ardenas, que acabó con la perspectiva de cruzar el Rhin en 1944.

La Batalla de las Ardenas terminó con la grave ruptura de las relaciones entre el norteamericano Bradley y el británico Montgomery; aquél creía que su reputación y la de sus fuerzas quedaban seriamente afectadas por el hecho de que un extranjero como Montgomery hubiera recibido el mando, durante la fase decisiva del combate, de la mayor parte de las tropas del 12 Grupo de Ejército. Los propios comentarios de Montgomery

El plan de Eisenhower quedó frustrado a causa de la ofensiva de las Ardenas, que logró retrasar el final de la guerra.



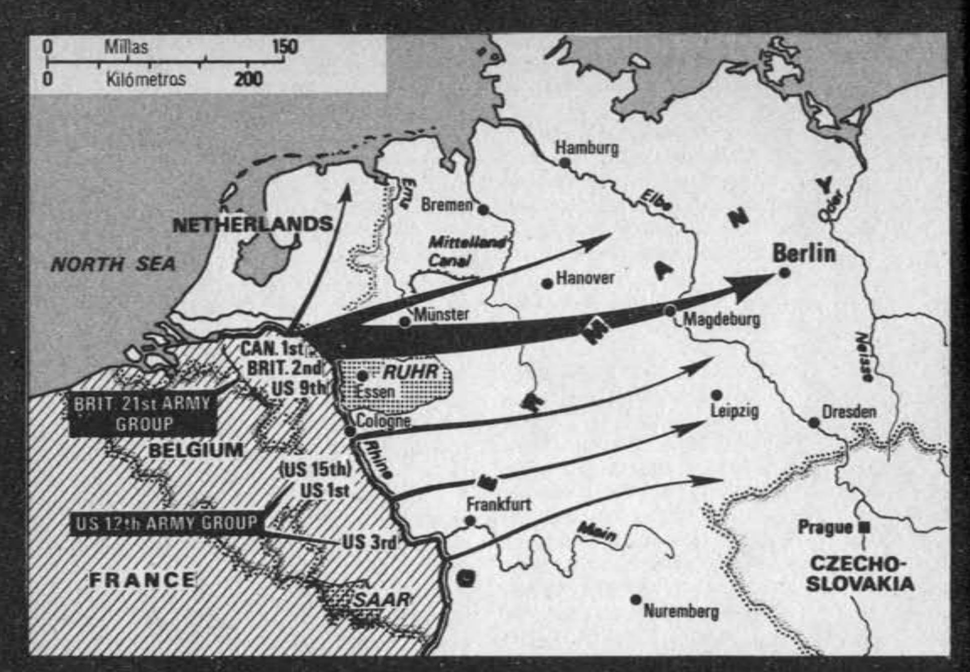


después de la batalla, o al menos la interpretación que Bradley les dio, contribuyeron a profundizar la discordia entre ambos.

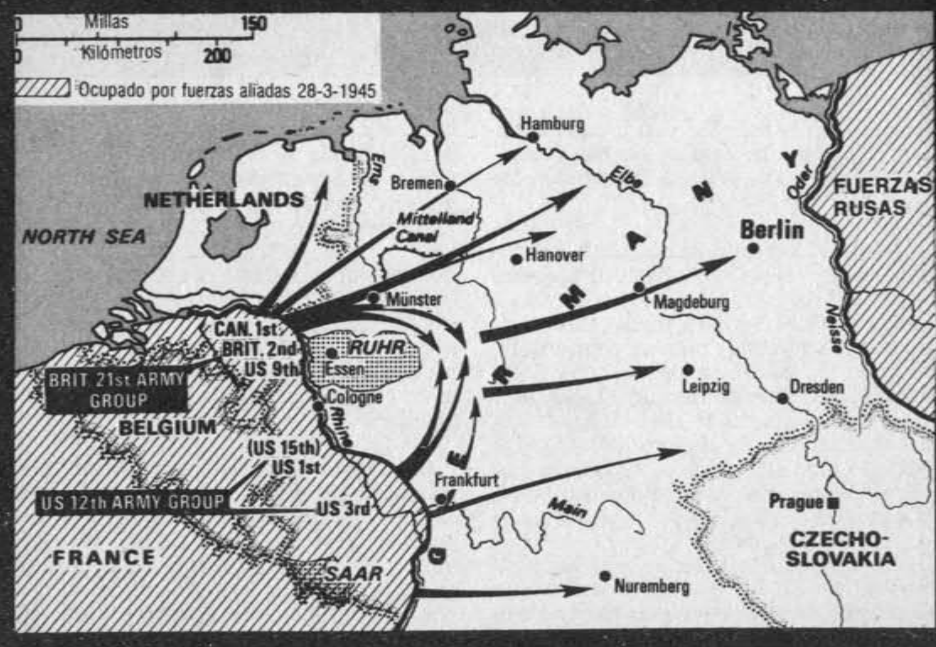
Esta era la situación cuando a principios de 1945 se volvió a discutir la estrategia aliada para la fase posterior al paso del Rhin; Bradley ya no estaba dispuesto a aceptar el plan de septiembre. Aunque no podamos conocer los detalles de sus entrevistas con Eisenhower en febrero y marzo de 1945, de las manifestaciones del propio Bradley y de los oficiales más allegados de su estado mayor se deduce claramente que replanteó la cuestión desde unos estrechos puntos de mira personales y nacionalistas. Como afirmó repetidamente a los visitantes del SHAEF, y es de presumir que al mismo Eisenhower en las discusiones privadas que sostuvieran, «está en juego el prestigio del ejército de los Estados Unidos».

Quería, en particular, que el avance por Alemania se efectuara en un ancho frente «que protegiera las zonas de retaguardia contra los contraataques y el sabotaje», como especificó en los motivos en que basaba su propuesta, al tiempo que el Ruhr, era cercado con un doble movimiento a cargo de dos ejércitos norteamericanos. «Nuestro objetivo primordial en el terreno» —añadía— sería el área industrial; sin el Ruhr, «Alemania sería incapaz de mantener a sus ejércitos».

Basándose en esta concepción del Ruhr como objetivo estratégico básico a causa de su importancia económica, formuló sus propuestas: «Para apoyar este horno industrial sugerí a Eisenhower que lo aisláramos con una maniobra doble; Montgomery lo envolvería por el Norte, por las llanuras de Westfalia, y nosotros, con nuestras propias tropas, lo rodearíamos por el Sur.»



El plan original de Eisenhower para el avance por Alemania habría dejado el Ruhr atrás.



El plan definitivo, elaborado en marzo de 1945, pretendía el cerco del Rhur por las fuerzas norteamericanas.

Podemos preguntarnos si en la primavera de 1945 el Ruhr era tan vital; a finales de febrero, según parece, Hitler consideraba esta gran zona industrial de suma importancia para el esfuerzo bélico de Alemania, y dispuso que entre Krefeld y Wesel se estableciera una barrera que fuera conservada «a toda costa» con el fin de garantizar el transporte del carbón y el acero por los canales Dortmund-Ems y Mittelland. Sin embargo, veinte días depués, el 19 de marzo, esto es, antes de que los aliados cruzaran el Rhin, ordenó que fueran destruidas todas las fábricas y medios de transporte del Ruhr y que se llevara a efecto la política general de «tierra arrasada».

Lógicamente, para los aliados el Ruhr había sido siempre el símbolo de la fuente principal del poder militar de Alemania. El mariscal del Aire Harris lo había convertido en la pieza clave de sus bombardeos, en la creencia (equivocada) de que, si sus aviones dejaban fuera de combate los centros de producción industrial, contribuiría decisivamente al acortamiento de la guerra; en consecuencia, el Ruhr había sido objeto de bombardeos constantes desde los días iniciales de la ofensiva aérea, con unas incursiones que con los años se hicieron cada vez más duras.

Sin embargo, obsesionados por esta imagen del Ruhr como un gigantesco taller militar que suministraba armas para la conquista del mundo por Alemania, muchos estrategas aliados parecían olvidar que, de hecho, sólo producía planchas de acero y artillería pesada. No fabricó un solo avión en todos los años de guerra, por ejemplo, e incluso en el momento culminante de su capacidad productiva, en septiembre de 1944, apenas dio salida a una décima parte de los carros alemanes. Los mismos franceses, que habían albergado una especial y profunda fobia a esa región desde los días de la guerra franco-prusiana y solían ser poco imparciales al respecto, admitieron que el Ruhr significaba, cuanto más, una cuarta parte tan sólo de toda la producción bélica alemana.

Indiscutiblemente por su propia naturaleza seguía siendo un área industrial vital; pero en la primavera de 1945 ya se empezaban a sentir los efectos de los varios años de bombardeo. Después de las incursiones aéreas de principios de marzo, la producción industrial en determinadas ciudades, como Duisburgo y Essen, quedó totalmente interrumpida, a veces durante varios días. Los habitantes empezaron a huir a millares de estas urbes industriales, grises y castigadas, y aún en el supuesto de que hubieran seguido dispuestos a permanecer junto a las máquinas, en unas fábricas destrozadas, las armas producidas habrían permanecido en el Ruhr; como veremos, los aliados lo habían aislado prácticamente del resto de Alemania en febrero-marzo de 1945, en virtud de los bombardeos estratégicos de las líneas de ferrocarril y de los canales que partían de la zona.

Según el informe de un equipo norteamericano de investigación que visitó la zona inmediatamente después de la guerra, en la primavera de 1945 los bombardeos aliados sólo habían reducido la producción de carbón en un tres por ciento, pero la de acero, de vital necesidad, había descendido entre el 25 y el 30 por ciento. Con todo, a pesar del rápido declive del Ruhr como centro industrial, Bradley terminaría consiguiendo sus propósitos; en abril, dicha región se convirtió en el objetivo número uno.

El 28 de marzo, cuando el 21 Grupo de Ejército de Montgomery traspasaba los límites de su cabeza de puente sobre el Rhin, el jefe británico todavía creía que su objetivo era el de atacar vigorosamente hacia el río Elba; a su derecha iría el Noveno Ejército de Estados Unidos, con trece divisiones bajo su mando y con Magdeburgo como objetivo primario, aunque también tuviera que ayudar al Primer Ejército del XII Cuerpo, procedentes de Remagen, en la limpieza del Ruhr. La máxima prioridad quedaría reservada para las formaciones acorazadas, que no debían retrasarse en acciones locales.

En la tarde del día citado, Montgomery recibió una carta de Eisenhower que alteró radicalmente los planes del jefe británico; en varios de sus pasajes decía:

«De un modo general coincido con su plan hasta el momento en que entre en





contacto con Bradley, al Este del Ruhr, pero a partir de ese momento, mis planes actuales... quedan esbozados en los párrafos que siguen.

«Tan pronto como usted y Bradley enlacen en el área de Kassel-Paderborn, el Noveno Ejército volverá al mando de Bradley, quien será encargado de la ocupación y limpieza del Ruhr...»

«Su Grupo de Ejército protejerá el flanco septentrional de Bradley, quedando separados ambos grupos por una línea divisoria similar al ala derecha del Segundo Ejército, adjudicándose a Bradley Münster-Hannover.

La decisión cayó como una bomba en el cuartel general de Montgomery. Cuando éste rogó a Eisenhower que volviera a considerar su postura, recibió la siguiente contestación: «Bradley debe controlar la situación en el Ruhr antes de iniciar el avance hacia Leipzig. Algunas fuerzas del Noveno y del Primer Ejército deben destinarse a esta misión, para ultimarla con rapidez, fuerzas que deben ser reforzadas y rápidamente relevadas por divisiones del Decimoquinto Ejército, que utilizarán los puentes sobre el Rhin del Noveno y Primer Ejército. Es obvio que un único jefe ha de fiscalizar una operación de limpieza de esta naturaleza, en un área tan densamente habitada. Además, es Bradley quien va a realizar un esfuerzo especial al avanzar hacia el Este y es muy aconsejable que él se halle en posición de juzgar sobre el instante en que la situación en el Ruhr deja de ser un obstáculo a su ulterior avance.»

Con independencia de las razones personales, y no fundamentalmente militares, subyacentes en este cambio en la estrategia aliada, y hoy estimo que, a juicio de los estudiosos de la guerra, cada vez es más evidente que las individualidades y el prestigio tuvieron un papel importante en el extraño e inesperado cambio de postura de Eisenhower el 28 de marzo, a fin de cuentas ello significaba que las tropas de Montgomery iban a limitarse en lo que quedaba de guerra a poco más que a una mera operación de flanqueo. El Ruhr acapararía la atención de casi la mitad de las tropas de Bradley (los Ejércitos Primero, Noveno y Decimoquinto y el «brillante premio» de la capital alemana se entregaba a los rusos.

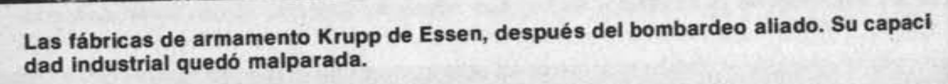
Durante las dos semanas siguientes, el Ruhr sería objeto de la atención primordial de los tres ejércitos norteamericanos del sector septentrional; como el propio Eisenhower se expresó, «el avan-

El bombardeo del Ruhr. Izquierda: **La zona portuaria de Düsseldorf sigue en llamas al día siguiente de la incursión.** Arriba: **Las ruinas de Colonia.** Abajo: **Duren después del bombardeo.**



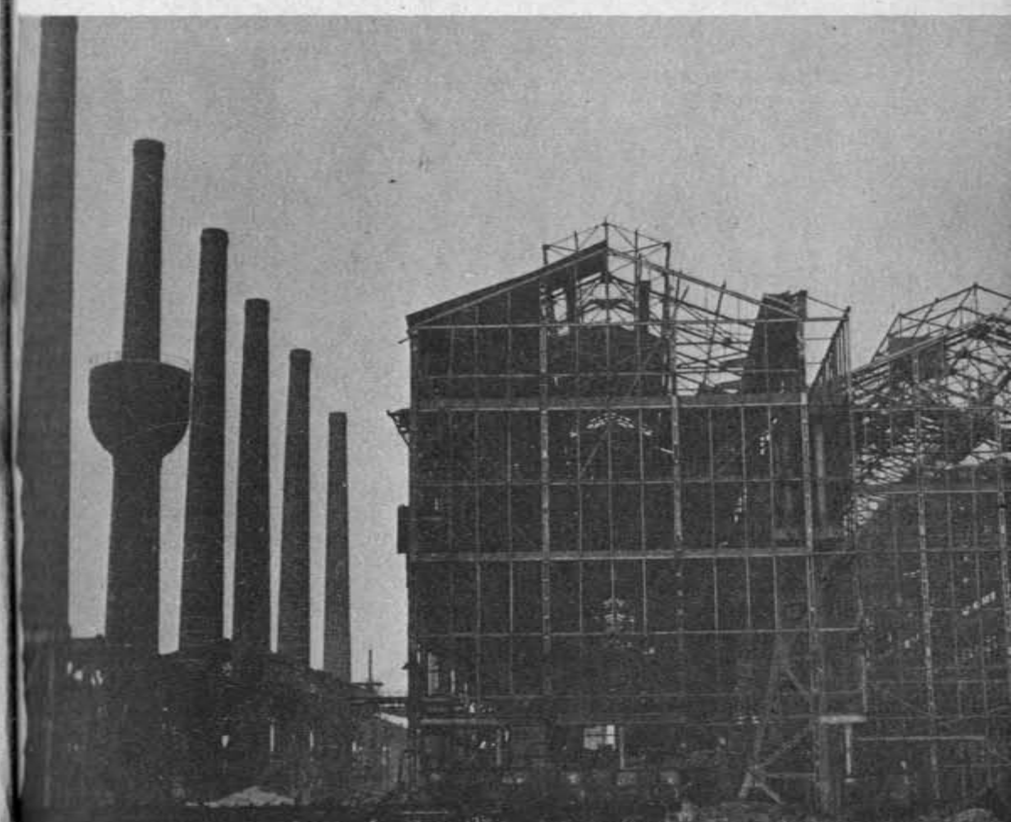






Las fábricas de armamento Krupp de Essen, después del bombardeo aliado. Su capaci dad industrial quedó malparada.







Arriba izquierda: **Las ruinas de la estación de mercancías de Limburg.** Izquierda: **Un B-17 bombardea las bases aéreas.** Derecha: **Los soldados se protegen contra los francotiradores.**

ce de Bradley se iniciaría tan pronto como se cerciorara de que las fuerzas alemanas del Ruhr no pudieran amenazar sus comunicaciones». Aunque Eisenhower no albergara la intención de emprender una dura batalla, casa por casa, para la destrucción de la guarnición contraria, que se rendiría por propia iniciativa a causa del hambre, con lo que se ahorraron muchas bajas aliadas, su decisión entretuvo a unas 26 divisiones norteamericanas en unos combates en gran parte innecesarios y en una pugna por el terreno que desperdiciaba un tiempo precioso. En estas fechas quedaba muy poco, a excepción de la línea defensiva del Elba, que pudiera detener a los aliados en su marcha hacia Berlín, cuya toma por los occidentales podría haber cambiado todo el curso de la historia de Europa Central durante la postguerra.



Model reacciona

En marzo de 1945, cuando los aliados se disponían a envolver el Ruhr, la importancia industrial de la región había quedado muy disminuida. Durante años había sido castigada, primero por los bombarderos ingleses, y posteriormente por los norteamericanos y en febrero de 1945 la aviación aliada emprendió un ataque en gran escala para cortar todas sus comunicaciones con el Este. Como parte de la Operación Clarion, que ocupó un solo día, el 22 de febrero, los aviones aliados dejaron en pie solamente ocho de los diecisiete centros ferroviarios de importancia. Dos semanas más tarde, el Mando de Bombarderos ordenó el ataque más intenso de la guerra; el 11 de marzo, 1.000 aviones lanzaron 4.662 toneladas de explosivos sobre Essen y al día siguiente 1.100 aviones dejaron caer 4.800 sobre Dortmund. Además la RAF y la aviación norteamericana habían empezado en febrero la tarea de aislar sistemáticamente el Ruhr del resto de Alemania mediante la destrucción de los puentes y de los viaductos de la línea general Brema-Marburgo-Coblenza. El 14 de marzo, una bomba de diez toneladas de la RAF consiguió destruir el viaducto de Bielefeld, en el tramo Hanover-Hamm, y el día 24 el Ruhr quedó totalmente aislado.

En la región se hallaban destacadas fuerzas alemanas considerables, al menos desde el punto de vista numérico. A pesar de su aislamiento, ocupaban unas posiciones defensivas formidables: por el Norte, su flanco se hallaba protegido por el canal Dortmund-Ems, y por el Sur, por el río Sieg, obstáculo difícil para un atacante por muy superiores que fuesen sus efectivos. Pero incluso en el supuesto de que éste lo cruzara, sería para tropezar con una densa zona industrial que ofrecía a cualquier jefe experto innumerables posibilidades de lanzar contraataques por sorpresa y de organizar una tenaz defensiva. En resumen, el Ruhr industrial se podía convertir en una pesadilla para el atacante, pues cada una de sus muchas ciudades de carbón y acero, sombrías y casi adyacentes unas a otras, era capaz de tragarse divisiones completas de infantería en unos combates en los que la superiori-



La potencia de los bombardeos del Ruhr: Dortmund recibe un duro castigo, como parte de los esfuerzos por aislar el Ruhr.



El mariscal de campo Kesselring.

dad aliada en el aire y en fuerzas acorazadas pesaban bastante poco. Como aclaró el mariscal de campo Kesselring, nuevo comandante en jefe alemán en el Oeste, «el Ruhr era un enigma para cualquier asaltante y no cabía calcular su capacidad de resistencia... El Ruhr contaba con su propia protección».

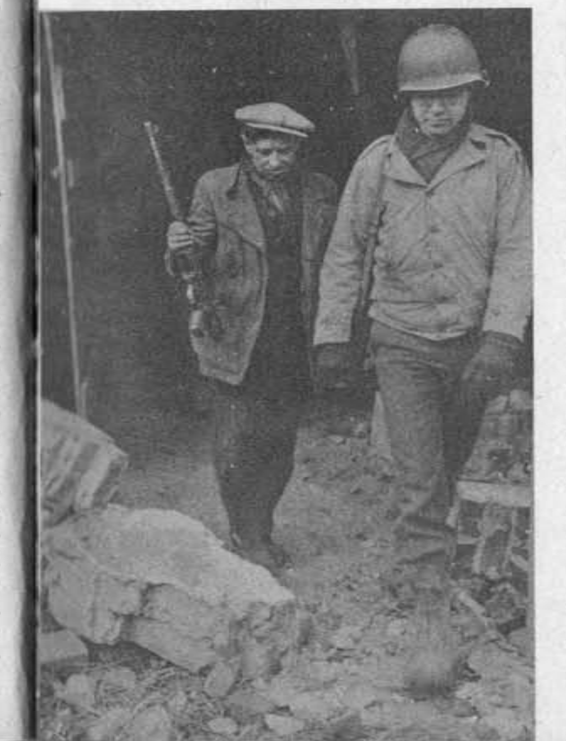
En esta zona densamente habitada, sin embargo, la defensa incumbía en cierta medida de la moral de la población civil, muy particularmente cuando las tropas tuvieran que depender de ella para el apoyo y los abastecimientos una vez que las comunicaciones con el resto de Alemania quedaran cortadas. Y no era nada buena la moral del Ruhr, tradicionalmente inclinado a la izquierda en el campo político e intimidado por años de intenso bombardeo. En las grandes ciudades habían sido destruidas las tres cuartas partes de las casas y como las cocinas domésticas no eran utilizables, casi toda la población era alimentada por cocinas volantes, igual que sucedió en Londres en los peores días del «Blitz». Los hombres sanos estaban en la mina o en el frente y el trabajo de las fábricas lo realizaban sus mujeres, que pasaban el día a la merced de los bombarderos o de los cazas aliados que atronaban impunemente el espacio, volando a la altura de las copas de los árboles, y sus noches en subterráneos cubiertos de escombros. Cuando los norteamericanos empezaron a adentrarse en la zona se hizo evidente que la población civil carecía de confianza; tomaba el poder en sus propias manos y entregaba sus ciudades y sus pueblos al invasor, con independencia de los deseos de los militares. La moral del Grupo de Ejército B en aquellos días es un tema bastante discutible; Kesselring, refiriéndose a los hombres bajo su mando, comenta: «Las batallas enormemente costosas de los seis meses precedentes, la retirada constante y la derrota habían reducido a los mandos y a la tropa a un peligroso estado de agotamiento. Muchos mandos tenían los nervios destrozados, otros se hallaban enfermos y algunos eran incompetentes, al tiempo que escaseaban los jóvenes en cuanto a la tropa, era insuficiente, los reemplazos que llegaban al frente no venían bien adiestrados, carecían de experiencia en el combate, eran pocos y, en todo caso, ya era tarde; no podía, por tanto, contarse con ellos. Tan sólo donde un jefe inteligente dispusiera de todo un complemento de subalternos experimentados y de un núcleo razonable de veteranos, la unidad conservaba la cohesión».

A pesar de esta opinión bastante rigurosa sobre la calidad de sus hombres, emitida por un jefe que debía conocer la realidad, en el Grupo de Ejército B había unidades listas para la lucha, y para una lucha tenaz, como se demostraría pronto tanto en las intervenciones del Grupo de Combate de la SS *Westfalen* en Paderborn como de varias unidades de la Wehrmacht en el aeródromo de Dortmund; no obstante, en lo esencial la estimación de las cualidades combativas de sus hombres hecha por Kesselring era correcta. Las tropas de los dos ejércitos, el Quinto Panzer y el Decimoquinto, sólo se sentían preparadas en el fondo para luchar mientras sus mandos se lo ordenaran y siempre que imaginaran alguna expectativa de victoria; de lo contrario, estarían dispuestas a rendirse o a desertar.

Tal vez la extraña apatía, que todavía espera una explicación, de su comandante en jefe, el mariscal Model, durante el último mes de su vida, influyó en su voluntad de resistir; aquel mes de abril, después de seis años de guerra que le habían llevado por una ruta de billantes éxitos, incluso en años desgra-



Arriba: **La población civil se procura alimentos cuándo y dónde puede.** Abajo: **Se inicia la rendición de la población civil.**





ciados, parecía que Model había perdido finalmente su compostura y se había reducido a un peligroso estado subjetivo de indecisión.

Walter Model era una figura representativa del nuevo tipo de oficial de la Wehrmacht que apareció a finales de la década de los treinta para ocupar los grados más elevados del ejército alemán, al lado de los descendientes más antiguos de la aristocracia prusiana. Al igual que Rommel, Model se hizo famoso al principio de la contienda con su arrojo al frente de las formaciones acorazadas. Más adelante, en Rusia, ganó reputación como portavoz tenaz y despiadado de la ofensiva, que llegó a su cúspide cuando los ejércitos acorazados alemanes hallaron su Waterloo en Kursk, el año 1943.

A partir de entonces Model se reveló tan hábil en la defensa como lo había sido en el ataque en años más favorables. En Rusia, en Holanda (Arnhem) y en Francia demostró su talento para la improvisación y la defensa, bajo circunstancias muy adversas. Consecuentemente, este mariscal de baja estatura y aspecto un poco tosco pero muy activo, que llevaba monóculo a la vieja usanza prusiana, era respetado no sólo por el ejército regular sino también por Hitler, que normalmente tenía una pobre opinión de los componentes del estado mayor alemán al que pertenecía Model. De aquí que Model, un jefe impulsivo que fue descrito por su excelente jefe de operaciones, el coronel Günther Reichhelm, de 31 años, con la cita de Goethe *«Den lieb» ich, der Unmögliches begehrt»* («Quiero a quien persigue lo imposible»), afianzara la confianza de su Führer durante los dos años últimos de la guerra; a eso se debe el que pudiera actuar con bastante más libertad que la mayoría de sus contemporáneos y demostrar así su habilidad como estratega con mayor facilidad que ellos.

Una y otra vez, en los meses anteriores, Model había conseguido poner en orden situaciones aparentemente desesperadas, como la que siguió al colapso casi completo del ejército alemán de Rusia en el verano de 1944, y la del desastre en el Oeste, en Francia. Pero en la primavera de 1945 el diminuto mariscal, a los ojos de otro mando germano que le trató por entonces, parecía estar «luchando consigo mismo en un esfuerzo por solucionar un conflicto íntimo; como todos los altos mandos, estaba abocado a un dilema insoluble: como militar de altas cualidades intuía la inutilidad de toda resistencia futura, pero al mismo tiempo se veía ligado por el deber y por el honor a sus superiores y a sus subordinados».

Sin embargo, Model no era tan intensamente leal a Hitler y al credo nazi como para desconocer que la aplicación de la política del Führer de «tierra arrasada», con el incendio de todas las fábricas y la destrucción de todas las minas abandonadas, significaría la ruina económica total de la región central de Alemania durante la década posterior a la terminación de la contienda; de un modo confidencial se comprometió a seguir las sugerencias de Speer, en el sentido de «torpedear», siempre que fuera posible, las intenciones de Hitler.

Por otro lado, sabía también que si caía en poder de los aliados su propio destino personal estaría en entredicho, ya que su nombre figuraba en la lista de generales alemanes buscados por los rusos como «criminales de guerra». Si no se entregaba, ponía en juego las vidas de miles de civiles inocentes; si lo hacía, pondría en peligro su honor de soldado alemán y, posiblemente, perdería la vida a manos de los rusos. Este dilema favoreció a los norteamericanos, pues las facultades de Model en el campo de la decisión y de la actuación práctica con rapidez y energía resultaron eclipsadas. Kesselring ha resumido así sus impresiones de aquellos días: «Me falló la proverbial energía de Model; aún hoy sigo sin comprender las operaciones del Grupo de Ejército B».

En esta fase, con el ataque aliado a punto de desencadenarse sobre él, Model, inexplicablemente apático, tenía que actuar de algún modo. Presumió que el ataque principal partiría a Montgomery, en el sector Norte, a pesar de las repetidas advertencias de Kesselring sobre la amenaza que significaba la cabeza de puente de Hodges, cerca de Remagen. Model las ignoró y trasladó su cuartel general al extremo de ala derecha del Ruhr, a un pueblecito de nombre Olpe. Esta decisión determinó una ruptura con sus jefes de los sectores central e izquierdo y, consecuentemente, con el mismo Kesselring, por lo que



Arriba: **La entrada en las ruinas de la desolada Altenkirchen.** Abajo: **La 9.ª División Acorazada pasa por la humeante Bendorf.**




La infantería del Tercer Ejército avanza con rapidez por Kassel.

tuvo efectos decisivos sobre la inminente batalla. A los ojos del comandante en jefe, el traslado a Olpe significaba que Model se apartaba del enfoque correcto del combate: se entregaba excesivamente a sus propios planes y contribuía así a crear la idea desastrosa de la Fortaleza del Ruhr, que hubiera evitado colocándose detrás del centro de su Grupo de Ejército, donde, en opinión de Kesselring, «habría podido reagrupar las divisiones del Ruhr y crear con ellas el armazón de un frente coherente en la retaguardia; al menos, el mando central del Grupo de Ejército no habría quedado colgando en el vacío».

A pesar de las protestas de Kesselring, Model siguió organizando sus defensas del modo que creía conveniente. Tenía a su disposición del Quinto Ejército Panzer, la mayor parte del Decimoquinto Ejército de Zangen, dos cuerpos del Primer Ejército de Paracaidistas del Grupo de Ejército H, siete cuerpos de diecinueve divisiones y unos 100.000 hombres del servicio antiaéreo con sus correspondientes cañones, repartidos en profusión por tan importante región industrial. Después de la capitulación del Ruhr se calculó que empezó la batalla con unos 320.000 hombres. Pero, ¿cómo utilizarlos? Los primeros días tras el paso aliado del Rhin por Remagen y Wesel, la gran solución habría consistido en un contraataque en gran escala, pero Model no lo realizó. Más adelante, cuando las cabezas de puente estaban demasiado consolidadas para ello y cuando los jefes aliados comenzaban a ensayar sus incursiones con columnas acorazadas, podría haber tenido éxito una serie de contraataques limitados, lanzados con el objetivo de interceptar las carreteras a la espalda de dichas columnas y destruir a sus carros aislados. Una vez más, Model siguió en la inactividad. Cuando Kesselring, que le había sugerido ambas cosas, se entrevistó con él el 26 de marzo, en su cuartel general de campaña, Model le dio la razón, pero tampoco se puso en acción; indicó que era demasiado tarde para agrupar a sus hombres y que las cosas habían ido ya demasiado lejos.

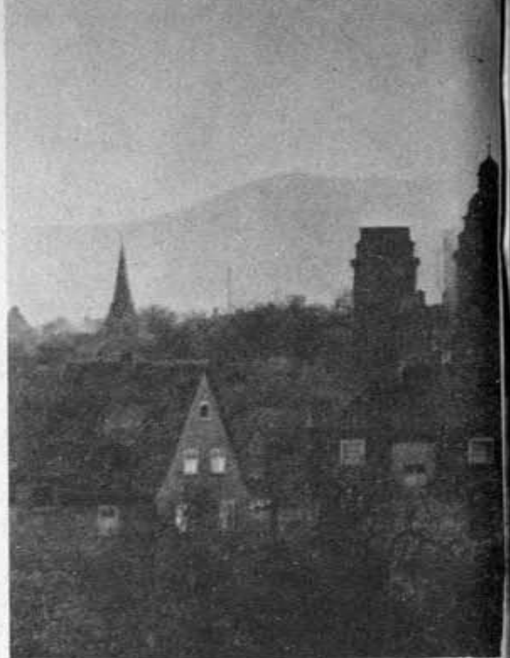
De esta suerte, cuando el Primer Ejército de Hodges salió de su cabeza de puente en Remagen el 25 de marzo, para su ataque decisivo en dirección Norte, el

avance que realizó fue asombroso; con el Tercer Ejército de Patton en su flanco derecho, creó una enorme cabeza de puente de unos 150 kilómetros, desde el río Sieg en el Norte hasta el Main en el Sur, y siguió luego por el valle del Lahn, en dirección a Kassel; aquí, sus soldados formaron el brazo meridional de las tenazas que cercarían el Ruhr. El otro brazo estaba integrado por el Noveno Ejército de Simpson, que procedía del Norte.

El avance iba encabezado por tres poderosos cuerpos de ejército. En dos días, los norteamericanos recorrieron más de 70 kilómetros al Este del Rhin, venciendo una resistencia débil y aislada. Cruzaron el río Dill, donde destruyeron un cuerpo de ejército alemán, y separaron a Zangen de su Decimoquinto Ejército, dejándole solamente con su estado mayor y con una pequeña parte del personal de su cuartel general. Las columnas norteamericanas, que merodeaban a su placer por las zonas de la retaguardia enemiga con sus rápidos movimientos, se creían ya vencedoras sobre cuanto su vista abarcaba. La resistencia era mínima: una barrera en la carretera protegi-

fanático ocasional que luchaba hasta el último cartucho, un grupo de jóvenes armados con un *Panzerfaust*, un Panzer solitario escondido entre los árboles, eso era todo. Mientras los Cuerpos III, V y VII avanzaban treinta kilómetros y ocupaban Marburgo y Giessen, en la parte superior del Lahn, el XII Cuerpo de Patton inició el avance desde la cabeza de puente del Tercer Ejército, en Oppenheim, llegó a Hanau y a Aschaffenburg del Main y prosiguió a un ritmo endiablado hacia Giessen, unos cincuenta kilómetros más adelante, donde establecería contacto con el Primer Ejército.

La avanzada de Hodges estaba formada por la 3.ª División Acorazada, al mando del general Rose, del V Cuerpo de Ejército, que llevaba a su frente a la Fuerza Especial de Richardson. A últimas horas de la noche del 28 de marzo, se dio orden al teniente coronel Richardson de que se presentara ante el coronel Howze, jefe de la Unidad de Combate de Reserva de la división; a ellos se unió el coronel Sam Hogan, y a los dos informó Howze sobre su nueva misión. Señaló en el mapa la pequeña



Arriba: **Aschaffenberg se resiste y el bombardeo continúa.** Derecha: **El general de división Maurice Rose (en el centro).**

población de Paderborn, a unos 160 kilómetros al Norte-Nordeste, y les comunicó que había que tomarla.

Richardson no daba crédito a lo que oía, y preguntó: ¿«Quiere usted decirnos que tenemos que llegar a Paderborn en un día»?

Howze dio sus explicaciones: «Mañana por la mañana hay que salir hacia Paderborn y avanzar como centellas. Hay que apoderarse de las alturas que existen junto al aeródromo». Hogan iría con Richardson, un poco destacado a su izquierda, y la Fuerza Especial de Welborn, de otro grupo de combate, a su derecha. El resto de la 3.ª División les seguiría a la mayor velocidad posible. La orden era apoderarse de Paderborn sin dilación alguna; allí se enlazaría con la 2.ª División del Noveno Ejército, que ya había iniciado su avance al Norte del Ruhr.

A las seis de la mañana del 29 de marzo de 1945, la Fuerza Especial de Richardson se puso en marcha a toda velocidad. Constituía una columna agresiva y móvil de soldados veteranos, con



Un fotógrafo del Cuerpo de Señales toma una vista de los restos de un camión alemán destruido por la 3.ª división Acorazada del Primer Ejército de Estados Unidos.

carros y semiorugas por delante, seguidos de camiones con infantería. Durante toda la mañana avanzó sin problemas; a mediodía destruyó un tren de pasajeros. En cierto lugar se encontró con una barricada en la calzada, pero Richardson se limitó a atravesarla con sus carros. Al atardecer, sus fuerzas habían recorrido 120 kilómetros contra una oposición insignificante. Comenzaba a formarse niebla.

Richardson siguió su avance. Un poco más tarde recibió un mensaje del jefe de la división, ordenándole que liberara el pequeño balneario y villa de Brilon, para lo que destacó un reducido grupo mientras él seguía buscando la ruta más directa a Paderborn. Un civil le facilitó la información que necesitaba, pero la niebla era ya muy densa, hasta tal punto que fue preciso bajarse del jeep para ir indicando a pie el camino a los vehículos. Richardson pudo haber sido arrollado en cualquier momento por los carros que le seguían, cuyos conductores se habían emborrachado después de descubrir en Brilon un enorme almacén de champaña.

El avance, en todo caso, continuaba; a medianoche, la fuerza había cubierto, en el tacómetro de los vehículos, 175 kilómetros, y sus únicas bajas se debían a la resaca.

Pero si el avance pareció una broma a algunas personas, no lo fue para el enemigo. Al percatarse Model de que pronto se vería cercado por la tenaza que se le cerraba por ambos lados, solicitó de Kesselring que le permitiera retirar sus tropas del Ruhr, ahora que se estaba a tiempo; simultáneamente remitió un teletipo al comandante en jefe del Frente Occidental haciendo un resumen de la situación general. En él señalaba que no había podido contener al enemigo en Remagen, ni tampoco evitar el avance general por el Este del Rhin; la continuación de la defensa en las actuales posiciones era «algo absurdo, pues no lograría ni siquiera sujetar al enemigo». Sin embargo, se mostraba dispuesto a desencadenar una ofensiva. Zangen acababa de comunicar a su cuartel general la noticia del avance de la 3.ª División norteamericana; el jefe alemán, aislado de sus tropas, se había ocultado en un bosque con unos 200 vehículos, a la espera de que pasaran las columnas de Rose; luego se puso en marcha detrás de ellas, guiándose por los pilotos traseros de los propios vehículos norteamericanos. Terminó hallándose emparedado entre esa columna y otro grupo enemigo que venía detrás, y durante varias emocionantes horas siguió así hasta llegar a Brilon, donde se desvió por un camino y logró alcanzar la base de Model, quien sólo pudo exclamar con sorpresa: «¿Estás aquí?».

Model solicitaba autorización para atacar hacia el Este con el LIII Cuerpo de Ejército de Infantería, partiendo de un punto que se hallaba aproximadamente a 60 kilómetros al Oeste de Paderborn. Con esta unidad esperaba atravesar la punta de lanza norteamericana para aislarla de su retaguardia. En el ínterin las fuerzas enemigas se aproximarían a las posiciones atrincheradas de los cuadros de entrenamiento de la SS destacados en el campo de instrucción de carros de la Wehrmach, en Paderborn.

La idea fue del gusto de Kesselring, sobre todo al darle a entender que Model, un general a quien respetaba desde hacía tiempo, empezaba por fin a actuar positivamente, en lugar de limitarse a simples reacciones.

Inmediatamente dio su aprobación por radio a la decisión de Model aunque vetara la petición que también le había formulado Model de retirarse lo antes posible del Ruhr con el resto de las tropas, pese a estar de acuerdo con él en que el Grupo de Ejército B sería vital para la trascendental batalla que iba a librarse en el centro de Alemania.

Model indicó sin pérdida de tiempo que pronto se vería cercado y que los recursos de que disponía (un cuartel general de cuerpo de ejército, dos grupos de combate y una división de infantería parcialmente reconstituida) no le permitirían enviar reservas considerables a ningún punto, por lo que su grupo de ejército quedaría condenado a la aniquilación. Kesselring, sin embargo, se negó a permitir la evacuación.

De todos modos, envió la sugerencia al cuartel general del Führer, al tiempo que consolaba a Model comunicándole que iba a reunir una fuerza de choque que atravesaría las líneas aliadas por Kassel y, avanzando en dirección Este, llegaría al Ruhr, hasta el Grupo de Ejército B, que estaba a punto de ser cercado.

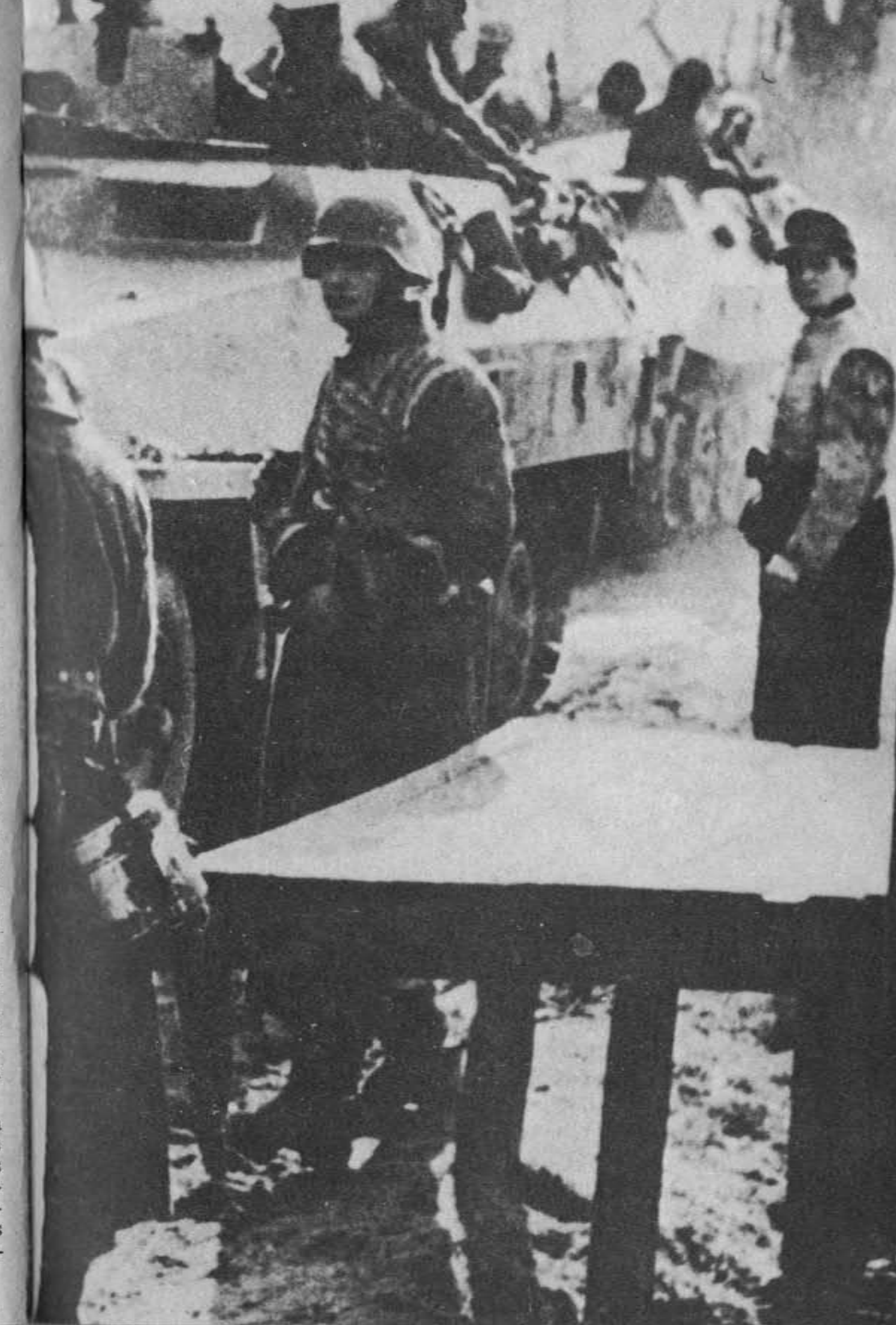
La fuerza que Kesselring pretendía utilizar era la del Decimosegundo Ejército, con 80.000 hombres al mando del general Lucht, quien había alcanzado bastante fama como jefe de cuerpo de ejército en la fase inicial de la ofensiva de las Ardenas. El Decimosegundo Ejército había sufrido cuantiosas pérdidas en las luchas invernales de la Prusia Oriental, quedando privado de casi todos sus medios de transporte y vehículos acorazados; ahora estaba en proceso de reconstrucción y ocupaba unas sólidas posiciones en las escabrosas alturas del Harz, al Nordeste del Ruhr. Si el Grupo de Ejército B lograba resistir dos semanas, que era el período que Model había calculado a su resistencia frente a un ataque general de los norteamericanos, Kesselring se hallaría en condiciones de llegar en su socorro. En todo caso, sin embargo, Model debía resistir, ya que la defensa del Ruhr era vital para el Reich. Con pesadumbre, a sabiendas de que su propia sentencia de muerte estaba virtualmente firmada, el mariscal de campo Walter Model transmitió sus órdenes al comandante en jefe del LIII Cuerpo de Infantería, atrincherado en las colinas del Sarre, frente al VII Cuerpo de Ejército de Estados Unidos, del general Collins, para que iniciara su contraataque a la mañana siguiente.

Contraataque

Al tiempo que los hombres de Richardson, de la 3.ª División Acorazada, dormían a unos diez kilómetros de Paderborn y los alemanes del Grupo de Ejército B se preparaban para la batalla de la mañana siguiente, las columnas volantes del Noveno Ejército del general Simpson marchaban a gran velocidad para enlazar con aquéllas, desde el flanco opuesto de las tropas de Model, ya bloqueadas. A su vanguardia iba el general White con su 2.ª División Acorazada «Infierno sobre Ruedas», que aunque fuera una división regular constituía una de las formaciones más numerosas del Frente Occidental; con sus carros de combate, sus cañones autopropulsados, sus semiorugas, sus camiones y los vehículos alemanes apresados (incluso con bulldozers), formaba una columna de más de cien kilómetros de longitud. Con el fin de obtener con estos elementos una formación bélica más eficaz, el vehemente general White, que pertenecía a la Caballería, los había dividido en las tres unidades de combate habituales, pero haciendo marchar a dos de ellas, una tras otra y manteniendo a la tercera en reserva. La división empleaba casi doce horas en pasar por un lugar determinado.

Sin embargo, a pesar de la longitud de la columna y del elevado número de vehículos, la formación que avanzaba a razón de un poco más de tres kilómetros por hora, iba por delante de casi todas las unidades del Noveno Ejército, y así lo había hecho desde que se ordenó su salida de la cabeza de puente con objeto de establecer contacto con el Primer Ejército. Como era propio de una división originariamente preparada por el mismo general Patton, seguía su marcha con uniformidad y se encargaba de cortar todas las comunicaciones que partían del centro ferroviario de Hamm, en el valle vital del Ruhr; de aquí pasó al otro lado de la autopista a fin de interrumpir las vías principales que unían Berlín con el Ruhr.

La división, en este momento, había avanzado unos 80 kilómetros en tres días, rebasando los núcleos principales de la resistencia alemana y deteniéndose a combatir tan sólo cuando no encontraba libre otra vía de salida; en estas ocasiones los alemanes se batían valien-





Arriba: **Las dotaciones artilleras ocupan posiciones bajo el fuego enemigo para defender una autopista recién capturada.** Abajo: **Unos civiles, en la miseria, saquean un tren detenido.**



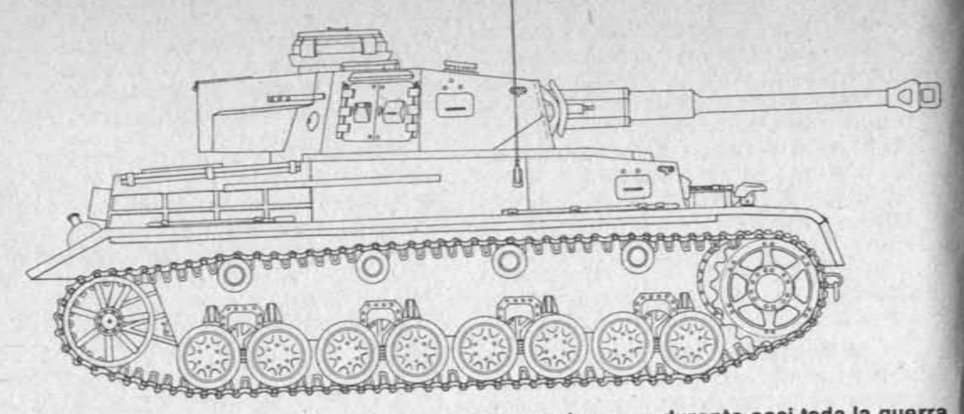
temente, pero el general White tuvo que admitir que eran las barricadas en las carreteras, las minas colocadas en éstas y el terreno áspero la mayor causa de su retraso, no el enemigo. A la cabeza marchaba el 82 Batallón de Reconocimiento, al mando del teniente coronel Wheeler Merriam; su misión era descubrir la ruta más expedita para el resto de la división, empresa que Merriam halló bastante difícil, debido no ya al enemigo, sino a la tremenda confusión que parecía imperar en el campo alemán.

El 28 de marzo, con sus carros ligeros apostados a lo largo de una línea de ferrocarril que iba de Este a Oeste, Merriam se detuvo para informar sobre sus nuevas posiciones; de pronto oyó el silbido de un tren y poco después pasó, exactamente frente a la boca de los cañones de sus sorprendidos hombres, un convoy alemán cargado hasta los topes de soldados y vehículos acorazados. Merriam quedó aturdido, aunque por la proximidad a que se hallaba pudo darse cuenta «hasta de la barba que lucían los que no habían podido afeitarse». El tren iba en dirección Oeste, y Merriam se quedó mirándolo. Luego, en la más completa incredulidad, volvió la vista a sus propios soldados. Ninguno de los dos bandos había disparado un tiro.

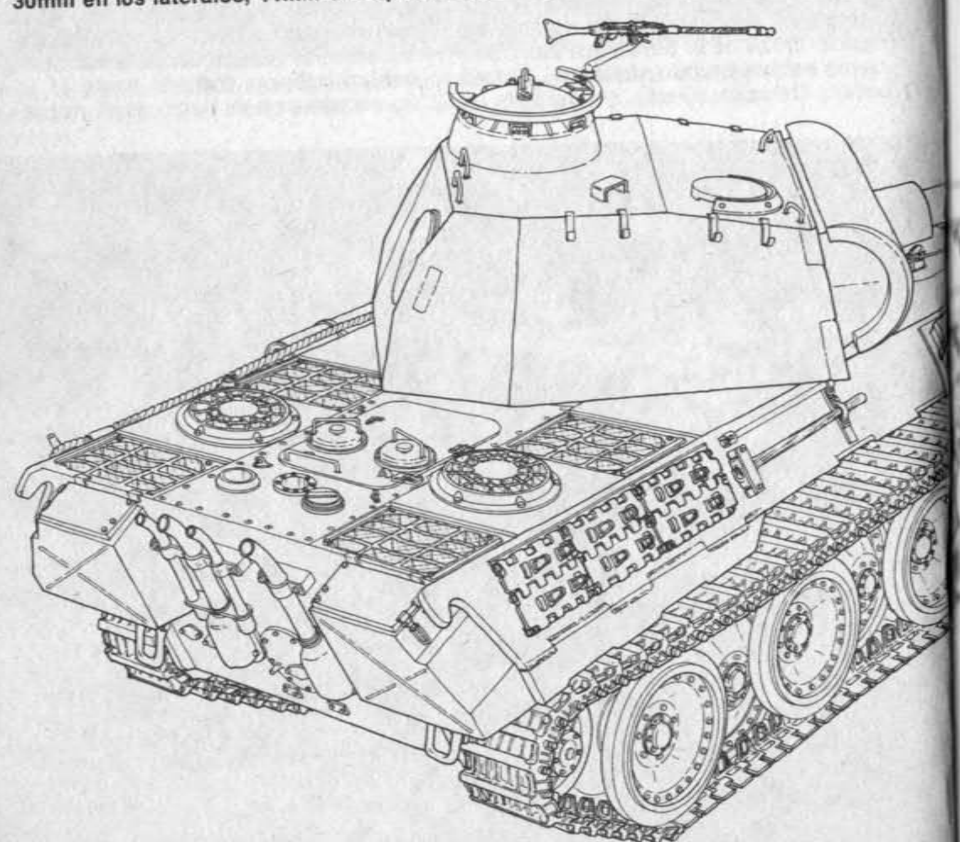
La equivocación fue pronto reparada: Meriam salió de su sorpresa y se dirigió al radioteléfono; varios kilómetros al Oeste, el general I. D. White divisó el tren al mismo tiempo que oía la voz de Merriam. Tampoco él pudo actuar a tiempo. Es más, cuando se quedó inmóvil como hipnotizado, vio cómo un policía militar que ordenaba el cruce de la línea férrea por las tropas alzaba el brazo y detenía el tráfico de vehículos... ¡para dar paso al tren alemán!

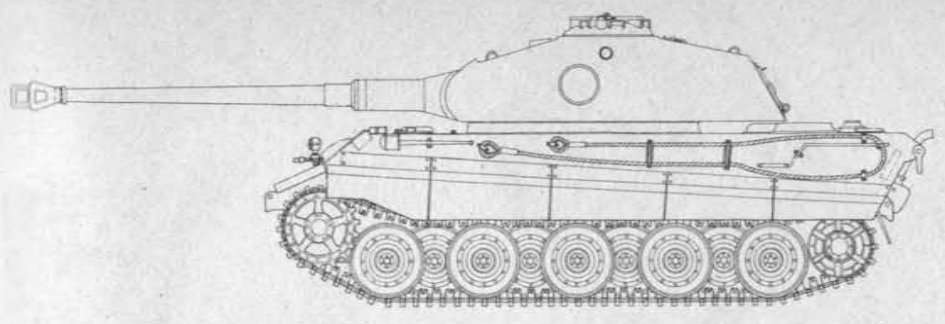
Pero White recobró al instante su dominio y transmitió por radio una orden al 92 de Artillería de Campaña, que pocos minutos después abría fuego y cortaba el convoy en dos. El tren se detuvo rápidamente, con la sorpresa grabada en el rostro de sus ocupantes, quienes no imaginaban que los norteamericanos hubieran avanzado tanto; pensaban que debían hallarse todavía junto al Rhin. La sorpresa no se borró de su mirada ni



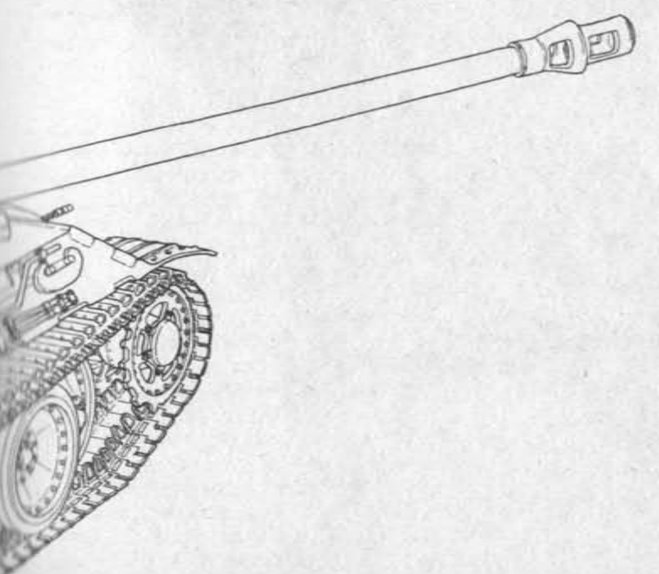


El PzKwIV, piedra angular de las fuerzas Panzer alemanas durante casi toda la guerra, fue fabricado por primera vez en 1936, y pronto fue modificado a la vista de su comportamiento en las operaciones, sobre todo para mejorar la protección blindada y su potencia artillera. El PzKwIVF2 fue el primer modelo que llevó un cañón de 75mm de tubo largo. Tripulación: cinco. Peso: 25 toneladas. Armamento: un cañón de 75mm KwK 40/43, con 87 proyectiles, y dos ametralladoras de 7,92mm con 3.150 disparos. Velocidad: 40km/h por carretera y 16km/h campo a través. Blindaje: 85mm en la parte delantera, 30mm en los laterales, 11mm en la parte superior y 20 en la parte trasera.





El PzKwVI Tiger II fue el carro más pesado que los alemanes utilizaron en la Segunda Guerra Mundial. Llevaba un grueso blindaje (muy bien configurado y angulado) y el poderoso cañón de 88mm de tubo largo. Aunque el motor carecía de la potencia suficiente, por lo que adolecía de falta de maniobrabilidad y fallaba a veces, demostró ser una excelente arma defensiva, que era lo que los alemanes necesitaban al final de la guerra. Este modelo se enfrentó a los aliados por primera vez en Normandía, en agosto de 1944. Tripulación: cinco. Peso: 67 toneladas. Armamento: un cañón de 88mm y dos ametralladoras de 7,92mm. Munición: 78 proyectiles de 88mm y 5,850 de 7,92mm. Blindaje: 100mm en la parte baja delantera inferior y en el frente de la torreta; 150mm en la parte delantera superior, 80mm en los laterales y 40mm en las superficies superiores. Velocidad: 40km/h en carretera y 22 campo a través. Autonomía: máximo de 170 kilómetros. El modelo de la ilustración lleva una torreta Porsche.



El Panther fue posiblemente el mejor carro alemán de la guerra. Su diseño acusa la influencia del excelente T-34 ruso, como puede comprobarse por su baja silueta y excelente angulado del blindaje. Su fabricación se inició a toda prisa, razón por la cual presentó muchos problemas iniciales, pero una vez eliminados fue un adversario muy superior a los vehículos aliados. Tripulación: cinco. Peso: 45,5 toneladas. Velocidad: 44km/h en carretera y 25 campo a través. Longitud total: 8,85m. Anchura: 3,10m. Altura: 3m. Armmento: un cañón de 75mm con 82 proyectiles y hasta tres ametralladoras de 7,92mm con 4.200 cartuchos. Blindaje: 80mm en la parte delantera, 110mm en el frente de la torreta, 40mm en los laterales, 15mm en la parte superior y 40mm en la parte trasera.



Izquierda: **El general Joseph L. Collins.** Arriba: **La infantería avanza para apoderarse de una posición defendida por el enemigo.**

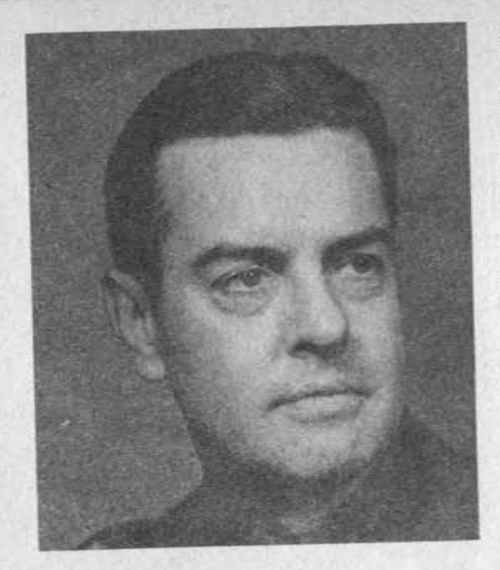
aún cuando fueron encerrados en un campo de prisioneros, como tampoco se borró de la de sus vencedores, los alemanes dejaron en el tren abundante botín, con inclusión de numerosas piezas anticarro, de campaña y un enorme cañón ferroviario de 406 mm.

El avance de la 2.ª Acorazada continuaba y los batallones de vanguardia empezaron a quedarse sin mapas. En el caso del ingenioso 82 Batallón de Reconocimiento, sus secciones de primera línea se las arreglaron para seguir su camino gracias a los mapas de seda, para huída de emergencia, que se entregaban normalmente a los pilotos aliados para el supuesto en que fueran derribados sobre territorio alemán. Otros acudieron a diversas soluciones no menos ingeniosas, como la del teniente Arthur Hadley, experto en guerra psicológica destinado a la 2.ª División, quien se valió de los mapas de una vieja y destrozada guía turística Baedeker. Algunos, por el contrario, tuvieron menos suerte o ingenio; un batallón se vio con sólo dos mapas de la zona por la que debía avanzar.

No obstante, a pesar del enemigo, de la confusión y de la falta de información, la 2.ª División Acorazada prosiguió su avance. El general White creía que el Elba era su objetivo primordial y no se preocupaba gran cosa del proyectado enlace con el Primer Ejército; el decidido y ágil jefe del «Infierno sobre Ruedas» tenía sus ojos puestos en Berlín. Ya antes de que la división cruzara el Rhin, había ordenado que su jefe de operaciones, el coronel Briard Johnson, trazara la línea del avance hacia Berlín, y el 25 de marzo se prepararon al detalle las órdenes y los mapas.

White, sin embargo, no tendría la suerte de llegar a Berlín, al menos durante la guerra. En el frente del Primer Ejército se estaba creando una situación peligrosa que requeriría su ayuda y, en consecuencia, retrasaría el avance hacia el río Elba y el apetitoso premio que, a su juicio, estaba reservado a su división.

En las afueras de Paderborn, el teniente coronel Richardson, de la 3.ª División, estaba listo para seguir su marcha, sin saber que en su propia retaguardia, a unos sesenta kilómetros, una fuerza alemana se disponía a hacer lo



El general James E. Moore.

mismo, con la idea de aislarlo de su base. Al amanecer Richardson inició el ataque sobre Paderborn. En un cruce de carreteras, los dos primeros carros de su vanguardia fueron alcanzados y puestos fuera de combate por un solitario Panther enemigo; tres kilómetros más adelante, en una aldea situada a menos de cinco de la vieja ciudad católica de Paderborn, residencia durante mucho tiempo de obispos y de los mercaderes medievales de la Hansa, se produjo un inesperado ataque de una considerable formación de Panthers y Tigers. La encarnizada pero breve lucha terminó con la retirada de ambos bandos a unos centenares de metros, con el fin de restañar las heridas y tomar una decisión sobre el movimiento siguiente.

Richardson llegó a la conclusión de que los alemanes eran superiores en fuerza. Precisaba el apoyo aéreo y pidió a la división que enviara caza - bombarderos; se le respondió que las nubes bajas impedían totalmente la intervención de la aviación. Al verse escaso de correas de ventilador, de carburante y de municiones. Richardson volvió a llamar y solicitó que desde el aire se le lanzaran estos suministros imprescindibles. La respuesta fue lacónica: «No se dispone de aviones». Pocos minutos después le llamaron por el radioteléfono, para comunicarle noticias aún peores: los alemanes habían contraatacado en la retaguardia de la división; había quedado aislado. Richardson, como medida más apropiada,decidió atrincherarse, en espera de acontecimientos.

El LIII Cuerpo de Ejército, al que Model había encomendado la misión de romper la punta de lanza de la 3.ª Acorazada, estaba mandado por el general de división Fritz Bayerlein, un veterano de Africa y de Normandía, donde estuvo al mando de la escogida División Panzer Lehr. Bayerlein era un jefe muy experimentado y duro que, a diferencia de sus demás compañeros que debían la mayor parte de su experiencia al Frente Oriental, conocía bien la forma de combatir de los anglo - americanos y tenía un sano respeto a su poder artillero y aéreo. Conocía, por otro lado, las flaquezas de sus propias tropas; aunque en éstas se incluyeran unas formaciones aguerridas, como la Panzer Lehr y la 3.ª Panzer, sabía que habían perdido los viejos ánimos y que sólo podía depositar en ellas su confianza si les encomendaba unos objetivos limitados y razonables.

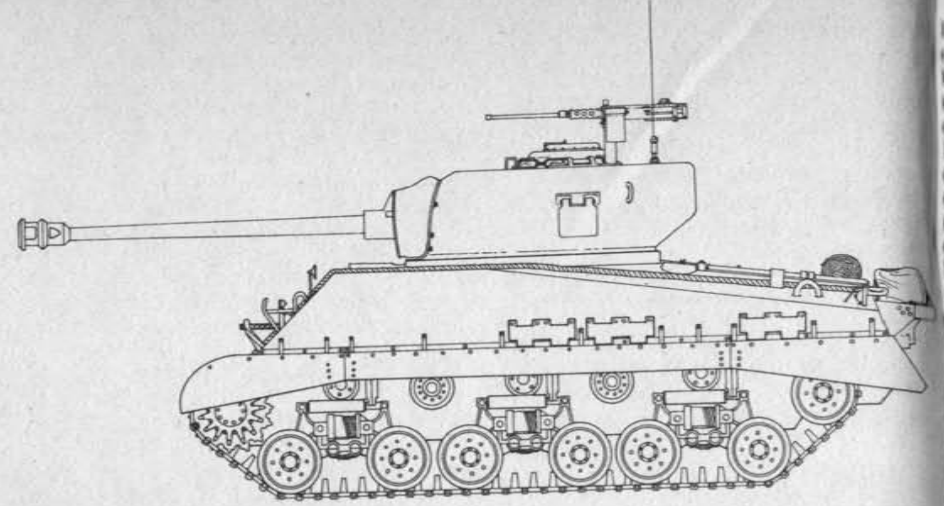
A pesar de la baja moral de combate de sus hombres y de la escasez de municiones y de carburante, Bayerlein se entregó a su empresa con su habitual celeridad y energía, y lanzó a sus tropas, situadas en las colinas cubiertas de bosques de Sauerland contra los norteamericanos, que se extendían por un frente de más de 100 kilómetros, desde el Rhin hasta Paderborn. Collins reaccionó de inmediato y movió el 16 Regimiento de Infantería de la 1.ª División hasta Buren, al Sur de Paderborn, mientras los batallones 1.º y 2.º quedaban apostados en Gesehe, lugar por donde el servicio de información del VII Cuerpo creía que los alemanes irrumpirían para amenazar el planeado enlace entre los Ejércitos Primero y Noveno. Además, dispuso que la avezada 9.ª División de Infantería prestara ayuda a la 8.ª, la cual se hallaba desparramada a lo largo de muchos kilómetros, en la retaguardia de la descontrolada 3.ª Acorazada.

La 8.ª División de Infantería, que había sido bastante castigada en la batalla de Brest, en Bretaña, y en muchas otras



Arriba: **Otro camión con soldados alemanes pasa a engrosar las filas de los que ya se han rendido.** Abajo: **La resistencia en algunos sitios es muy tenaz y la destrucción continúa.**





El M4A3-E8, modelo básico del carro medio Sherman, introducido en 1944. Tripulación: **cinco.** Peso: **37 toneladas.** Velocidad: **40km/h por carretera.** Autonomía: **235 kilómetros en condiciones óptimas y por carretera.** Armamento: **Un cañón de 76mm con 71 proyectiles, una ametralladora de 12,5mm con 600 y una 7,7 mm con 6.250 proyectiles.** Blindaje: **51mm en la parte delantera, 43mm en los laterales, 76mm en la parte delantera de la torreta, 51mm en sus laterales y 94mm en el mantelete.** Longitud: **5,88m.** Anchura: **3m.** Altura: **3m.**

en que combatió después el Tercer Ejército, estaba mandada por el exigente general Moore; éste, aunque ya supiera por el servicio de información que iba a ser atacado por el LIII Cuerpo de Ejército, lanzó a sus hombres a través del río Sieg, teniendo como objetivo la ciudad clave de Siegen. Pero aquel primer día del mes de abril los alemanes se batieron a la desesperada, a pesar de su moral generalmente baja; muchos de los objetivos de la división tuvieron que ser tomados y recuperados repetidas veces. En la aldea de Birken, por ejemplo, el enemigo contraatacó y cayó sobre el puesto de mando de un pelotón anticarro del 13 Regimiento de Infantería, instalado en una casa de campo; el centinela que estaba entonces de guardia era el soldado primero Walter Wetzel, quien alertó a los compañeros, que dormían desperdigados por todas partes, y mientras éstos cogían sus armas a toda prisa aguantó él sólo el ataque enemigo. Sus nutridos disparos no lograron evitar, sin embargo, que varios soldados alemanes llegaran a la casa y lanzaran algunas granadas por la ventana. Wetzel, dando un fuerte grito, se lanzó sobre éstas, que le produjeron la muerte; su sacrificio dio un instante de respiro a los componentes del pelotón quienes pudieron aproximarse a la ventana y repeler el ataque. Wetzel, en homenaje póstumo, fue distinguido con la Medalla al Honor.

Aquel mismo día los alemanes lanzaron diecisiete contraataques contra los norteamericanos, y aunque la División Flecha de Oro (como era conocida por su emblema) lograra contenerlos, perdió, sin embargo una de sus cabezas de puente al otro lado del Sieg, a menos de un irresistible ataque de la 12.ª División de Volksgrenadier.

En estas circunstancias, el general Collins puso en acción a la 9.ª División de Infantería, para evitar que los alemanes salieran de su área, ubicada entre Wintenberg y Meschede - Brilon, tres pueblecitos que antes de la guerra eran famosos como centros de esquí.

A las 01.15 del 1 de abril, la 9.ª División abandonó el pueblecito de Hallenberg, llevando a su izquierda al 3^er^ Bata-

llón, y a su derecha al 1.º. El terreno era escabroso, con alturas cubiertas de arbolado y cortadas en muchos sitios por rápidos arroyos cuyas aguas estaban casi heladas a pesar de ser primavera. Por otro lado, las estrechas y sinuosas carreteras estaban instransitables a causa de los campos de minas y de las numerosísimas barreras formadas. Para empeorar la situación, la visibilidad en los montes era mala y aunque los norteamericanos hicieran algunos progresos a lo largo del valle que conducía al centro turístico de Winterberg, donde habían tenido lugar las Olimpíadas de invierno de 1936, el general Craig, comandante en jefe de la división, ordenó detener el avance; estimó que se exponía a un riesgo excesivo si seguía avanzando por una zona de montañas cubierta por la niebla y sin protección aérea.

Aquella misma noche, la Panzer Lehr, la 3.ª Panzer y la 176 División de Infantería (más tarde se identificó a componentes de las mismas entre los prisioneros) lanzaron un impetuoso ataque contra el 1^er^ Batallón de la 9.ª de Infantería en el pueblo de Neu Astenberg, obligando a los norteamericanos a retirarse hacia el Este, hasta las cercanías del Mollseifen, donde se atrincheraron. Simultáneamente se desarrollaba un encarnizado combate en la villa turística de Hoyeleye, donde los norteamericanos se enfrentaban con una unidad de fanáticos miembros de la SS en plena tormenta de nieve, fenómeno raro en el mes de abril incluso en aquella zona. La batalla degeneró en una lucha «al estilo de los gángsters en los años de la Prohibición», como se indica en la historia de la División, al pretender huir los hombres de la SS en veloces coches; como no sabían cuáles eran las carreteras que los norteamericanos dominaban, «circulaban por ellas, en un sentido y en otro, disparando en todas direcciones; la infantería se dirigió a un Hotel y luchó por apoderarse del vestíbulo, contra un enemigo que disparaba desde detrás de los sofás y de los sillones, y de las puertas y ventanas».

Al tiempo en que tenía lugar esta batalla, el 47 Regimiento de Infantería de la misma división se aproximaba a Oberkirchen, lugar considerado por los servicios de información como una de las rutas más importantes para la retirada enemiga, ya que su posición geográfica le permitía controlar una red de carreteras que era esencial para el sistema alemán de comunicaciones y de abastecimiento. A las 08.00 del 2 de abril, el 2.º Batallón del regimiento se lanzó al ataque y tomó la aldea de Welminghausen, al Sudeste de Oberkirchen, después de encarnizados combates. Siguió su avance y entró en Vewald, la siguiente población en el camino hacia Oberkirchen; recibió entonces el fuego de tres PzKw IV y de varios cañones autopropulsados, y se vio obligado a detenerse con el fin de reagruparse. Después continuó avanzando hasta que a la mañana siguiente, muy temprano, fue atacado por una considerable fuerza, constituida por varios centenares de infantes precedidos por cinco carros. Casi de inmediato tres de sus secciones fueron arrolladas por los alemanes, que se presentaron así ante Vewald. Algunos soldados aislados se resistieron con bazokas, protegiéndose en las bellas casas de madera, medio pintadas de blanco, de la ciudad medieval, y llegaron a poner tres carros fuera de combate; pero los alemanes seguían avanzando y fue preciso acudir a la lucha cuerpo a cuerpo, en un combate que tan pronto tenía lugar en un extremo como en otro de la calle adoquinada que era la vía principal de la población. Por fin los alemanes cedieron y emprendieron la retirada, dejando en poder de los norteamericanos un total de 78 prisioneros.

El 2 de abril, al caer la tarde, el ataque norteamericano en la línea comprendida entre Winterberg y Oberkirchen se había convertido ya en una dura tarea, igual que había sucedido en Siegen con la 8.ª División. La resistencia alemana se había consolidado considerablemente y el VII Cuerpo de Ejército no logró ocupar las alturas clave del sector, imprescindibles para la prosecución del avance, hasta cuarenta y ocho horas después.

Pero el contraataque de Bayerlein, que no pretendía solamente aislar la punta de lanza de la 3.ª Acorazada, sino asimismo abrir una vía de escape para el Grupo de Ejército B, se había detenido también repentinamente, después de



Un caido de la SS simboliza la resistencia desesperada y tenaz que tanto dificultó la captura de Oberkirchen.

haber profundizado unos 12 kilómetros por el flanco izquierdo de los norteamericanos. Kesselring, después de la guerra, manifestó que el fracaso del LIII Cuerpo de Ejército se debió a que Model atacó por un lugar que no era el apropiado.

«No estuve de acuerdo con el mariscal Model acerca del modo como intentó detener el rápido avance al Sur del Ruhr», dijo a sus interrogadores. «En mi opinión personal, debía haber iniciado el ataque más al Este, para aislar los puntos débiles del avance aliado y restablecer una línea Norte-Sur, evitando así que su flanco quedara detenido. Al partir de un punto situado más al Oeste, tropezó con una columna más numerosa y fracasó. La gran diferencia hay que buscarla en el punto geográfico en que se lanza el ataque; un batallón al asalto en un lugar correcto puede hacer mucho más que toda una división en un punto equivocado».

Ciertamente, Kesselring tenía una parte de razón; Model cometió varios errores tácticos durante la campaña. Entre ellos, el fundamental de suponer que el ataque aliado tendría su *Schwerpunkt* más al Norte, esto es, en el frente del Noveno Ejército, y que se produciría un avance secundario procedente de Remagen, a lo largo de la margen derecha del Rhin, para enlazar con el Noveno en algún lugar de la región de Duisburgo. Sin embargo, quizá sea más acertado atribuir el fracaso del contraataque de Bayerlein al cansancio de sus hombres y a la falta de los suministros de carburante y municiones que pudieran haber dado efectividad e ímpetu a su maniobra. En cualquier caso, lo cierto es que el mando alemán sabía, al terminar el 2 de abril, que la vía de evacuación hacia el Este había quedado totalmente interceptada. El VII Cuerpo de Ejército de los Estados Unidos había resistido y nuevas divisiones se desplazaban hacia el Nordeste; Bayerlein se dio por vencido y no intentó nuevos asaltos para romper el cerco. Quedó a la espera del ataque norteamericano, que se produciría pronto y en gran escala.

El contacto

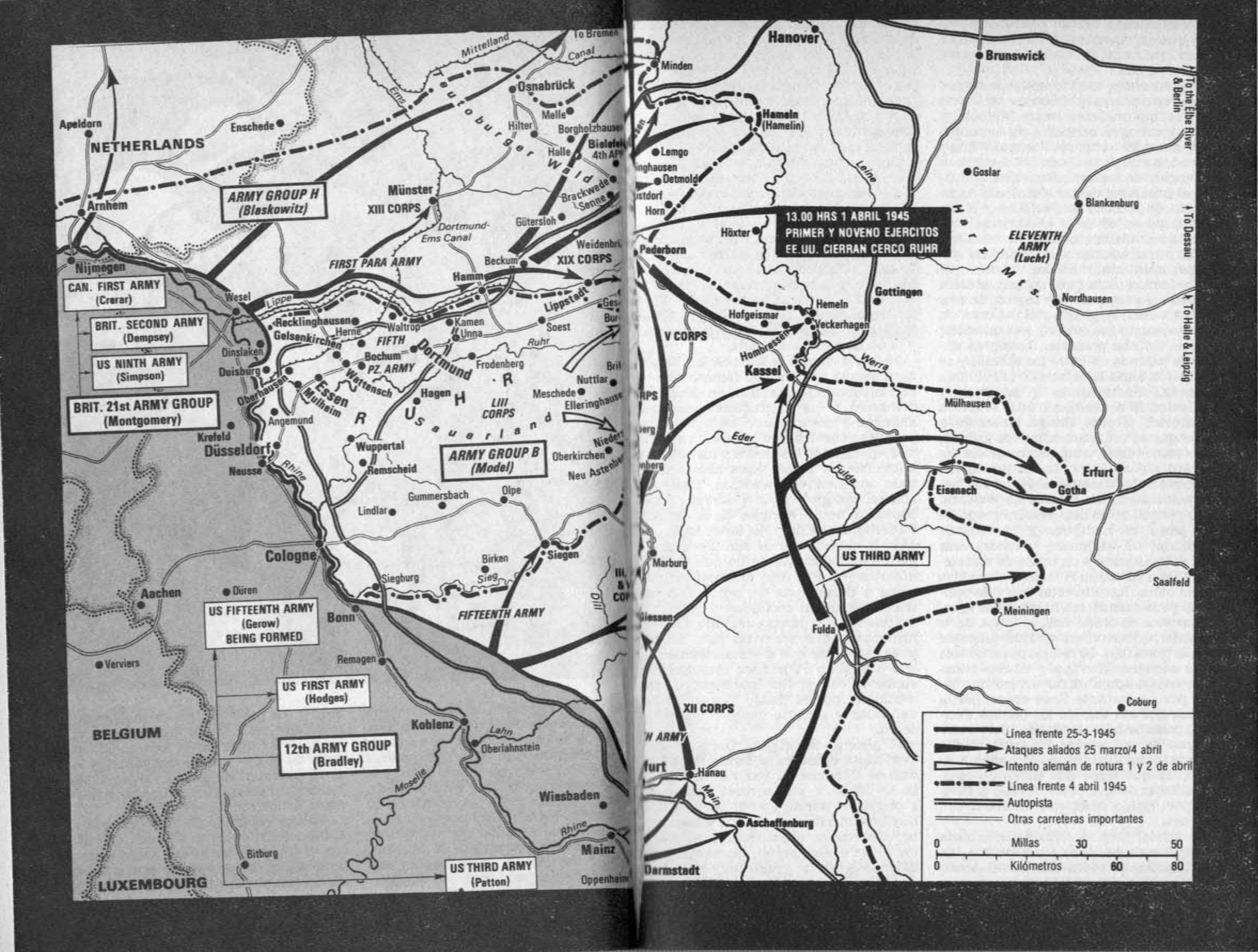


Poco después del anochecer, el coronel Richardson, que se había parapetado frente a las fuerzas alemanas, reclutadas —y esto lo ignoraba él— entre el personal y los alumnos del campo de entrenamiento de la SS situado en el gran complejo de instrucción de carros de las afueras de Paderborn, recibió un mensaje urgente por radio anunciándole que «el Seis Grande» iba a visitarle para inspeccionar el lugar, por lo que debía enviar un jeep a recogerlo.

«El Seis Grande» era el comandante en jefe de la 3.ª División Acorazada, el general Maurice Rose, la última persona a la que Richardson hubiera querido ver en aquel instnate; contestó por radio diciendo que no podía prescindir de un sólo jeep y terminó sugiriendo: «No me envíes para acá el «Seis Grande», para no dar información a los eventuales escuchas alemanes.»

En aquel instante el general Rose se hallaba a unos ocho kilómetros a la derecha de Richardson, con la fuerza especial del coronel John Welborn. Este acababa de ser informado de que los cuatro arros alemanes Tiger que veía delante abían sido puestos fuera de combate or la aviación. Con toda tranquilidad nició, pues, el avance hacia ellos. Durante algún tiempo no ocurrió nada, ero tan pronto como los carros de su vanzadilla subieron un pequeño repeno, fueron alcanzados por un certero ego de 88 mm procedente de aquéllos. ra una trampa; los Tiger habían sido acados con napalm, y no con las usuas cargas rompedoras de 250 kg. Welborn y sus primeros tres carros lograron refugiarse en el fondo del siguiente valle, pero el resto de la avanzadilla no tuvo tal suerte y en pocos minutos los siete Sherman siguientes fueron alcanzados por los expertos artilleros de la escuela de instrucción de carros.

Aunque separado de Welborn, que se había adelantado más de medio kilómetro, el general Rose se dio buena cuenta de lo sucedido, ya que los carros incendiados mostraban una clara silueta en el horizonte y podía, además distinguir



13.00 HRS 1 ABRIL 1945
PRIMER Y NOVENO EJERCITOS
EE.UU. CIERRAN CERCO RUHR
NETHERLANDS
BELGIUM
LUXEMBOURG
ARMY GROUP H
(Blaskowitz)
CAN. FIRST ARMY
(Crerar)
BRIT. SECOND ARMY
(Dempsey)
US NINTH ARMY
(Simpson)
BRIT. 21st ARMY GROUP
(Montgomery)
US FIFTEENTH ARMY
(Gerow)
BEING FORMED
US FIRST ARMY
(Hodges)
12th ARMY GROUP
(Bradley)
US THIRD ARMY
(Patton)
ARMY GROUP B
(Model)
US THIRD ARMY
ELEVENTH
ARMY
(Lucht)
FIRST PARA ARMY
FIFTH
PZ. ARMY
FIFTEENTH ARMY
XIII CORPS
XIX CORPS
V CORPS
XII CORPS
LIII
CORPS
RUHR
Teutoburger Wald
Sauerland
Harz Mts.
Mittelland
Canal
Dortmund-
Ems Canal
Ems
Lippe
Ruhr
Rhine
Sieg
Lahn
Moselle
Main
Eder
Fulda
Werra
Leine
Dill
To Bremen
To the Elbe River
& Berlin
To Dessau
To Halle & Leipzig
Apeldorn
Enschede
Arnhem
Nijmegen
Wesel
Dinslaken
Duisburg
Oberhausen
Mulheim
Essen
Angemund
Krefeld
Düsseldorf
Neusse
Recklinghausen
Gelsenkirchen
Herne
Waltrop
Bochum
Wattensch
Dortmund
Kamen
Unna
Hagen
Wuppertal
Remscheid
Gummersbach
Lindlar
Olpe
Cologne
Siegburg
Birken
Siegen
Düren
Aachen
Bonn
Verviers
Remagen
Koblenz
Oberlahnstein
Wiesbaden
Mainz
Oppenheim
Bitburg
Darmstadt
Hanau
Aschaffenburg
Münster
Osnabrück
Melle
Hilter
Borgholzhausen
Halle
Bielefeld
4th APP
Brackwede
Senne
Gütersloh
Beckum
Hamm
Weidenbrü
Lippstadt
Soest
Frodenberg
Meschede
Nuttlar
Elleringhause
Oberkirchen
Neu Astenberg
Minden
Hanover
Hameln
(Hamelin)
Lemgo
Detmold
Horn
Höxter
Paderborn
Hofgeismar
Hombressen
Hemeln
Veckerhagen
Kassel
Gottingen
Marburg
Giessen
Fulda
Brunswick
Goslar
Blankenburg
Nordhausen
Mülhausen
Eisenach
Gotha
Erfurt
Saalfeld
Meiningen
Coburg
Línea frente 25-3-1945
Ataques aliados 25 marzo/4 abril
Intento alemán de rotura 1 y 2 de abril
Línea frente 4 abril 1945
Autopista
Otras carreteras importantes
0 Millas 30 50
0 Kilómetros 60 80

el sonido del cañón alemán del 88 y del norteamericano del 75. Dispuso entonces que la Agrupación de Fuerzas de Doan, que venía detrás, se dispusiera a prestar ayuda.

Fue entonces cuando aparecieron por el Sudeste una media docena de Tigers que se interpusieron entre Welborn y Doan y con gran celeridad pusieron fuera de combate varios semiorugas White y un cañón autopropulsado contracarro. A excepción de los tres carros que escaparon al primitivo ataque alemán, la Agrupación de Fuerzas de Welborn y el comandante en jefe de la 3.ª División Acorazada se hallaban totalmente cercados. Podía verse además a la infantería alemana, apostada entre los árboles que los rodeaban, lista para apoyar, si fuera preciso, el ataque de sus carros. En una «salvaje escena propia del infierno de Dante», como fue descrita por un oficial que se hallaba presente, los carros alemanes salieron de entre los árboles y se dirigieron hacia la cabeza de la columna cercada, ametrallando a hombres y vehículos. El comandante de la artillería divisional, coronel Brown, aconsejó a Rose que se refugiara entre los árboles, pero éste le hizo notar que no se oía actividad alguna por delante, por donde Welborn había desaparecido; tal vez fuera mejor seguir las huellas de Welborn.

El general así lo hizo, con un grupo de dos jeeps, un motorista y un vehículo blindado; un kilómetro y medio más adelante llegaron a un cruce de carreteras y Rose divisó en él la silueta confusa de un carro. Resultó estar fuera de combate, pero cuando sus hombres se aproximaron a él desde ambos lados de la calzada recibieron un nutrido fuego de armas portátiles. Se refugiaron entonces en la carretera principal y en esta situación vieron aproximarse un enorme carro; por un instante Rose creyó, por la forma, que era uno de los nuevos Pershing puestos bajo su mando, pero pronto uno de su propios hombres se dio cuenta, cuando el vehículo pasaba a su lado, de que tenía dos tubos de escape en lugar de uno, como llevaba el Pershing; el grupo reaccionó entonces con rapidez.

El primer jeep se salió de la calzada y logró escapar, pero Rose no fue tan afortunado; el comandante del tercer carro alemán descubrió a los norteamericanos, sacó la cabeza por la torreta y apuntó la pistola ametralladora hacia Rose. Este, su chófer y su ayudante, el mayor Bellinger, empezaron a desabrocharse el correaje; Rose, a diferencia de los otros dos, llevaba la pistola en la cintura en lugar de en la pistolera del hombro, y al bajar la mano para soltarla el alemán interpretó mal su acción y disparó. Rose cayó muerto al suelo.

Poco tiempo después, el Ruhr, ya cercado, sería conocido como la «Bolsa de Rose», en memoria del general fallecido. Y más adelante, los equipos de investigación de crímenes de guerra estudiaron el caso, porque era bien sabido que Rose era judío, hijo de un rabino, y las tropas que defendían la zona de Paderborn procedían en su mayor parte de la *Waffen SS,* de ideas muy racistas. Pero la investigación demostró que los alemanes no pasaron de cometer un error y la acusación fue retirada.

Mientras tanto, la batalla de Paderborn seguía su curso. El famoso campo de instrucción se convirtió en campo de combate, y los instructores, cadetes, alumnos y miembros de los equipos de prácticas convirtieron la teoría en realidad, manejando los carros y los cañones anticarro que tantas veces habían utilizado antes en sus ejercicios. Todos lucharon con gran vigor y energía, redoblados al ver el ejemplo de la asolada Paderborn, que dos días antes había sufrido la destrucción de sus tres cuartas partes en un ataque aéreo que duró 27 minutos y que la dejó totalmente indefensa y desprovista de protección antiaérea. Estaban decididos a conservar un terreno que parecía sagrado a la Wehrmacht y que era vital para Model, pues éste sabía que si los norteamericanos ocupaban Paderborn establecerían contacto con el Noveno Ejército, que avanzaba por el flanco Noroccidental del Ruhr y cerraría completamente el cerco.

El general de brigada Doyle O. Hickey, hasta entonces al frente de la unidad de Combate A, tomó el mando de la 3.ª División, y el coronel Doan pasó a ocupar el puesto que él abandonaba. Los dos iniciaron un ataque general sobre Paderborn, concentrando su potencia sobre el aerodromo, excelentemente defendido por un grupo muy numeroso de la infantería dotada con cañones 136



El general Doyle O. Hickey.

Los soldados de la 36 de infantería Acorazada, llenos de ardor y de espíritu vengativo por lo que consideraban como un crimen de guerra, esto es, el «asesinato» del jefe de su división, se lanzaron con decisión a cumplir su misión.

En el intervalo, en la retaguardia, en el cuartel general del VII Cuerpo de Ejército, al que pertenecía la 3.ª Acorazada, el general Collins, «Joe Centella», se mostraba bastante preocupado. Todavía no había sido informado del contraataque de Model al Sur de la 3.ª División, que permitió abrir una brecha de doce kilómetros, aunque conocía ya la probabilidad del ataque contra su flanco izquierdo gracias a la información obtenida de los prisioneros. Tampoco sabía que la Agrupación de Fuerzas de Richardson y de Hogan habían sido copadas en Paderborn.

Se sentía preocupado porque estimaba que los alemanes lograrían escapar de la trampa que se les tendía. Según el plan original, el Noveno Ejército, integrado en el 21 Grupo de Ejército de Montgomery, debía enlazar dentro de varios días con el 12 grupo de Bradley cerca de Paderborn; pero las serias perspectivas de un contraataque alemán, que quizá retrasaría su avance, le hacía exigir una mayor velocidad a las formaciones del Noveno Ejército que debían establecer el contacto. Temía que el lento progreso de Montgomery por el flanco septentrional del Ruhr significara el fracaso de la operación. En estos días, casi todos los mandos estadounidenses criticaban agriamente las precauciones y falta de ímpetu de Montgomery y la forma como utilizaba a las tropas norteamericanas bajo su mando; se negaba —creían— a lanzarlas adelante y les encomendaba papeles secundarios, para que las formaciones británicas del 21 Grupo de Ejército se alzaran en todos los casos con la gloria. Recordaban además el lamentable resultado de la batalla de Falaise, en Normandía, en la que la excesiva prudencia y la lentitud de Montgomery permitieron que las unidades enemigas más importantes escaparan de la Bolsa, que podía haber asestado un golpe mortal al Ejército alemán en Francia.

Acuciado por sus preocupaciones, «Joe Centella» (el nombre le venía por sus rápidos ataques en la zona del Pacífico) se dispuso a tomar una decisión radicalmente heterodoxa. En la tarde del 31 de marzo llamó por teléfono a su viejo amigo, el general Simpson, comandante en jefe del Noveno Ejército, y le pidió su ayuda.Las normas militares no aprueban el que un jefe de cuerpo de un grupo de ejército pida asistencia al jefe del otro grupo, pero el torrente de noticias sobre los movimientos del enemigo en el sector de la 3.ª División justificaba, en su opinión, la ruptura con la rigidez del formalismo militar.

Le dijo a Simpson que Monty marchaba a excesiva lentitud y que, a su modo de ver, si el contacto no se establecía pronto los alemanes «se escabullirían por Paderborn». Añadió: «Bill, estoy preocupado; mis líneas están muy estiradas».

A continuación pidió al comandante en jefe del Noveno, un hombre alto y completamente calvo, que destacara un grupo de combate de la 2.ª Acorazada y le ordenara marchar de inmediato hacia Paderborn; él, por su lado, «enviaría a otra unidad de combate a su encuentro».

Simpson quedó de acuerdo con él y, sin consultar con el comandante en jefe del 21 Grupo de Ejército, dio la orden de que varios elementos de la 2.ª División Acorazada se desviaran hacia el Sudes-



Arriba: **Simpson y Montgomery con otros generales norteamericanos. Estos temían que la táctica de Montgomery pudiera impedir el enlace.** Abajo: **Las banderas blancas comienzan a aparecer; una calle de un pueblo aparece abarrotada de vehículos de transporte abandonados.**



te y se dirigieran hacia la atribulada 3.ª División.

Casi a la cabeza de la columna de la 2.ª Acorazada iba el teniente William Dooley, al frente de la Compañía E del 67 Regimiento Acorazado. Dooley había recibido la orden de partida en la noche del día 31 y no tenía la menor idea de la importancia de su cometido, pues ignoraba incluso a dónde se le enviaba exactamente. Lo único que sabía era que debía avanzar a la mayor velocidad posible hacia la pequeña población medieval de Lippstadt, unos treinta kilómetros al Este de Paderborn.

La resistencia era débil, pero Dooley estaba seguro de que por algún sitio se libraba una batalla trascendental; del Sur le llegaba el estruendo constante de la artillería pesada que, en ciertos momentos, era tan intenso que hasta sus carros trepidaban con la vibración. Avanzando sigilosamente durante la noche, después de que la columna fuera atacada por unos artilleros aislados, y marchando luego a toda velocidad en una oscura noche, Dooley logró recorrer cerca de ochenta kilómetros y al amanecer del día siguiente, Domingo de Resurrección de 1945, alcanzaba la carretera que unía Beckum con Lippstadt. Su objetivo estaba casi a la vista.

En Lippstadt, el mando alemán titubeaba entre considerar la pequeña villa como una ciudad abierta o bien como una «fortaleza», para emplear el vocablo que era corriente entre los dirigentes nazis locales. Por fin se llegó a un compromiso. En todas las entradas de la ciudad se levantaron trampas anticarro construidas con gruesas tuberías de cemento rellenas de hormigón y hierro, y defendidas por unos pocos soldados, con los que se esperaba contener a los norteamericanos; los demás puentes fueron destruidos. El resto de la guarnición se retiraría hacia el Norte, llevándose consigo a todos los obreros extranjeros y a los prisioneros de guerra, que podían convertirse en un peligro para la población local una vez que se hubiera retirado aquélla. Los prisioneros serían enviados por el hueco abierto en las líneas aliadas entre Münster y Lippstadt para ser internados en otro lugar. De esta suerte, la población se dispuso a esperar la llegada de los invasores.

La mañana de aquel domingo de Pas-



Un soldado de la Volksturm, **que se ha rendido.**

cua se ofrecía llena de luz y de calor; por todos lados se veía cerezos y melocotoneros en flor. En la villa, de gran tradición católica, algunos de los vecinos más viejos pretendieron ir a la iglesia, pero se lo impidieron los miembros del Partido; el día no estaba como para ir a misa, cuando la ciudad se preparaba para la lucha final. Los miembros de las Juventudes Hitlerianas locales y de la *Volksturm* eran distribuidos entre las barricadas.

A las seis de la mañana, un Dooley fatigado se dedicaba con sus hombres a limpiar las primeras casas que se levantaban en las afueras. El resto de las tropas alemanas se había apostado en los jardines; en un momento dado abrió fuego de fusil y ametralladora. De pronto apareció un PzKw IV, que abrió fuego sobre el Sherman que encabezaba el avance; por suerte, el proyectil enemigo dio en la parte lateral de la torreta y rebotó. El carro alemán se retiró y su infantería inició la evacuación; algunas banderas blancas empezaron a ondear aquí y allá, mientras la población civil saqueaba los almacenes del cuartel local, ayudada en esta tarea por el personal de intendencia que aún permanecía allí y que no deseaba que sus artículos



cayeran en manos enemigas. Los soldados de la 67 Acorazada se aproximaron con cautela a la primera barricada, pero unos civiles les salieron al paso y retiraron las tuberías de cemento para facilitarles el avance.

A las 12,30 los norteamericanos dominaban los suburbios. Se ordenó entonces al teniente Donald Jacobsen que tomase la ciudad; una patrulla de infantería estaba aislada en el hospital y necesitaba ayuda. Jacobsen montó a sus hombres en unos carros y se puso en camino; de las ventanas de los edificios medievales, parcialmente construidos con madera, colgaban banderas blancas. En su ruta se le rindieron 35 alemanes y los hizo subir a los carros. No había la menor señal de resistencia enemiga; luego, de pronto, al salir de la ciudad, divisó unos carros que venían del Este; sin dilación, ordenó que sus hombres se prepararan para la lucha.

Ya iba a dar la orden de abrir fuego cuando cayó en la cuenta de que los vehículos que venían en cabeza eran M-5 norteamericanos. Pertenecían a la 3.ª Acorazada. Poco tiempo antes, la compañía C de la 36 de Infantería Acorazada, mandada por el teniente Robert

Arriba: **Prisioneros de guerra franceses liberados.** Derecha: **La ciudad de Ahlen luce colgaduras blancas al tiempo que la calle Adolf Hitler es recorrida por los carros del Noveno Ejército, camino de Lippstadt.**

Cork, había asaltado en un rápido movimiento el campo de aviación de Paderborn, apoderándose de él con la ayuda del resto del 1.er Batallón de la 36 Acorazada. Luego, las patrullas comenzaron a explorar el terreno, a la espera de la 2.ª Acorazada.

Era la una de la tarde del 1 de abril de 1945. Aunque Jacobsen y sus hombres, riendo y bromeando con los soldados del Primer Ejército, no se dieron cuenta de la trascendencia del contacto con la 3.ª División, habían decidido el destino de más de un cuarto de millón de soldados del Grupo de Ejército B de Model, además de otros 100.000 del Mando Antiaéreo. Los alemanes estaban cercados. La Bolsa del Ruhr era un hecho. Más tarde, Jacobsen comentaría su despreocupación ante tan histórico momento: «Es curiosa la ignorancia que demuestran los chicos que se baten en la batalla.»

Kesselring entra en escena



El 1 de abril de 1945 las posiciones aliadas en el Ruhr eran las siguientes: a lo largo del frente septentrional de la bolsa, Simpson contaba con su XIX Cuerpo de Ejército, bajo el mando del general Raymond McLain, que se extendía entre Paderborn y Hamm y defendía el extremo Nordeste del Ruhr, con el fin de impedir la huida del Grupo de Ejército B de Model. Sus hombres pretendían enlazar con el XIII Cuerpo de Ejército al mando del general de división Alvan Gillem Jr., localizado en la región de Munster. Los avances de estos dos cuerpos de Ejército, uno hacia Paderborn y el otro hacia Münster, habían escindido por la mitad al Primer Ejército Paracaidista, obligando a las formaciones enemigas del ala derecha a refugiarse en las alturas del *Teutoburger Wald*, en unas posiciones muy protegidas por árboles y de fácil defensa que se extendían a ambos lados de la autopista que pasaba por Bielefeld, en dirección Norte. En conjunto, Simpson contaba para la operación del Ruhr con una división acorazada, cinco de infantería y una aerotransportada.

Al Sur, sobre todo en la margen izquierda del Rhin, entre Colonia y Remagen, se hallaban las tropas del recién creado Décimoquinto Ejército norteamericano bajo el mando del teniente general Gerow, formado fundamentalmente para atender a la ocupación de Alemania una vez producida la capitulación. Para la operación del Ruhr, Gerow contaba con una división de infantería y dos aerotransportadas, que pronto atravesarían el Rhin formadas en compañías para intervenir en la lucha.

Al Este, Hodges, del Primer Ejército, tenía una división acorazada y siete de infantería, especialmente dispuestas para las inminentes batallas en el interior del Ruhr. Un total de 18 divisiones del 12 grupo de Ejército de Bradley se vería implicado en las operaciones que iban a desarrollarse en las próximas dos semanas.

Dentro de la bolsa formada al tomar contacto en Lippstadt los ejércitos Primero y Noveno se hallaban cercados, todo el Quinto Ejército Panzer, la mayor parte del Décimoquinto y dos cuerpos del Primer Ejército Paracaidista del



Un carro norteamericano para junto a un cañón alemán.

Grupo de Ejército H. La zona cuya defensa se les encomendaba tenía una extensión total de 9.000 kilómetros cuadrados, con unas dimensiones de cincuenta por ciento veinticinco kilómetros.

En esta bolsa, que contenía más tropas alemanas que las que habían sido sitiadas en Stalingrado, en Túnez o en Francia, existían fábricas de municiones, de cañones y de carros, además de refinerías petrolíferas, que podrían haber abastecido con amplitud las necesidades de Model. Pero la industria y el sistema de comunicaciones del Ruhr habían quedado muy maltrechos por los bombardeos intensivos de los dos meses precedentes, y no pudieron producir las municiones y el carburante que Model tanto precisaba. Además, la capacidad de lucha de éste estaba limitada por el hecho de que, a pesar de las evacuaciones masivas, seguían encerrados con sus soldados millones de civiles, especialmente ancianos, mujeres y niños.

No hay que sorprenderse, por tanto, de que Model, persona bastante sensible en muchos sentidos a pesar de sus rasgos un tanto duros, se sintiera torturado por los dilemas que se le planteaban. Las posibilidades que se le ofrecían eran varias. Por un lado podía rendirse, como ya se ha comentado, pero él mismo había condenado en público la rendición del mariscal de campo Paulus y de su Sexto Ejército en 1943 en Stalingrado y, por otra parte, su propia vida estaba en juego si se le entregaba a los rusos.

Por otro lado, podía convertir toda la región del Ruhr en un gigantesco Stalingrado, que era lo que Hitler deseaba, luchando ciudad por ciudad, y casa por casa, para entretener al menos veinte divisiones aliadas durante un largo período de tiempo y aliviar así la presión sobre Berlín. En tal caso, Hitler, según sus propias declaraciones, podría pactar con los rusos y después lanzar un contraataque desde el Este que abriera de nuevo la ruta del Ruhr y liberara a Model.

La rendición o la defensa eran las primeras alternativas, pero ninguna de las dos ofrecía gran atractivo al diminuto y sólido mariscal, que en los dos años anteriores había sacado ya a las tropas alemanas de muchas situaciones comprometidas. Se sentía aterrado ante la ruina económica y la profunda miseria humana que una defensa tenaz ocasionaría a los habitantes del Ruhr, sobre todo si ponía en práctica la política hitleriana de «tierra arrasada». El general von Mellenthin, que le conoció en esta época crucial, escribió lo que sigue a propósito de su actitud ante la orden de Hitler de asolar el territorio: «Model jamás se apartaba del sendero estricto de la disciplina militar pero, como un súbdito leal de la patria alemana, suavizó las aristas de las órdenes insensatas y trató de minimizar unas destrucciones innecesarias. Hitler había decretado una política de «tierra arrasada» y quería que destruyéramos todas las fábricas e instalaciones mineras del Ruhr, pero Model se limitó a estrictas demoliciones militares. Estaba dispuesto a preservar el corazón industrial de Alemania; se abstuvo, pues de pelear tozudamente por cada casa y no tuvo en cuenta las órdenes dictadas por el Führer en su frenesí final de manía destructora.»

En cuanto a la rendición, también Model discutió su posibilidad con von Mellenthin, a pesar de que la idea le resultara odiosa. Von Mellenthin describe con estas palabras la situación: «Model se preguntaba si convendría o no iniciar negociaciones con el enemigo, y me planteó el problema con toda sinceridad; los dos rechazamos la idea, basándonos en razones militares. Después de todo, él no conocía de la situación general más de lo que supiera un simple capitán de compañía de su propio cuerpo de ejército; su ignorancia se debía a la «Orden del Führer número 1», del 13 de enero de 1940, según la cual «ningún mando ni autoridad debe saber más que lo que sea estrictamente necesario para el cumplimiento de su misión específica». Model desconocía si se habían entablado o no negociaciones políticas, y estaba bastante convencido de que las tropas del Frente Occidental debían seguir su lucha hasta el final, con el fin de proteger la retaguardia de nuestros camaradas del Frente Oriental, comprometidos en una lucha desesperada por proteger la huída de los millones de mu-



Arriba: **El avance a través de Münster.** Abajo: **La infantería de la 17 División Aerotransportada se provee de munición adicional en su marcha hacia Münster.**





El teniente general Leonard T. Gerow.

jeres y niños alemanes que escapaban de las hordas soviéticas».

El resultado fue que, el 1 de abril de 1945, Walter Model seguía considerando dos posibilidades; la primera obtener permiso de Hitler para batirse en retirada y escapar de la bolsa, probablemente en dirección Este, hacia el Harz, que ofrecía condiciones ideales para una defensa prolongada, o bien hacia el Elba, donde sabía que había o, al menos, estaban en proceso de formación importantes contingentes de tropas. La segunda, contraatacar con todos sus efectivos hacia el Este o hacia el Oeste, en la esperanza de forzar el cerco aliado; de este modo podría establecer contacto con alguno de los grupos de ejército situados a sus flancos, esbozando al menos un proyecto de línea defensiva sólida por delante del Elba.

La primera posibilidad era la que más le atraía, habida cuenta, especialmente, de su deseo de no convertir el Ruhr en un desierto económico, como sucedería si lo transformaba en campo de batalla. Durante toda la jornada aguardó, presa de la desesperación, a que Kesselring le transmitiera la respuesta de Hitler a la solicitud hecha por el mismo Model dos días antes, en el sentido de autorizar la evacuación del Ruhr. Y la respuesta cayó como una bomba.

Al volver a su cuartel general de un viaje de inspección, Kesselring fue informado aquel día por Westphal, su jefe de estado mayor, que se había recibido una nueva orden del cuartel general del Führer; en ella se determinaba que Model tenía que defender el Ruhr como una fortaleza. El Grupo de Ejército B no saldría de la bolsa.

Kesselring, soldado leal y hombre poco dado a fantasear, no pudo dar crédito a lo que oía. Sabía cuán desesperada era ya la situación en la bolsa del Ruhr, y aunque no hubiera estado de acuerdo con los planes de Model para la defensa de la zona, reconocía que, incluso hallándose este último en plena forma, la escasez de alimentos habría dificultado cualquier operación ofensiva o defensiva, pues sólo alcanzaban para dos o tres semanas. Además, aunque tuviera en poco las aptitudes de Eisenhower como estratega, sabía que no se dejaría engañar atascándose en el Ruhr: su objetivo —así pensaba— se hallaba más al Este. No desestimaba tampoco la capacidad de los aliados en orden al bombardeo despiadado, incluso indiscriminado, de los objetivos civiles y militares; Eisenhower podría contentarse con encomendar la misión de dominar el Ruhr a su poderosísima aviación, dejando que el hambre venciera a Model.

Como soldado disciplinado, Kesselring transmitió a Model las órdenes del Führer y su observación de que el Ruhr debía ser defendido como una «fortaleza», bajo el mando directo del OKW, el Alto Mando alemán. No conocemos, por no existir testimonio, la reacción de Model al recibir estas órdenes, pero Kesselring afirma en sus memorias: «Quedé más que aturdido por esta decisión del OKW, que echaba por tierra todos nuestros planes. El OKW posiblemente estimaba que una evacuación no contaba ya con esperanzas de éxito, por lo que el Grupo de Ejército cercado podría entretener un número de soldados enemigos suficiente para impedir un fuerte avance hacia el Este». Por otro lado, «la única esperanza de detener un contingente elevado de tropas enemigas residía en una defensa tenaz y hasta agresiva, algo que, a juzgar por lo que yo había visto, no era nada probable».

En esta fase de la guerra, el mariscal de campo Kesselring era seguramente la persona más idónea para la defensa del Oeste. El antiguo oficial bávaro de artillería, que en 1933 había sido trasladado a un puesto administrativo en la recién creada Luftwaffe, era un reflejo viviente de la máxima de Goethe *«In der Beschraenkung zeigt sich der Meister»* («el maestro se revela en la limitación»). Desde el final de la campaña del Eje en el Norte de Africa, Albert Kesselring había encabezado los esfuerzos alemanes por prevenir el intento italiano de capitulación, al tiempo que contestaba a los repetidos ataques anglo - americanos. Dificultado por una falta casi absoluta de información sobre las intenciones aliadas —la misma que se padecía en la Alemania central—, se batió a la defensiva a todo lo largo de Italia, sometido a la dura prueba de constantes sorpresas. Jamás llegó a perder los nervios, a pesar de verse enfrentado en repetidas ocasiones con iniciativas aliadas tales como los desembarcos de Anzio y de Salerno. Aunque renunciara a las acciones ofensivas, dedicó sus energías al mantenimiento de las líneas y, cuando no podía ya conservarlas, retiraba a sus hombres para luchar desde otra línea que fuera más apta para la defensa.

Kesselring estaba acostumbrado a las situaciones desesperadas. Las victorias que había obtenido en Italia eran todas de índole provisional; la iniciativa estaba siempre del bando aliado y Kesselring sabía que a un ataque seguiría otro. Por otro lado, estaba habituado a la defensiva; nunca se decidió por una acción ofensiva, menos en Salerno. En resumen, era el comandante en jefe ideal para afrontar la situación que se presentaba en Alemania central; duro, flexible, inclinado a las acciones defensivas, poseía, sobre todo, unos nervios templados que eran muy necesarios para las semanas que se avecinaban.



El mariscal de campo Walter Model.

Lo que le aguardaba era poner en práctica las órdenes de Hitler y, simultáneamente, evitar la pérdida del Grupo de Ejército B de Model, que, caso de producirse, supondría la entrega al enemigo de toda la zona central de Alemania y la apertura de una brecha en el frente, entre los Grupos de Ejército H y G, que no podría jamás cubrir; por esto, intentó por todos los medios sacar a Model de la trampa en que estaba encerrado. Las soluciones posibles eran dos.

En primer término, existía el denominado Undécimo Ejército, contituido por los restos de unas nueve divisiones destacadas en el Harz. Había sufrido graves pérdidas en el limitado contraataque que en febrero de 1945 realizó contra los rusos en Prusia Oriental y a partir de entonces se había retirado al lugar citado, donde el terreno escabroso compensaba la falta de unos carros que se habían perdido en su casi totalidad. Este «Ejército», si así se le podía denominar, ocupaba unas posiciones tácticamente sólidas en unas montañas desde las que podía ser lanzado sobre el Ruhr para le-

vantar una línea firme a lo largo del río Weser, sesenta kilómetros al Este de Paderborn, al Oeste del Harz.

El «ataque de contención» así desarrollado estaría luego respaldado por el poderoso Duodécimo Ejército, que se hallaba en formación en la zona del Elba, entre Dessau y Wittenberg. Aunque no había entrado aún en acción, constituía, indiscutiblemente, una de las mejores unidades que en la primavera de 1945 le quedaban a Alemania. Bajo el mando del general Wenck, brillante profesional de cuarenta y cinco años de edad que había sido lugarteniente de Guderian, la unidad estaba compuesta por la flor y nata de las escuelas militares alemanas de oficiales y suboficiales, así como por los mejores jóvenes reclutados entre la organización nazi del trabajo, el *Arbeitsdienst*. El Duodécimo Ejército contaría con una división acorazada, *die Clausewitz-Division*, constituida por todas las escuelas de instrucción de carros que quedaban en la Alemania central; una división de granaderos panzer, la *Schageter*, cuyos efectivos se reclutarían en las academias de oficiales y en el *Arbeitsdienst;* y cinco divisiones de infantería, que fueron bautizadas con nombres patrióticos: *Potsdam, Scharnhorst, Ulrich von Hutten, Friedrich Ludwig Jahn* y *Theodor Koerner*.

Pero el 1 de abril de 1945 el Duodécimo Ejército sólo existía sobre el papel. Kesselring sabía que tenía que ganar tiempo hasta que llegara el momento de ponerlo en juego; las unidades de Model situadas más al Norte y los 80.000 hombres del Undécimo Ejército tendrían que ganar ese tiempo hasta que llegara el Duodécimo, según Kesselring dijo, «como salvador»; en ese instante, «su ayuda daría unas ciertas garantías de que el curso de los acontecimientos en el frente ruso no estaría influido por el occidental y de que podría evitarse la escisión en dos mitades del suelo alemán... De este modo, el Duodécimo Ejército se convertía en un factor de importancia capital para la marcha de las operaciones en el Frente Occidental, ya que en todo caso podía desempeñar cualquier tipo de misión en las montañas del Harz».



Una de las consecuencias de la guerra.

Era, pues, imprescindible conservar esta zona montañosa y además dominar y mantener libre una área suficiente delante de la misma; como Kesselring sostenía, había que conservar unas zonas vitales para la defensa en un terreno que, por lo demás, era llano antes de llegar al Harz, tales como el *Teotoburger Wald*, cadena de pequeñas alturas cubiertas de bosques entre los ríos Ems y Weser, y el mismo Weser, formado por la confluencia del Fulda y del Werra, que fluye hacia el mar del Norte; así se evitaría que el enemigo presionara sobre el Harz, que era donde se preparaba el ataque hacia el Oeste.

Kesselring puso de manifiesto al OKW de Berlín la necesidad de reforzar la guarnición del Harz y de mantener abiertas las vías de comunicación entre el Harz y el Elba; como respuesta, se le dijo que se enviaría a la División Potsdam. Por otro lado, el XXXIX Cuerpo de Ejército Panzer se aprestaba a efectuar un contraataque a escala de grupo de combate, con los mismos objetivos en la mente. En esta situación todo dependía de la conservación del *Teutoburger Wald* y del río Weser, con lo que se impedía al enemigo la invasión de un campo abierto y el aislamiento del Harz con un movimiento envolvente, como había acaecido en el Ruhr. Kesselring advirtió con toda claridad que su primera empresa debía ser la conservación de la base del Harz, al Oeste del Elba, con lo que el Duodécimo Ejército tendría una vía libre; si no contaba con la libertad de operaciones en esta base, terminarían en el fracaso todos los intentos por liberar de la bolsa del Ruhr al Grupo de Ejército B. Al reflejar en sus memorias, bastantes años después, los mayores temores que le embargaban aquel día de abril, admitió que «si el enemigo alcanzaba el campo abierto que se extendía a ambos lados del Harz, todo habría terminado».

El avance hacia el Weser

El día en que se completó el cerco del Ruhr, el comandante supremo de las fuerzas aliadas dictó nuevas órdenes. El 12 Grupo de Ejército de Bradley debía «proceder a la limpieza del Ruhr..., atacar en la dirección principal Kassel - Leipzig... y aprovechar cualquier oportunidad de establecer una cabeza de puente sobre el río Elba».

De acuerdo con estas órdenes, el Noveno y el Primer Ejército se dispusieron a atacar en un frente de dos cuerpos de ejército. El Noveno avanzaría con un cuerpo de ejército a cada lado de la autopista, penetraría por Bielefeld en el *Teutoburger Wald* y atravesaría el río Wesser, la única barrera fluvial que había por delante del Elba, entre Minden al Norte y Hamelin, famosa por el flautista del cuento, al Sur. El Primer Ejército, que no contaba para la rapidez de sus movimientos con una autopista a su favor, debía atravesar una zona más difícil: avanzaría hacia Hofgeismar y de aquí llegaría al Weser, que cruzaría en las cercanías del pueblo de Veckerhagen.

El Noveno Ejército, al mando del teniente general Simpson, avanzó de una forma admirable. «Mis hombres habían recibido valiosos estímulos», diría algún tiempo después. «Fuimos los primeros en atravesar el Rhin y ahora íbamos a ser los primeros en llegar a Berlín; el pensamiento era idéntico: tomar la capital, rebasarla y encontrarnos al otro lado con los rusos». En la margen meridional de la autopista se planteó la rivalidad entre la 83 División de Infantería del general Macon y la 2.ª División Acorazada del general White, al intentar cada una de ellas adelantarse a la otra. Mientras la 2.ª seguía su dura marcha kilómetro a kilómetro, la 83 de Infantería se apresuraba por su ruta gracias a una increíble y fantástica colección de vehículos capturados y requisados, que le habrían dado toda la apariencia de una columna militar alemana si no hubiera sido por los abundantes vehículos norteamericanos que se repartían por la misma. Pero si esta «chusma de circo», como se le denominó entonces a la 83, confundió un tanto a los servicios aliados de reconocimiento aéreo, más aún lo hizo al enemigo; cuando la división proseguía su avance, un coche oficial alemán, lleno de militares de alta graduación, la tomó por una unidad propia y comenzó a sortearla, haciendo sonar constantemente el claxon; los norteamericanos lograron reaccionar al fin y una ráfaga de ametralladora obligó al Mercedes a detenerse, siendo capturados los alemanes por quienes habían tomado por compatriotas. El Mercedes sufrió un rápido baño de pintura y rápidamente volvió al servicio, con una estrella norteamericana pegada a sus laterales, todavía sin secar.

La oposición, en general, fue escasa, y el Noveno Ejército se apoderó sin esfuerzo de las ciudades por las que la autopista pasaba. Una pequeña demostración de fuerza o un ligero bombardeo artillero eran normalmente suficientes para hacer aparecer las banderas blancas y una delegación encabezada por el *Bürgermeister* local. Incluso en las localidades en las que los jefes del partido o el comandante militar intentaban la defensa, los mismos habitantes o campesinos inutilizaban sus esfuerzos, quitando las barricadas y las zanjas anticarro, antes de que sirvieran para algo. De esta suerte cayeron en manos de los norteamericanos, prácticamente sin un disparo, ciudades como Wiedenbruck y Gütersloh, que se asentaban en la ruta directa hacia Bielefeld y el *Teutoburger Wald*.

Cuando se divisaron en la distancia las cimas del *Teutoburger Wald*, los jefes de la 5.ª y la 2.ª Divisiones Acorazadas norteamericanas, que eran las que encabezaban la marcha a un lado y a otro de la autopista, admitieron la probabilidad de tropezar en adelante con una resistencia mayor que la que había encontrado en las 48 horas anteriores. El peligro se agravó al aproximarse a la ciudad industrial de Bielefeld, que guardaba el paso, encerrado entre escarpadas colinas, por el que la autopista transcurría hasta Lämmershagen.

En dicha zona, que se extendía a lo largo de unos 45 kilómetros entre las aldeas de Hilter, al Oeste de Bielefeld, y Horn, al Sudeste, el frente enemigo estaba al mando del general de división Becher, que había ocupado el puesto dos semanas antes y que disponía, por propia iniciativa, de tres unidades de combate: el flanco occidental, bajo el mando del coronel Hulle; el meridional, a las órdenes del general Goerbig, y el sector central, que incluía a Bielefeld, bajo el mando del coronel Sommer. Con la ayuda de estos jefes Becher trató por todos los medios de organizar una línea de defensa eficaz frente a los norteamericanos, que se le aproximaban con tres columnas principales, una por la autopista y las otras dos paralelamente, una a cada lado. Su destino eran los desfiladeros que conducían al *Teutoburger Wald*.


El teniente general William H. Simpson.

Los recursos de Becher, sin embargo, eran bastante limitados; su estado mayor era reducido e inexperto y al no contar con personal especializado en transmisiones sus órdenes tenían que ser transmitidas por medio de mensajeros o de las centralitas telefónicas civiles hasta los 7.000 hombres que estaban a su cargo y que tenían la misión de defender un frente que en circunstancias normales había exigido ocho o nueve divisiones, o sea, 100.000 soldados. Constituían un conjunto abigarrado y heterogéneo compuesto de compañías de entrenamiento, de soldados de bajas cualidades (se incluían dos batallones cuyos componentes padecían afecciones de oído), de la Volkssturm y de elementos de la división SS de entrenamiento destinada a la cercana escuela de infantería de Senne.

Aunque los hombres de la SS fueran jóvenes e inexpertos, sus cualidades eran excelentes y en todas sus interven-



ciones demostraron sus buenas dotes; el resto causaba una impresión muy inferior, a excepción de los integrantes de un curso de preparación para la oficialidad, que actuaron al Norte de Bielefeld. En general estas tropas caían pronto en el pánico y se sentían inclinados a la deserción o a la retirada,siempre que los combates fueran bastante duros. Además, habían sido equipados muy pobremente y con armas desconocidas, para las que no había suficiente munición, estaban atrincheradas en unas posiciones preparadas a toda prisa, que no podrían ofrecer gran resistencia a la acometida del ataque acorazado aliado y que ni siquiera formaban una línea continua, sino que se hallaban emplazadas en las alturas principales para guardar los pasos de montaña por los que tendrían que cruzar los norteamericanos si querían avanzar hacia el Weser. Tampoco allí los alemanes tenían armas pesadas y la artillería era casi inexistente. La única defensa contra los carros norteamericanos era el *Panzerfaust*, arma suicida de un sólo disparo y de sencilla y económica fabricación.

Mediada la mañana del 2 de abril, las

Izquierda: **La** Volksturm, **el ejército del pueblo, compuesto por los ancianos e impedidos.** Arriba: **Niños-guerreros movilizados.**

unidades norteamericanas de vanguardia se aproximaron a las faldas del *Teutoburger Wald*, reconociendo cautelosamente el terreno ante el temor del peligro que pudiera albergarse en las alturas; atrás quedaba la facilidad con que se habían capturado las ciudades y las aldeas vecinas. Dispuestas al ataque se hallaban, a la izquierda de la autopista, las divisiones 84 y 102 de Infantería, encabezadas por la 5.ª Acorazada, entre Halle y Brackwede; en la misma autopista y a la derecha, entre Brackwede y Augustdorf, se hallaban la 2.ª Acorazada con la 30 y la 83 de Infantería.

Ante esta situación, Becher acompañado por su ayudante el comandante Düppenbedker, pidió a los jefes locales del partido en Bielefeld que le facilitaran nuevas unidades de la *Volkssturm* y que distribuyeran entre la población civil todas las existencias de víveres. Los nazis, que se encontraban ebrios y muy seguros en su «casamata de mando» le acusaron de traición y amenazaron con «colgarle»; Becher volvió a su puesto de mando y desde este momento los nazis ya no intervinieron en los preparativos. Dos días después, el jefe de un batallón de la *Volkssturm* se personó ante los jefes de partido, que seguían sus borracheras, para solicitarles ayuda; se le respondió que si llevaba dos fusiles con cinco cartuchos cada uno, eso significaba «diez norteamericanos muertos... Luchad hasta el último hombre».

Los norteamericanos atacaron las líneas de Becher en la noche del 2 al 3 de abril; precedidos por un ataque en vuelo rasante de los temibles caza - bombarderos aliados, el Noveno Ejército empezó el asalto por el sector de los Cuerpos de Ejército XII y XIV. Al Norte de la autopista, la resistencia, en conjunto, fue pequeña y quedó reducida con facilidad. Como recuerda el coronel Gilbert Farrand, jefe de estado mayor de la 5.ª División Acorazada, «el avance parecía una simple acción de retaguardia». A pesar de ello, el mismo vehículo de Fa-

rrand, que utilizaba como cuartel general de la división a causa de la rapidez del avance, fue alcanzado por un proyectil enemigo. Las operaciones de los alemanes se desenvolvían generalmente en forma de guerrillas, y no con un frente estable.

Los alemanes dejaban que los vehículos blindados norteamericanos atravesaran su frente, para quedar a la espera de la lenta infantería, que seguía su marcha bastante cautelosamente por las colinas cubiertas de árboles del *Teutoburger Wald;* entonces, generalmente en pequeños grupos de fanáticos de la SS o de las Juventudes Hitlerianas, emprendían un rápido ataque y, después de causar alrededor de una docena de bajas, volvían a desaparecer con la misma celeridad con que habían irrumpido. Cuando se veían acorralados, como a casi todos les ocurrió, lucharon en sus posiciones hasta el último hombre o, para utilizar una expresión más exacta, hasta el último niño. En muchos casos, los defensores apostados al Norte de la autopista no pasaban de ser auténticos niños; el teniente coronel Roland Kolb, de la 84 División, hizo constar que en una ocasión sus tropas se enfrentaron con una «unidad de artillería» compuesta por chicos de doce años de edad, algunos incluso más jóvenes aún, que «en vez de rendirse lucharon hasta la muerte».

Los norteamericanos llegaron hacia mediodía al primer desfiladero del *Teutoburger Wald,* momento en que iniciaron el ataque en el sector Sur de Borgholzhausen, procedentes de Halle; el paso estaba defendido por un destacamento de la SS y por una o dos compañías de soldados de la Wehrmacht, bajo el mando de un comandante de la SS que había conseguido, al hacerse cargo del puesto el 1 de abril, la ayuda de cuatro cañones anticarro.

Los norteamericanos atacaron con las unidades acorazadas, que avanzaron a una velocidad cada vez más baja a causa de las cerradas curvas de la carretera de montaña; tardaron unas tres horas en llegar a sus objetivos. Los alemanes, después de sufrir unas veinte bajas, se retiraron en dirección a la pequeña localidad de Melle. El paso quedaba libre y, con él, abierta hacia el Norte una carretera, aunque bastante mala, por la que se canalizó el tráfico de las tropas procedentes de los bosques; la victoria fue bastante fácil y sólo costó unos cuantos muertos y heridos.

Pero al Sur de la autopista la oposición era más dura y el XIX Cuerpo de Ejército norteamericano se vio implicado en un combate, relativamente encarnizado, entre la antigua ciudad residencial de Detmold y la misma Bielefeld. Un poco al Sur de Detmold, un grupo de fanáticos de la SS y unos cuantos reclutas jóvenes de la Wehrmacht con poco más de un par de meses de instrucción lucharon desesperadamente por cada centímetro de terreno, compensando su falta de armamento pesado con la naturaleza difícil de un terreno de bosque y montaña que estaba a su favor.

La villa de Augustdorf fue defendida hasta el último hombre y, una vez capturada, los norteamericanos prosiguieron su marcha hacia Detmold, situada a unos diez kilómetros. Tropezaron en el camino con un grupo de soldados alemanes que se habían atrincherado alrededor de uno de los monumentos nacionales más sagrados de Alemania, *das Hermannsdenkmal;* aquí, a la sombra de un gigantesco monumento de metal erigido en una altura dominante y coronado por la enorme figura de Hermann el Germano, de quien se afirma que derrotó en dicho lugar a dos legiones romanas al mando de Varus, en el año 9 d. de J. C., el grupo de jóvenes alemanes pretendió emular la hazaña de sus antepasados. La última trinchera no fue tomada hasta que cayó el último de los defensores.

Al Norte de Augustdorf, otro grupo decidido de alemanes logró conservar el paso de Oerlinghausen y detuvo el ataque norteamericano en los límites meridionales de la misma población. Aunque los norteamericanos consiguieran capturar la parte Sur de la ciudad en un tenaz combate casa por casa, los defensores retuvieron el resto de la población, así como las alturas vecinas. Es más, al atardecer del día 2, los alemanes pasaron a la contraofensiva, aunque fueran detenidos en seco por la firme resistencia norteamericana. El resto de la noche lo pasaron ambos bandos aferrados a sus posiciones, a la espera de la mañana y de los nuevos ataques norteamericanos.

En el intervalo, éstos últimos habían asaltado las defensas alemanas de Lämmershagen, el paso por donde transcurría la autopista, guarnecidas por un ba-



Los carros de la 5.ª División Acorazada, del Noveno Ejército, en su marcha hacia Hameln.

tallón de instrucción de infantería y por algunos jóvenes cadetes de un curso de preparación para la oficialidad. Al tiempo que los carros norteamericanos dejaban la autopista para rebasar las posiciones enemigas, varios carros de combate tantearon el terreno hasta encontrar resistencia; en este instante entró en acción la infantería, que intentó apoderarse de las posiciones alemanas. El intento fracasó a causa de la obstinada resistencia de los defensores, por lo que los atacantes emprendieron la retirada y batieron las posiciones enemigas con intenso fuego de artillería siguiendo las indicaciones de unos observadores artilleros aerotransportados.

Al caer la tarde, los Sherman intensificaron el fuego para cubrir a otro grupo de carros que se lanzó al ataque y que causó graves pérdidas al enemigo; un nuevo grupo acorazado atravesó las líneas enemigas, se desvió hacia el Norte por la cima de los montes y ocupó posiciones a la derecha del puesto, donde pasó la noche. Los alemanes que se hallaban en la zona empezaron a retirarse en dirección a la aldea de Hillegossen, defendida por cadetes, en la que se dispusieron a esperar la aurora y el nuevo asalto norteamericano. Esto significaba que se había abierto una brecha, aunque no se dominaran aún las posiciones de Hillegossen, que podían amenazar al tráfico que discurriría por la autopista en dirección Norte, hacia el Weser. En otras palabras, Hillegossen tenía que ser capturada.

En la mañana del martes 3 de abril, las fuerzas norteamericanas iniciaron un nuevo ataque dirigido contra Hillegossen y las alturas que rodeaban a Oerlinghausen. Cubierta por la artillería, una formación combinada de carros y de infantes pretendió desalojar a los defensores de sus posiciones en el pueblo. Logró sus propósitos, y el enemigo inició la retirada, buscando la protección del bosque, en dirección al Weser. A mediodía, los camiones pasaban sin cesar por la autopista, rumbo al Norte.

El combate por Oerlinghausen no fue tan fácil; se prolongó durante la mayor parte del día, causando 71 bajas en el bando enemigo y posiblemente una cifra similar entre los norteamericanos. A las cuatro de la tarde, los defensores del 64 Batallón de Instrucción de Granaderos Panzer, que habían mantenido sus posiciones con poco más que unos fusiles y ametralladoras, iniciaron la retirada en dirección Norte, seguidos por una larga columna de blindados norteamericanos deseosos de llegar cuanto antes al Weser. Un Tiger apareció en escena, mas por error fue puesto fuera de combate por un soldado alemán; los ocupantes, que pertenecían a la SS, dieron muerte al desgraciado soldado que había inutilizado su carro.

Los defensores comenzaron entonces a ceder por todos lados. El general Becher abandonó Bielefeld y estableció su cuartel general en la zona del río Weser. Al atardecer del día 3 había quedado vencida toda la resistencia del sector izquierdo de la autopista. Bielefeld seguía en poder de los alemanes, pero los norteamericanos no habían intentado aún el ataque serio sobre la población, contentándose con incursiones de tanteo por los suburbios del Sur, del Oeste y del Este. A la derecha de la autopista, los alemanes seguían resistiendo en las alturas del *Teutoburger Wald,* aunque, como hemos visto, ya había sido capturado el paso de Oerlinghausen. Detmold, que era la segunda ciudad en importancia de la región, también seguía resistiendo.

El mando del Noveno Ejército ordenó la intervención de la aviación táctica, y después de un bombardeo preliminar por la artillería y de una breve incursión realizada por los caza - bombarderos aliados, que lanzaron bombas incendiarias, la unidad de vanguardia de la 2.ª División Acorazada se dispuso a atacar.

Cuando los primeros carros del 82 Batallón de Reconocimiento penetraban en los suburbios de la ciudad medieval, antaño sede de un principado, un miembro de la población civil salió a su encuentro y les anunció el deseo del propietario de una fábrica local de armamentos, una de las más importantes de Alemania, de rendirse.

Entre una nube de proyectiles que caían por todas partes, el coronel Merriam, jefe del batallón, aceptó la entrega de la fábrica en una ceremonia donde



Arriba: **Un hangar de Detmold acusa los graves daños infligidos por el bombardeo norteamericano previo a la captura de la ciudad.** Abajo: **La entrada en Lemgo de la 2.ª División Acorazada del Noveno Ejército de Estados Unidos.**



hubo incluso un discurso y la entrega de la pistola cromada del fabricante, algo absurdo a la vista de las circunstancias en que se produjo. A continuación se entregó el pagador de una compañía alemana que llevaba una ingente cantidad de *Reichmarks*. Merriam creyó entonces que Detmold había sido capturado y que su batallón controlaba perfectamente la situación, por lo que ordenó proseguir el avance hacia el Weser.

Varias horas después, la infantería acorazada que le seguía tuvo que desplegarse y enzarzarse en una dura batalla, con varias unidades de la SS que se habían atrincherado en el interior de la ciudad y en los alrededores. Lo sucedido aquel día en Detmold era una muestra típica de la confusión reinante al Sur de la autopista durante los días 4 y 5 de abril. Después del conflicto, el general Macon, comandante en jefe de la 83 División de Infantería, recordaría que «se podía salir tranquilamente del cuartel general por la puerta principal; pero a veces, si se salía por la trasera, había que hacerlo a tiros para abrirse camino».

En ciertos lugares, los alemanes, hastiados ya de la destrucción y muertes que les rodeaban, se entregaban sin disparar un tiro. En Lemgo, por ejemplo, el *Bürgermeister* local, Wilhelm Graefer, pasó sobre las propias líneas alemanas y rindió su ciudad al coronel Hugh Farrell, de la 2.ª División, por lo que al día siguiente fue fusilado por orden del general de división Paul Goerbig, después de un juicio sumarísimo que duró treinta minutos. En otras ocasiones, los norteamericanos lograron engañar a los cabecillas alemanes locales para obtener la rendición sin lucha. El capitán Francis Schommer, de la 83 División, que hablaba alemán como un nativo, utilizaba sus dotes lingüísticos y la amenaza de su pistola de calibre 45 para convencer al *Bürgermeister* de cualquier ciudad recién ocupada de que telefoneara a su colega de la población siguiente en la línea de avance de su división. Schommer le decía: «Si quiere conservar el lugar en pie, que se rinda ahora mismo; dígale que la gente debe colgar de las ventanas sábanas blancas. De lo contrario...» El atemorizado alcalde incluso exageraba la nota, diciéndole al del pueblo vecino que los norteamericanos tenían en el suyo cientos de carros y de piezas de artillería, miles y miles de soldados. El ardid tuvo éxito repetidas veces.

De este modo los norteamericanos siguieron presionando a lo largo de todo el frente. Al Sur de Bielefeld, el *Bürgermeister* del pueblecito de Brackwede, Herr Bitter, ordenó que las barricadas contra los carros erigidas en la carretera que conducía a Bielefeld fueran retiradas para que aquéllos entraran sin oposición; un día antes de que éstos hicieran su entrada, fue detenido y fusilado por orden del jefe local del Partido. A pesar de todo, los norteamericanos lograron entrar en Brackwede sin tropezar con seria resistencia; la oposición alrededor de la ciudad comenzó a retirarse. Las fuerzas de defensa sólo contaban con dos carros, y uno de ellos estaba inmovilizado; las unidades reclutadas en la misma zona comenzaron a obtener trajes civiles y a desaparecer. El coronel Sommer se dio pronto cuenta que sólo podía confiar en los que defendían la autopista, en las afueras de la ciudad, y en los aguerridos jóvenes procedentes de un curso de ofiales de reserva, destacados al Norte de Bielefeld, por lo que decidió establecer contacto con los defensores del paso de montaña.

A las 13.00 horas de la tarde del 4 de abril entraban en Bielefeld los primeros carros norteamericanos; al acercarse, procedentes del Sur, a la primera barricada levantada en la carretera fueron atacados por disparos de lanzagranadas. Retirándose rápidamente dispararon sobre los defensores, que estaban ocultos en algunas de las casa cercanas. Los disparos continuaron esporádicamente durante toda la tarde, y a las cinco horas de combate una poderosa fuerza acorazada atravesó las líneas enemigas y se dirigió hacia el «Bunker Sedan», en el que se suponía se alojaba el jefe local del partido y su estado mayor. Pero los nazis de Bielefeld se habían dirigido hacia el Este, buscando su salvación y abandonando a los ciudadanos; éstos aprovecharon la oportunidad que por fin se les ofrecía y se dedicaron a saquear los depósitos locales de abastecimientos militares, al tiempo que otros se apresuraban a izar en el Ayuntamiento la bandera blanca de la rendición. La batalla, si así se puede denominar, había concluido.

Mientras tanto proseguía la lucha en los pasos que atravesaban el *Teutoburger Wald*, y con ella se recrudecían los horrores de la guerra. Al aproximarse a una de las sierras cubiertas de bosques, el comandante James Hollingworth, del 67 Regimiento Acorazado de la 2.ª División, se halló de pronto rodeado por carros que parecían enemigos; para suerte suya carecían de motor, por lo que no podían desplazarse, aun cuando conservaban sus cañones de 88 mm y los jóvenes artilleros alemanes abrieron fuego sin perder tiempo.

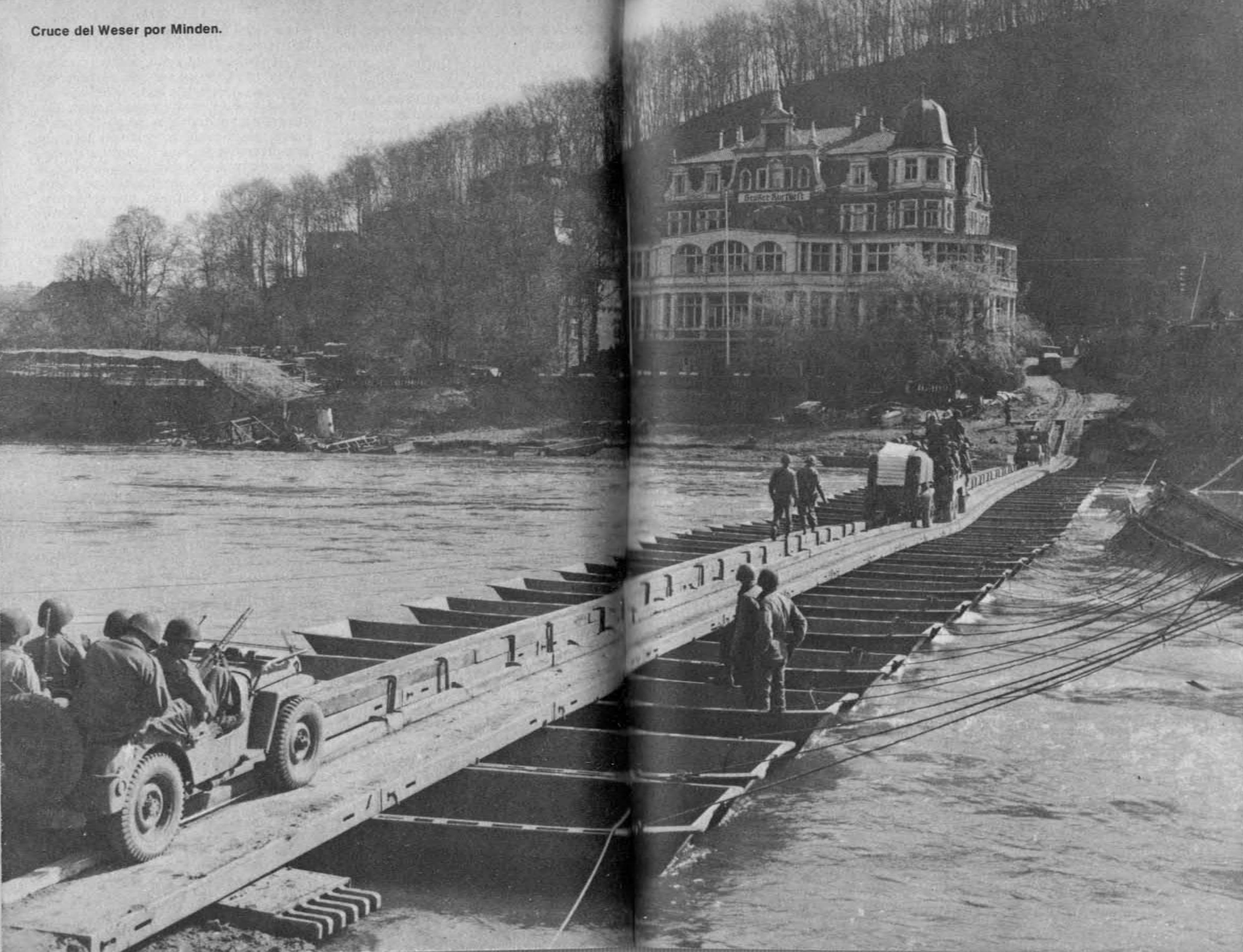
El artillero de Hollingworth, sargento Cooley, respondió inmediatamente y girando su cañón de 75 mm hizo su primer blanco en un carro que se hallaba a 1.500 metros. Manejó desesperadamente el mecanismo eléctrico de la torreta y volvió a hacer fuego sobre otra «reliquia» que se hallaba a menos de 75 metros. Aquello, como se expresó Hollingworth, «se convirtió en un infierno».

La superioridad de maniobra y de potencia de fuego estaba del lado del 67 Acorazado, que no tardó en hacerse con la situación. Después de aplastar la resistencia enemiga, vio cómo aparecía por la carretera un camión alemán, bajando la pendiente a toda velocidad hacia las posiciones norteamericanas; Hollingworth ordenó que no se disparara hasta que el confiado vehículo llegara a una distancia de unos 70 metros, instante en que ordenó hacer fuego. Los carros descargaron sus ametralladoras sobre los laterales del camión, que se detuvo, se incendió y se volcó de costado, derramando muertos y moribundos por la calzada; unos minutos después Hollingworth se acercó para observar la presa y descubrió, para horror de todos, que el vehículo bajaba cargado de *Flakhelferinnen*, mujeres uniformadas militarmente que eran empleadas en el servicio antiaéreo.

De esta suerte el Noveno Ejército siguió su avance por el *Teutoburger Wald* y cobró nuevos bríos la marcha hacia el Nordeste. Comenzaron a formarse las columnas de prisioneros; sin vigilancia, totalmente agotados, millares de hom-

Más prisioneros del Noveno Ejército.





Cruce del Weser por Minden.

bres iniciaron su larga marcha hacia el Sur, hacia unos campos que les esperaban a orillas del Rhin, al tiempo que las calzadas de las carreteras de la dirección contraria se ambotellaban con miles de vehículos de color oliva parduzco, que marchaban hacia el Weser a toda prisa. En la tarde del 4 de abril seis divisiones nortemaericanas (dos de infantería y una acorazada al Norte de la autopista, y otras tantas al Sur) habían atravesado los montes cubiertos de arboleda y se dirigían hacia la última barrera fluvial que les separaba del Elba.

Al mismo tiempo, al Sudeste del Noveno Ejército, el Primero del general Hodges seguía su constante avance hacia el Weser; llevaba por delante a la veterana 2.ª División de Infantería, que había capturado en la noche del 3 de abril la importante ciudad de Hofgeismar, situada a menos de 25 kilómetros del río y en la que se produjo un encarnizado combate con la guarnición de la SS. A la mañana siguiente, el 1.er Batallón del 23 Regimiento de Infantería de la División atacó y tomó Karlsdorf, siguiendo su avance por una carretera de segundo orden hasta Hombressen, a muy pocos kilómetros del Weser.

La resistencia con que se tropezaba era ligera. La columna de infantería fue atacada por su flanco por tres PzKw IV, que pronto se retiraron cuando uno de ellos fue alcanzado, desde una distancia de más de un kilómetro y medio, por un disparo afortunado de los cañones autopropulsados anticarros. La infantería siguió su avance, para ser detenida una vez más, aunque por poco tiempo, en los alrededores de Hombressen, donde un carro norteamericano fue alcanzado por el fuego alemán procedente de unos bosques vecinos. Reanudado el avance, al caer la noche el batallón de vanguardia del 23 de Infantería había llegado hasta Veckerhagen, en la orilla occidental del Weser.

Aquí se dio a los soldados una cena rápida, antes de entregarles munición y comida para dos días. Bajaron entonces al río; al otro lado, en la orilla oriental, se asentaba la villa de Hameln, y más allá el terreno se elevaba abruptamente, con unos escarpes casi cortados a pico. La ciudad y el río no parecían fáciles de dominar, y sin embargo la 2.ª División de Infantería logró sus objetivos con sorprendente diligencia. El 1er Batallón, que había tropezado con muy poca resistencia en los bosques que lo llevaron a Veckerhagen y que fue la primera unidad en tocar la orilla, envió un mensaje por radio al cuartel general del regimiento para hacerle saber que en la otra orilla no se percibían señales de resistencia; por tanto, las Compañías E y F del batallón gemelo del 1.º, que tropezaban con algunas dificultades en las cercanías de Hombressen, fueron retiradas de esa zona y enviadas en botes de asalto al otro lado del río.

El enemigo no disparó un sólo tiro; el río no estaba defendido y las únicas bajas sufridas por la 2.ª División se produjeron al entrar en Hameln, donde el fuego artillero de la división se quedó corto y cayó sobre las propias tropas. Un soldado resultó muerto y otro perdió una pierna. El paso del río Weser por los hombres del Primer Ejército de Hodges había costado, con toda exactitud, dos bajas.

El Noveno Ejército no tuvo tanta suerte. Al llegar al Weser, entre Minden y Hamelin, los Cuerpo de Ejército XII y XIX se lanzaron con toda energía a la captura de un puente que cruzaba el cauce, cuya anchura es de unos 70 metros. El ímpetu estaba alimentado por los deseos urgentes de pasar al otro lado, de llegar al Elba y, desde allí, atacar Berlín, pero los norteamericanos fracasaron en su intento de apoderarse del puente. En consecuencia, el Noveno Ejército tuvo que atravesar el río en un asalto que realizó a primeras horas de la mañana del 5 de abril, en las cercanías de Hameln. La oposición no pasó del fuego de armas ligeras, por lo que los carros de la avanzadilla de la 2.ª División Acorazada rebasaron las bolsas de resistencia que quedaban en la vieja ciudad; los soldados que venían detrás, de la 30.ª División de Infantería, tuvieron que enzarzarse en violentos combates antes de dominar la resistencia suicida de unos grupos aislados de la SS.

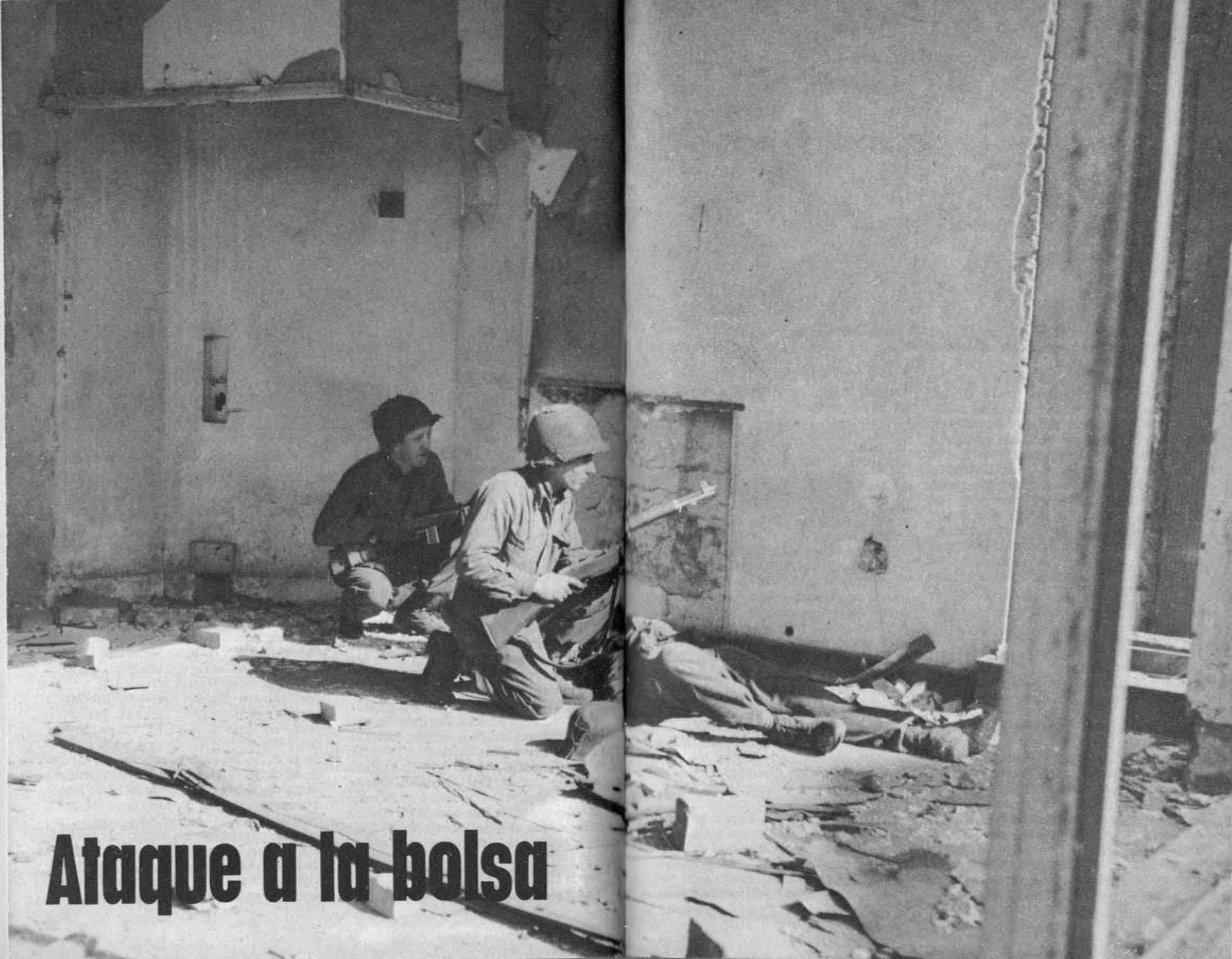
Mientras otros soldados del Noveno Ejército remaban sigilosamente para atravesar el río durante la noche, la 30ª.ª División tuvo que recurrir al apoyo de la artillería; los cañones iniciaron su terrible tarea destructora y al darla por terminada, aquel mismo día 5, la antigua población de calles adoquinadas y de edificios parcialmente construidos con madera se había convertido en un montón de humeantes ruinas. Con notorio cinismo, el coronel Walter Johnson, del 117 Regimiento, llegó a decir: «Esta vez hemos sacado las ratas con una flauta un poco diferente.»

El 5 de abril los Ejércitos Noveno y Primero pudieron iniciar así la última fase de su carrera hacia el Este, para aislar el Harz y alcanzar el Elba. El Noveno tropezó con muy poca resistencia, ya que el XLVII Cuerpo de Ejército Panzer, que era el destinado a la defensa del área del Weser, había quedado encerrado en la bolsa del Ruhr, y el Primer Ejército Paracaidista se veía obligado a replegarse por la presión del Segundo británico. Todo ello permitió el Noveno un fácil avance por la campiña apenas ondulada que se extendía al Norte de la región montañosa, al tiempo que el Primer Ejército cruzaba más al Sur por las amplias llanuras de la Turingia.

Tres días más tarde, el 8 de abril, Kesselring ordenó que el río Leine fuera defendido «a toda costa», pero los norteamericanos lo habían cruzado ya y empezaban a abrirse en abanico por ambos lados del Harz, donde el Undécimo Ejército del general Lucht había quedado cercado, desprovisto de armamento pesado y sin alimentos y municiones suficientes; la única ventaja a favor era la naturaleza del terreno. Es cierto que varios días más tarde el Duodécimo Ejército del general Wenck inició una maniobra, pronto malograda, que pretendía socorrer el Harz y, según es de presumir, pasar de aquí al Ruhr en ayuda de Model, pero este hecho se sale ya al ámbito de nuestro relato. La suerte del Grupo de Ejército B se decidió en esta primera semana de abril de 1945. El Harz había quedado también bloqueado y frente al mismo no quedaba espacio para lanzar un contraataque con formaciones blindadas o móviles. Las únicas esperanzas de defensa que quedaban a Model había que buscarlas en sí mismo y en los hombres que quedaban bajo su mando.



En la última fase de la carrera hacia el Este.



Ataque a la bolsa

El 2 de abril, fecha en que la bolsa se cerró por completo, los representantes de los Ejércitos Primero y Noveno celebraron una reunión para discutir la estrategia a seguir con el fin de cerrar el «saco», como los soldados norteamericanos denominarían a la región de Kessel. En dicha conferencia los oficiales de estado mayor de los dos ejércitos fijaron como línea de delimitación el río Ruhr, que se desliza desde Nuttlar, al Sur del punto donde establecieron contacto, hasta Duisburgo donde confluye en el Rhin. El plan era el de atacar en dirección a este último punto con un movimiento convergente que sería llevado a la práctica por fuerzas equivalentes a cuatro cuerpos de ejército.

La zona de operaciones del Noveno Ejército, al Norte del Ruhr, era la más pequeña de las dos, pero estaba constituida por una densa aglomeración industrial, llena de ciudades grises y deprimentes casi idénticas entre sí, tan cercanas unas a otras que a veces se hacía difícil el determinar dónde terminaba una y dónde comenzaba la siguiente. Los habitantes de la zona presumían, antes de la guerra, que era posible atravesar en tranvía todo el complejo industrial del Ruhr. Era muy probable que en ciudades como Essen, Dortmund y Duisburgo el Noveno Ejército tuviera que librar duras batallas, casa por casa, o a través de calles arrasadas por las bombas, si la resistencia alemana no se hundía antes; esto último no era entonces previsible.

Model disponía en la zona de las mejores divisiones que le quedaban. Al mando del coronel-general nazi Harpe, que había sucedido a von Manteuffel en el mando del experimentado Quinto Ejército Panzer, los alemanes contaban con tres cuerpos de ejército repartidos por la zona: el XII SS a la derecha, el LXXXI en el centro y el LVII Panzer a la izquierda. La línea de defensa que presentaban era formidable. Además de las ciudades en ruinas que ya se han mencionado, tenían a su derecha el sistema de canales del Ruhr, entre los que se contaba el Dortmund-Ems, que iba de Norte a Sur y que protegía la vanguardia de muchas ciudades; al Sur contaban con la protección del Ruhr. Ciertamente, la empresa del Noveno Ejército no iba a ser fácil.



El coronel general Harpe.

En cuanto al Primer Ejército, la zona asignada al Sur del río tenía una extensión tres veces mayor que la del Noveno; casi el ochenta por ciento era boscosa y entre los núcleos urbanos se contaban los centros industriales de Düsseldorf, antaño ciudad de moda en Alemania, y Wuppertal, y los arrabales orientales de Colonia. La mayor parte de la zona estaba constituida por la región ondulada y aislada denominada Sauerland, cuyo nombre hace referencia a la naturaleza inhóspita y estéril del terreno. El sector era muy apropiado para la defensa y para las acciones dilatorias, incluso con tropas escasas, a causa de los tupidos bosques, los angostos valles, las malas carreteras y las muchas corrientes de agua, profundas y rápidas.

Sin embargo, a pesar de los múltiples problemas que en aquella fecha se plantearon, los oficiales de estado mayor de los dos ejércitos estuvieron de acuerdo en la prosecución de su tarea. Un cuerpo del Noveno Ejército atacaría el 4 de abril en un primer intento de cruce del sistema de canales, sobre todo del Rhin-Herne y Dortmund-Ems; al día siguiente, el XIX Cuerpo de Ejército del Noveno intentaría abrir una brecha más al Norte, en la zona de Lippstadt, teniendo como objetivo el importante centro de comunicaciones de Soest. Una vez hubiera penetrado y alcanzado el Ruhr, se desviaría hacia el Sur, siguiendo la orilla derecha, para enlazar con el XVI Cuerpo de Ejército, que en la previsión de los ayudantes del estado mayor ya debía estar envuelto en la lucha por las ciudades del Ruhr.



Anderson, Simpson y Churchill, durante la visita de éste al frente de la orilla oriental del Rhin.

El 5 de abril el Primer Ejército se lanzaría al ataque con la intención de abrirse camino y cruzar el río Sieg, desde donde, con un frente de dos cuerpos de ejército, avanzaría hacia el Ruhr, a fin de establecer contacto con el Noveno.

En el interior, el Décimoquinto Ejército del general Gerow, que guardaba la orilla occidental del Rhin, entre Bonn y Duisburgo, procuraría con sus tres divisiones de infantería que los defensores alemanes de la orilla opuesta no hicieran uso de patrullas ni de paracaidistas que pudieran interferir el tráfico o las comunicaciones aliadas; simultáneamente, tendría entretenidas a unas importantes unidades enemigas, mediante el envío al otro lado del río de patrullas que hicieran incursiones en el campo contrario.

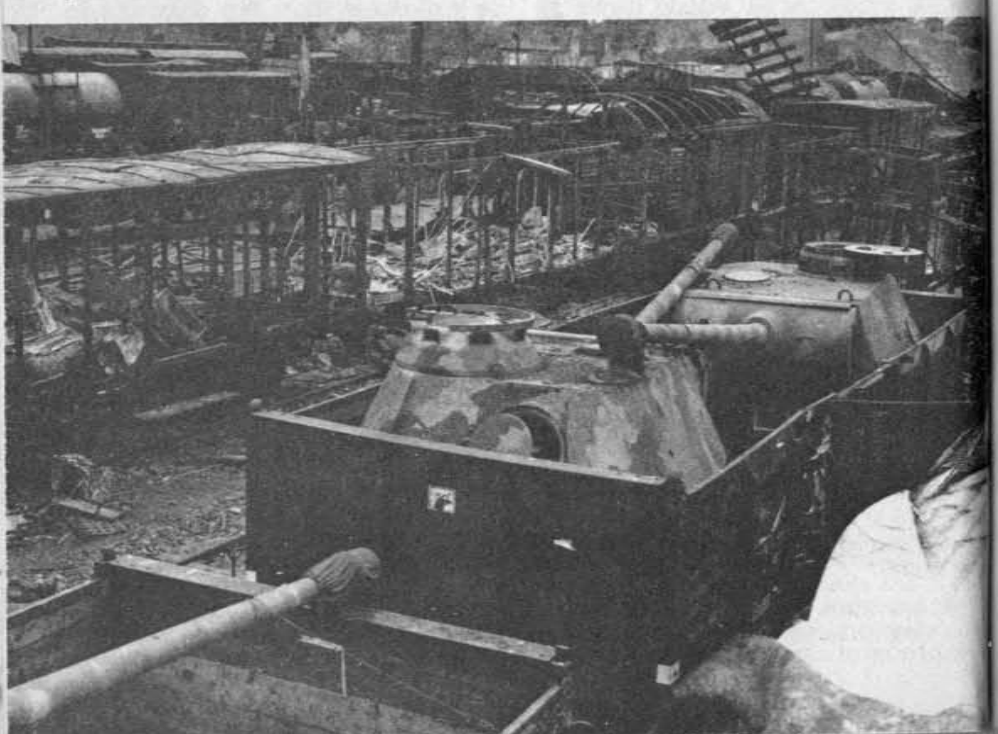
El 3 de abril, el XVI Cuerpo de Ejército del general John Anderson empezó a concentrarse alrededor de la ciudad recién capturada de Recklinghausen, con la idea de preparar el asalto al sistema de canales; Anderson atacaría la bolsa con tres divisiones, con un frente de sesenta kilómetros a lo largo del canal Rhin-Herne, teniendo al Norte el río Lippe y al Sur el Rhin. Sus divisiones serían: la 79 por el Sur; la 35 por el centro; y por el Norte la 75 con el 116 Regimiento de la 29 División bajo su mando.

La operación implicaba el cruce de varios canales, entre los que se contaba, en el frente de la 75 División, el imponente Dortmund-Ems, que allí tenía diez metros de profundidad y unas riberas en perpendicular y cuyo cauce, aunque hubiera sido vaciado, todavía contenía un metro de agua y barro en una anchura de unos treinta y cinco metros. Para empeorar el panorama, el avance de la división estaría obstaculizado por otros muchos canales secundarios.

La defensa del sistema de canales estaba encomendada en el sector 16 a los restos de la 2.ª División Paracaidista, que en los combates del mes de marzo en la zona del Rhin había intervenido valerosamente y que ahora estaba reducida a unos 4.000 hombres; ocupaba el área situada al Sur del canal Rhin-Herne, entre el Rhin y Gelsenkirchen. La línea del frente proseguía, cerca del canal Zweig, con la 190 División *Volks-*



El Ruhr en ruinas. Arriba: **Un monocarril se ha desplomado sobre el río Wupper, cerca de Wuppertal.** Abajo: **Estas torretas de carros, en las instalaciones de Aschaffenburg, jamás serán entregadas.**



grenadier, con unos 3.500 hombres; el resto del frente estaba encomendado a la 18 División *Volksgrenadier,* con 2.000 hombres.

El 3 de abril, la 75 División de Infantería envió las primeras patrullas de combate al otro lado del canal Dortmund-Ems, con el fin de tantear la fuerza del enemigo; las patrullas, inesperadamente, lograron formar una pequeña cabeza de puente en el flanco izquierdo de la división. Una compañía, incluso, consiguió profundizar en las líneas enemigas de la orilla opuesta, regresando con 55 prisioneros. Al mismo tiempo que se desarrollaba esta acción preliminar, las divisiones 35 y 79 consolidaban sus posiciones en la orilla septentrional del canal Rhine-Herne, en preparación del asalto de la mañana siguiente.

Este se inició a las 01.00 del 4 de abril con el cruce del canal Dortmund-Ems, a lo largo de un frente de cerca de doce kilómetros, por tres regimientos de la 75 División y por el 116 de la 29. La acción de este último es una muestra típica de las luchas de aquella jornada, caracterizadas por una línea de avance delimitada en ambos flancos por otros tantos canales menores; el regimiento ocupó con rapidez sus posiciones en el lado izquierdo del canal, a pesar del intenso fuego de ametralladora y mortero, se colocaron en seguida unas escaleras de mano y la infantería empezó a meterse en el agua fangosa. Los soldados vadearon por el cieno, bajo un fuego intenso, y colocaron las escaleras contra la margen opuesta al tiempo que las ametralladoras les cubrían con un fuego tan nutrido que se quedaron sin municiones y tuvieron que ser abastecidas por medio de un avión ligero que, con gran denuedo, aterrizó a plena vista del enemigo.

Una vez en la orilla opuesta, el avance se detuvo unos momentos, a la espera de que las ametralladoras hicieran acopio de munición, y cuando se reanudó los norteamericanos recibieron un intenso fuego. No obstante, si bien los servidores de las ametralladoras alemanas parecían dispuestos a luchar hasta el final, la infantería no parecía tener el mismo espíritu y por doquier pudieron apreciarse señales de su debilidad.

Los ingenieros de la 75 División intentaban, al mismo tiempo, rellenar el canal por medio de fragmentación con explosivos adosados y haciendo volar las márgenes, para que cayeran en el cauce fangoso. Sus intentos fracasaron porque las paredes de hormigón estaban reforzadas con cable de acero. El 116, por su lado, proseguía el ataque; un grupo de reconocimiento descubrió un puente todavía intacto al Este del canal Lippe, que se extendía a lo largo de su flanco izquierdo. El coronel Bingham, jefe del regimiento, ordenó que inmediatamente se dispusiera un lugar de paso con el fin de penetrar en la zona donde se hallaba el puente; intervinieron los ingenieros de la 75 División, que esta vez pudieron comprobar que las paredes del canal no estaban reforzadas. Volaron, pues, los muros con explosivos y la infantería pudo cruzar con comodidad. Al terminar el día, el 116 de Infantería se había apoderado de Waltrop y se atrincheró en un frente situado a seis kilómetros al otro lado del canal. Al oscurecer, los vehículos blindados empezaban a pasar por el puente y atravesaban el canal por el lugar que los ingenieros habían rellenado.

También los intentos de la 75 División se vieron coronados con el éxito. Había atacado con tres regimientos, uno al lado del otro; el 291 tropezó con escasa resistencia en el sector septentrional del frente de la división, mientras que el 289, por el Sur, avanzó bajo un fuego bastante intenso, aunque logró llegar a Ickern, que fue capturada aquella misma tarde. Al caer la noche, la 75 División, con el anejo del 116 Regimiento de Infantería, ocupaba unas firmes posiciones a lo largo de un frente de once kilómetros, con una produndidad de ocho.

Frente a las tropas se extendían ahora las ciudades del Ruhr, centros urbanos antaño importantes pero que entonces estaban asolados por años de bombardeo, convertidos en una escena final propia de la tragedia. Con sus montes de escorias, sus vías férreas destrozadas y los edificios en ruinas, no quedaba sino esperar al asalto final. El general von Mellenthin, del Quinto Ejército Panzer, ha escrito: «He visto muchos campos de batalla, pero ninguno tan inaudito como el gran complejo industrial del Ruhr durante el aniquilamiento del Grupo de Ejército B.»

Mas los norteamericanos, impacientes, no tuvieron tiempo para reflexionar sobre la tragedia de la guerra ni sobre la novedad del campo de batalla sobre el que se iba a desarrollar. Más al Norte, el XIX Cuerpo de Ejército se había lanzado también a la ofensiva, con la 8.ª División Acorazada a su frente, en dirección a la ciudad de Soest y contra la fuerte resistencia opuesta por la 116 División Panzer, muy selecta y aguerrida. Al mando del general von Waldenburg, la división no había tenido mucha suerte en Normandía, pero en las Ardenas había formado una valiosa punta de lanza como integrante del Quinto Ejército Panzer de Manteuffel. Ahora se batió valientemente, se replegó cuando era estrictamente necesario y cobró un alto precio por cada palmo de terreno cedido. Llegó incluso a contraatacar en la zona de Hamm, tal vez con la idea de abrir una vía a la retirada de su Grupo de Ejército. Nunca cesó de lanzar ataques locales, casi siempre de noche, para tantear los puntos débiles de las líneas norteamericanas.

Finalmente, el general de división Raymond McLain, jefe del XIX Cuerpo de Ejército, se vio obligado a ordenar la entrada en acción de la 95 División, situada al Oeste de la 8.ª Acorazada, con el fin de prestar ayuda y restar energía a la defensa enemiga. El 4 de abril, la 95 atacó por el río Lippe; el asalto fue bien en un principio, pero poco después el 378 Regimiento dio con un nido de ametralladoras que le obligó a pedir apoyo aéreo. El XXIX Cuerpo Táctico del Aire envió a sus cazabombarderos para que, volando a ras de las copas de los árboles, atacaran a los indefensos alemanes en Hamm y en Soest; el resultado no se hizo esperar y al cerrarse la tarde empezaba a crecer el número de prisioneros.

El avance cobró ímpetu de nuevo. Por el Sur las divisiones 35 y 37 se disponían a atravesar el sistema de canales, mientras que la 95 y la 8.ª Acorazada iniciaban su convergencia sobre el centro de comunicaciones de Soest.

Si por un lado el Noveno Ejército luchaba cada vez más cerca del complejo



Las tropas cruzan la vía del ferrocarril en la estación de mercancías de Hamm.

industrial al Oeste del río Ruhr, por otro el Primero, al Este, iniciaba su ofensiva sobre el Quinto; en un frente de dos cuerpos de ejército, el VII de Collins y el XVIII de Ridgway, el Primer Ejército atacó la bolsa por el Sur y por el Este.

En el sector del VII Cuerpo de Ejército, el avance quedó detenido en la zona de Winterberg en virtud de la tenacidad alemana en conservar la red de carreteras de Meschede-Brilon, único medio de escape de la trampa del Ruhr; en vista de ello, la unidad decidió romper las líneas enemigas por el otro lado de Meschede. Unos de los primeros intentos con este objetivo estuvo a cargo de la Agrupación de Fuerzas Birks, integrada por el Grupo de Combate A de la 7.ª División Acorazada y por el 47 Regimiento de Infantería de la 9.ª División, mandada por el ayudante del jefe de la misma, general Hammond Birks.

El 5 de abril, esta agrupación atacó en la zona de Niedersfeld y efectuó un rápido avance a pesar de la dura resistencia opuesta, que fue aún mayor en la comarca accidentada situada al Sudoeste del pueblecito de Wiemeringshausen; aquí el terreno no permitió la utilización de los carros del Grupo A y la Infantería, sin su protección, se vio sometida a un intenso fuego de ametralladora y de cañones de 20 mm. Birks, no obstante, siguió empujando a sus hombres y al anochecer ya se había apoderado de seis aldeas y había profundizado por el Norte hasta Ellenringhausen. Simultáneamente, el resto de la 9.ª División atacaba en dirección Norte y Noroeste, penetrando por la carretera de Winterberg y tomando Silbach y Siedlingshausen camino de Brilon, que está situada a unos treinta kilómetros al Nordeste de Meschede.

Más al Sur, en el sector del XVIII Cuerpo de Ejército Aerotransportado, la 78 División de Infantería, llevando a su derecha a la 2.ª División de Infantería, cruzaba el río Sieg, que venía crecido debido a las lluvias de primavera, y avanzaba hacia los restos de las divisiones 62, 59 y 363 *Volksgrenadier* y hacia la 11.ª Panzer, que sumaban, en conjunto, 10.000 soldados.

Los norteamericanos encontraron una tenaz resistencia el primer día de su avance, el cual tenía como objetivo final la ciudad de Wuppertal, a cerca de ochenta kilómetros del punto de partida. Los alemanes se veían favorecidos por un terreno accidentado, ideal para la defensa, y resistieron en casi todas las ciudades y aldeas, destruyendo en su retirada los puentes, las carreteras y las vías férreas. Pero después de cuarenta y ocho horas de lucha se manifestó la imponente superioridad atacante y su resistencia empezó a tambalearse. A partir de entonces, el XVIII Cuerpo Aerotransportado pudo comprobar que sólo se defendían las carreteras y los cruces más importantes. Los alemanes se rendían cada vez en mayor número, y en ocasiones casi pedían que se les hiciera prisioneros.

Al anochecer del día 7, el avance norteamericano había alcanzado el éxito en todas partes. Se habían detenido los intentos del Grupo de Ejército B de romper el cerco por el Este y por el Oeste y se había penetrado muy profundamente en la bolsa, después de romper



En Hamm un soldado vigila a los francotiradores.



Las tropas bordean en Hamm una barricada de la carretera.



Izquierda: **Un batallón de artillería de campaña marcha entre las ruinas de Essen.** Arriba: **Remscheid.** Abajo: **El 605 Batallón Anti-carro, en Mulheim, espera relevar a la Compañía C, de la misma unidad.**





En busca de francotiradores entre las ruinas de las fábricas Krupp, en Essen.

las líneas enemigas en el sistema de canales y en el río Sieg. En la fecha citada, los núcleos principales de la resistencia alemana se localizaban en ciudades como Dortmund, Essen, Düsseldorf, Remscheid y Hagen, entre los ríos Ruhr y Wupper. Estas poblaciones, que antes de la guerra albergaban muchos cientos de miles de habitantes, eran ingentes complejos de fábricas, minas y barrios residenciales, que podían hacer desaparecer docenas de divisiones de infantería. Además, y a causa de las ruinas, la superioridad blindada aliada no servía de gran cosa en el combate casa por casa que se avecinaba; tampoco la aviación podía ayudar mucho, pues los mandos de infantería temían un bombardeo en gran escala, que lo mismo podía alcanzar a un bando que a otro. Así, muy pronto se suspendieron casi todas las actividades aéreas contra el Ruhr.

Aunque dichas ciudades fueran unos objetivos de gran importancia, los recursos de que disponían eran muy escasos. Los transportes públicos eran casi nulos, el suministro de electricidad y de gas estaba interrumpido a causa de los bombardeos aéreos y artilleros, los alimentos empezaban a faltar y el agua sólo podía obtenerse en ciertos lugares públicos. La población pasaba los días en sótanos iluminados con velas y sólo se atrevía a salir cuando el hambre o la sed le obligaban a hacerlo. Se trataba, en realidad, de núcleos de personas que habían quedado bloqueadas en contra de su voluntad, integrados por seres destrozados por seis años de bombardeo y de privaciones. Sólo aspiraban a poner fin a este terror.

Sin embargo, si la población civil estaba dispuesta a la rendición, no sucedía así a sus defensores militares. Protegidos entre las humeantes ruinas, los restos de las unidades de la SS, que sólo tenían la vida en juego, y los paracaidistas, expertos en la defensa del último baluarte, seguían preparados, a la espera del gran combate. Iba a comenzar la lucha por las ciudades.

Die Wacht am Rhein



Desde la orilla occidental del Rhin, las tres divisiones del Décimoquinto Ejército del general Gerow se había pasado la semana vigilando la orilla opuesta, mientras la lucha se desarrollaba en el Norte; se hallaban apostadas entre Bonn y Colonia, y desde esta última hasta un punto al Sudeste de Duisburgo, donde enlazaban con el Noveno Ejército, vigilando las posiciones enemigas a través del ancho cauce, de día con gemelos de campaña y de noche con reflectores, en la confianza de adivinar su potencia y sus intenciones. Pero los alemanes se distinguieron por su discreción y dieron pocas pruebas de su presencia, con la excepción de alguna ráfaga ocasional de ametralladora o de algún raro disparo de mortero cuando el conductor de un camión o el comandante de una patrulla ofrecían un blanco descarado.

Algunos oficiales del cuartel general de la división creyeron que los alemanes habían desguarnecido el frente del Rhin para reforzar los del Este y del Oeste, fuertemente atacados por los Ejército Primero y Noveno; otros, sin embargo, juzgaban que tenían enfrente una fuerza muy bien protegida, que sólo aguardaba su primer movimiento. Las opiniones, pues, eran contradictorias y así llegó a su fin la primera semana de abril; las tres divisiones, la novata 94 de Infantería y las veteranas 82 y 101 Aerotransportadas, comenzaron entonces a enviar



Arriba: **Los soldados del Primer Ejército disparan sobre las posiciones alemanas al otro lado del río.** Abajo: **Desde la orilla opuesta, los alemanes vigilan los movimientos.** Abajo derecha: **Tropas aerotransportadas aliadas toman tierra al Este del Rhin.**



cada vez más patrullas al otro lado de los canales. Es posible que sus mandos creyeran que, aparte la información obtenida de éstas, terminarían obligando al enemigo a retirar fuerzas de los otros dos frentes, para consolidar las posiciones a lo largo del Rhin. Quizá lo único que perseguían era evitar el enmohecimiento de sus hombres en un frente inactivo, sobre todo en el caso de los veteranos paracaidistas, que padecían del vicio de meterse en graves problemas en cuanto permanecían fuera de acción y con tiempo libre. Hechos acaecidos en Inglaterra, en Francia y en Holanda eran prueba repetida de lo dicho.

Cualquiera que fueran las razones que los mandos se dieron a sí mismos y a sus subordinados para justificar el aumento de actividades durante la segunda semana de abril, lo cierto es que el número y los efectivos de tales patrullas de combate aumentaron considerablemente. Cruzaban el río casi siempre durante la noche o la madrugada; al principio, lo hacían sin gran dificultad y si no volvían con mucha información, al menos lo hacían sin haber sufrido bajas de consideración. Esta situación, sin embargo, cambiaría muy pronto.

La primera división en tropezar con una creciente resistencia alemana en el frente del Rhin fue la 82 Aerotransportada, veterana de las campañas de Sicilia y Holanda. A las 02.30 de la madrugada del 6 de abril, la Compañía A del 504 Regimiento Paracaidista empezó a cruzar el río sigilosamente, en los botes de asalto; su misión era la captura y defensa de la aldea de Hitdorf, pocos kilómetros al Norte de Colonia. El lugar sería utilizado como cabeza de puente, pero no para acciones ofensivas de penetración, sino única y exclusivamente para atraer a otras tropas alemanas.

Los 140 hombres de la compañía desembarcaron sin novedad, pero se vieron con problemas casi inmediatamente. Sufrieron un fuego artillero intenso y en la oscuridad se metieron en un campo de minas; en la confusión resultante,



la unidad se dividió en dos y perdió el contacto en con el mando de la compañía. A pesar de todo, cada grupo luchó por su cuenta, camino del objetivo, asaltando un abstáculo en la carretera y un nido de ametralladoras; a las 08.30, los dos grupos se habían vuelto a unir, habían tomado Hitdorf y tenían 68 prisioneros.

Los paracaidistas, cansados aunque satisfechos, creyeron que la situación estaba bajo control y se prepararon a acomodarse en las nuevas posiciones. Sin embargo, el contraataque alemán se produjo quince minutos después de haber finalizado las operaciones de limpieza. La infantería alemana se lanzó al asalto y sin dar tiempo para parapetarse a los veteranos de la 82 Aerotransportada, la expulsó de la población; el ataque perdió después sus energías y los norteamericanos pudieron contenerlo.

La detención, sin embargo, duró poco tiempo; los alemanes volvieron a la carga, precedidos por un intenso, aunque breve, bombardeo artillero que dejó fuera de servicio las comunicaciones por radio de la Compañía y el puesto de observación, que todavía se hallaba instalado en el campanario de la iglesia del pueblo: los atacantes cubrieron su avance con nubes de humo y venían acompañados por dos carros. Por medio de señales los paracaidistas lograron hacer intervenir a su propia artillería, situada al otro lado del río, cuyo fuego consiguió desordenar un poco el frente enemigo; mas los alemanes volvieron a reagruparse y prosiguieron su poderoso ataque.

Los paracaidistas del 3.er Pelotón fueron arrollados y aniquilados; los carros alemanes acompañados por la infantería, iniciaron el avance a través de la aldea, al tiempo que desde el Norte entraban en acción 200 infantes más. Otros dos pelotones fueron rebasados y cercados. Los norteamericanos, inferiores en armamento y en número, comenzaron a replegarse hacia la orilla, al tiempo que contestaban al fuego adversario; junto al río, dos pelotones establecieron una línea de defensa en forma de herradura, con la abertura mirando hacia las aguas, y esperaron el ataque enemigo. Desde el otro lado del río, al tener conocimiento de la gravedad de la situación de la Compañía A, la plana mayor del regimiento se dispuso a intervenir lo antes posible, con objeto de evitar el aniquilamiento de aquélla.

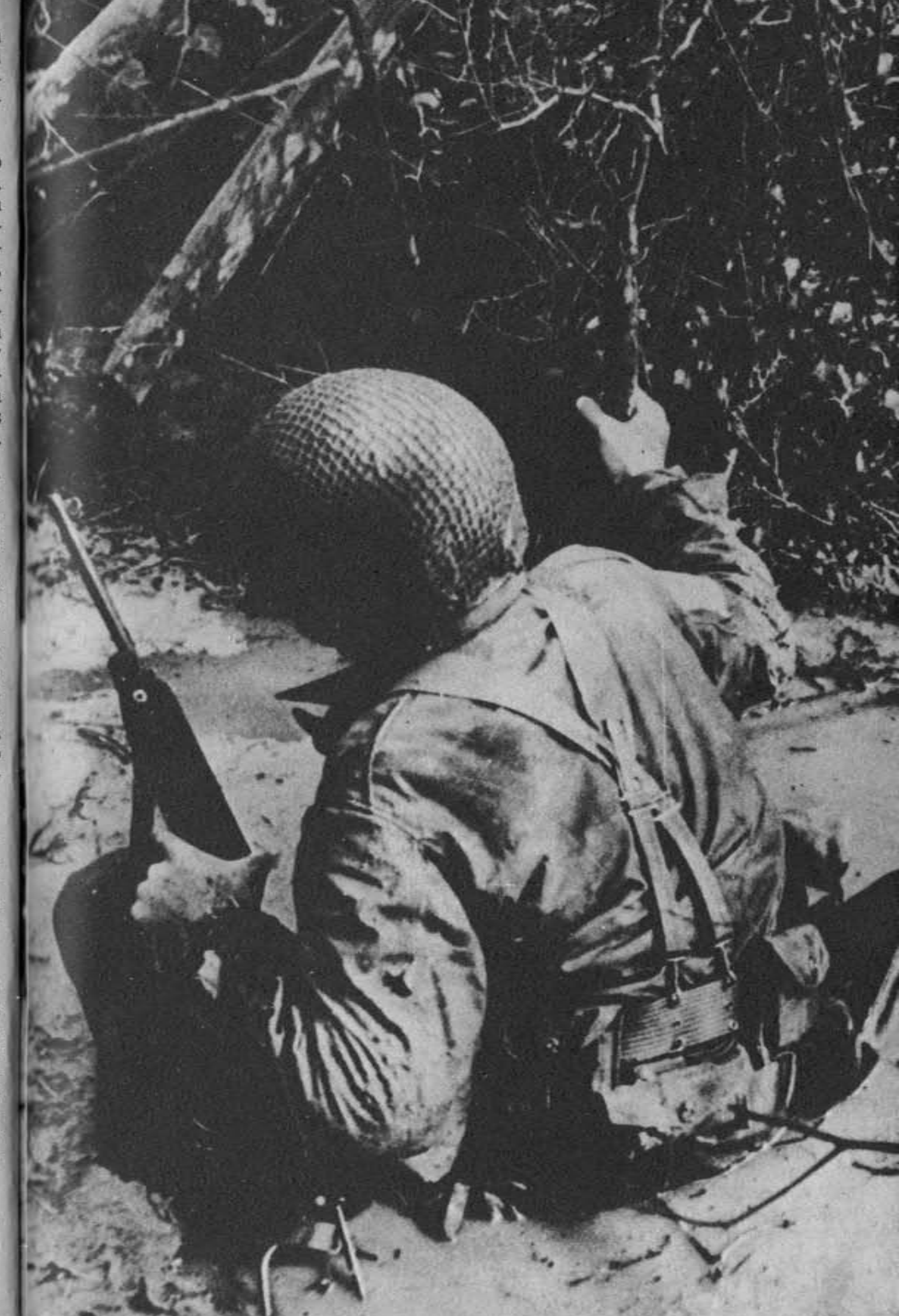
A la 01.30 la Compañía I cruzó el río y entró en ayuda de los supervivientes. Los alemanes atacaron con un pelotón de PzKw IV y unos 300 infantes; el ataque fue rechazado con ciertas dificultades, aunque uno de los paracaidistas, con bastante fortuna, lograra poner fuera de combate un PzKw IV. La compañía pasó entonces al ataque, cogiendo a la vigilancia alemana por sorpresa, y limpió de enemigos, aunque temporalmente, la cabeza de puente. Se inició la retirada, que fue seguida poco después por la de los restos de la Compañía A.

Con posterioridad se pudo calcular que la incursión había causado al enemigo, entre muertos y heridos, unas 350 bajas, además de ocho prisioneros, pero también que la Compañía A había sufrido nueve muertos, 79 desaparecidos y 24 heridos; en otras palabras, la compañía había quedado casi completamente aniquilada. La historia de la división dice: «A la vista de las cuantiosas pérdidas, se hace bastante difícil el precisar si la misión fue o no un éxito; en opinión de los soldados intervinientes, resultó un 'Dunkerque' en miniatura, en absoluto motivo de satisfacción; los combatientes no creen en victorias morales.»

Después de la desgraciada experiencia de la 82, las actividades de las patrullas fueron interrumpidas casi totalmente en las orillas del Rhin, aunque pocos días después la inexperta 94 División intentara hacer una prueba.

Bajo el mando del teniente Seeby, se envió al otro lado del río a un grupo de veinte hombres, en las cercanías de Serm, a poca distancia de Krefeld. El objetivo era llegar al Norte de Angermund, para comprobar si los alemanes disponían de fuerzas en la zona. Los invasores dieron un rodeo a la ciudad y avanzaron sigilosamente hacia su obje-

Un paracaidista atento para rebasar una posición enemiga.





La infantería en su avance va montada en un carro de la 9.ª División Acorazada.

tivo, pero fueron alcanzados de pronto por el fuego enemigo.

El sargento Jerome Fatora, que era el suboficial más antiguo de la patrulla, describe de este modo lo sucedido: «Los alemanes dispararon sobre la ruta que teníamos que seguir para llegar a la zona con las baterías antiaéreas de 40 mm. Al mismo tiempo, por la derecha y por la izquierda, con una precisión matemática, maniobraron para rebasar nuestros flancos, mientras nos sometían a su intenso fuego. Por ello, el teniente Seeby decidió reagrupar a la patrulla para una mejor defensa, protegiéndose en unos matorrales que había cerca. Se puso en práctica el principio de la infantería de "disparar y moverse" y logramos llegar a una casa, a cuyo alrededor planeamos establecer las defensas.»

Los norteamericanos llegaron sin novedad al edificio y organizaron su defensa. A los pocos minutos estaban rodeados. Al anochecer, los alemanes siguieron presionando, aprovechando las circunstancias favorables, y se acercaron a la casa.

«Repetidas veces, durante la noche», nos narra el sargento Fatora, «se nos invitó a rendirnos, a lo que contestábamos con fuego nutrido. Las granadas se estrellaban contra la edificación y las ametralladoras barrían las puertas y ventanas... A la mañana siguiente ya habíamos abandonado toda esperanza de poder escapar, después del fracaso de varios intentos de salida y de la demolición de la entrada del sótano por la acción de los panzerfaust. A las ocho de la mañana, el enemigo, en número de setenta y cinco, atacó. En una alocución melodramática, su teniente nos dijo en un perfecto inglés: «Caballeros tienen cinco minutos para rendirse.»

«Vosotros sois los que tenéis que rendiros», gritó el teniente Seeby.

La respuesta se produjo pronto: «Soy un soldado y como tal tengo unas órdenes que debo obedecer. Les doy cinco minutos.»

«Vosotros sois los que estáis cogidos en nuestras tenazas.»

«Mis soldados y yo mismo conocemos esta circunstancia, pero tengo superiores ante los que soy responsable y... en todo caso...» empezó a titubear, «ustedes serán prisioneros solamente algunos días, hasta que sus compañeros les liberen. Les quedan dos minutos».

En aquellos momentos el soldado White se afanaba por reparar la radio de la patrulla, que estaba estropeada. Por fin logró ponerse en contacto con el puesto de mando del batallón. El oficial alemán seguía con sus gritos: «Les queda un minuto y están totalmente cercados.»

La radio había vuelto a averiarse. El alemán volvió a hablar: «El tiempo ha pasado, señores, ¿van a salir?» Como dice Fatora, «el silencio era impresionante cuando el teniente Seeby se dispuso a la entrega: Sí, ahora salimos».

Los hombres de la 94 División, como había profetizado el oficial alemán fueron recluidos en un campo de prisioneros siendo liberados varios días más tarde por la 13 División Acorazada.

Después de este episodio, la actividad de las patrullas al otro lado del Rhin fue nula y las divisiones aerotransportadas reforzaron sus dispositivos y se prepararon para cualquier orden que les fuera dada. La 94 de Infantería se contentó con unos duelos ocasionales de mortero y de ametralladora con los adversarios de la otra orilla, duelos que fueron escaseando cada vez más, conforme el enemigo sentía la presión ejercida por la 13 División Acorazada del Primer Ejército, que se aproximaba al Rhin por la región situada al Este de Colonia, y por el 303 Regimiento de Infantería de la 97 División, del frente del Noveno Ejército, que se aproximaba a Baumberg, al Noroeste de Colonia.

La última batalla



El 9 de abril, todas las unidades del Noveno Ejército que intervenían en la aniquilación de la Bolsa del Ruhr pasaron al mando de XVI Cuerpo de Ejército. De esta suerte, mientras el general John Anderson recibía una división acorazada, cinco de infantería y otra aerotransportada (la 17), el general Raymond McLain quedaba detenido, con su XIX Cuerpo de Ejército, en su avance hacia el Este.

Anderson sometió a sus dispersas unidades a un control más rígido, después de la separación geográfica que se había operado en los cambates librados en los accesos de las ciudades más importantes del Ruhr. Luego las lanzó al ataque, en un esfuerzo final por destruir los últimos vestigios del poder alemán al Norte del río Ruhr. La 35 División de Infantería atacó por el canal Rhin-Herne, al Norte de Herne, a las 06.30 del día citado, logrando establecer con facilidad dos cabezas de puente en un frente de doce kilómetros, con una profundidad de tres. Su 134 Regimiento desbordó la ciudad de Gelsenkirchen por los suburbios orientales y poco después penetró en ella. Al reducirse la presión sobre sus flancos, gracias a la intervención de la 17 Aerotransportada y al nuevo ataque de la 35, la 79 avanzó rápidamente en dirección Sur, hacia el río Ruhr, ocupando Steele y escindiendo en dos bolsas a las tropas alemanas.

Mientras tanto, éstas volvían a lanzarse al ataque frente a la ciudad industrial de Dortmund, habitada antes de la guerra por cerca de 600.000 habitantes. Apoyada por un intenso fuego artillero, la Wehrmacht avanzó por el Noroeste de Dortmund, pasando el canal Dortmund-Ems, pero la 75 División, que era la que mantenía allí el frente, logró romper el avance y las pérdidas de terreno fueron insignificantes. La 75 pudo darse cuenta aquel día de que era capaz de dominar su zona y de efectuar las operaciones de limpieza de las pocas bolsas que quedaban detrás de sus líneas, pero de poco más.

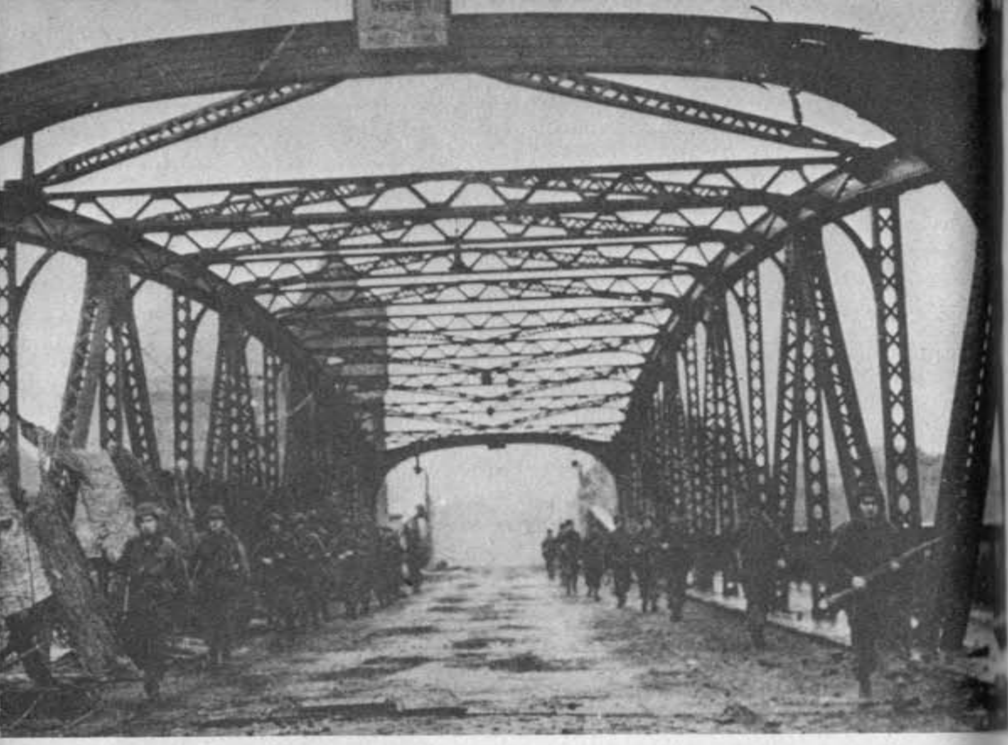
Pronto recibiría ayuda la 75. Una poderosa agrupación de fuerzas, compuesta por la 95 División, el 194 Regimiento de Planeadores de la 17 Aerotransporta-



Abajo izquierda: **Vigilando el canal Herne.** Arriba y abajo: **El avance por Gelsenkirchen.**









Arriba: **El puente intacto de Duisburgo.** Derecha: **Una sección de mortero atraviesa por un paso inferior, lleno de escombros, en su avance hacia Dortmund.**

da y la 8.ª Acorazada, además del 15 Grupo de Caballería, había comenzado su avance hacia Dortmund partiendo del Este, y barría al enemigo hacia esta ciudad. En la jornada inicial de marcha adelantó bastante terreno, con el fin de establecer contacto cuanto antes. Concluido el día, había aniquilado toda la resistencia en su frente y estaba a menos de cinco kilómetros de Unna. La 8.ª Acorazada había ocupado posiciones en Wiekede, y el 15 Grupo de Caballería se había situado al Norte del río Lippe.

El día siguiente, la 17 División Aerotransportada ocupó la parte oriental de Essen, sede de las industrias Krupp, sin tropezar con resistencia. La 79 se desplazó hacia el Este, entre la 35 División al Norte y el río Ruhr al Sur, y se apoderó de Wattenscheid y del sector occidental de Bochum. La red que rodeaba a Dortmund se iba estrechando cada vez más.

El mando alemán se dio cuenta de las intenciones norteamericanas. Quiso evitar que sus fuerzas quedasen cercadas en Dortmund antes de emprender la evacuación hacia el otro lado del río Ruhr; luchó, pues, desesperadamente contra la 8.ª Acorazada y contra la 95, que avanzaban codo a codo y sólo tenían que recorrer otros tres kilómetros para enlazar con la 75 División.

Los alemanes atacaron con varios centenares de infantes, apoyados por carros Tiger. Se lanzaron directamente sobre la 8.ª Acorazada, cuyos vehículos conservaron el terreno durante toda la tarde, logrando contener el asalto; cuando este contraataque hubo perdido su ímpetu, la 8.ª volvió a avanzar hasta menos de dos kilómetros de Unna y los suburbios de Frondenberg, al Sudeste; simultáneamente, el 378 Regimiento de la 95 División avanzaba doce kilómetros a los largo del Lippe mientras el 379 entraba en Kamen y se abría camino hasta menos de dos kilómetros de Unna.

EL 11 de abril los norteamericanos reanudaron el avance, tropezando con una resistencia aislada, en una operación de limpieza de la región de la que se excluía la cabeza de puente enemiga del área de Dortmund. El día fue muy favorable para las fuerzas estadounidenses, que capturaron Mülheim, Oberhausen, Bochum, Unna y el resto de Essen, y se apoderaron de diversos puentes intactos sobre el Ruhr en Mülheim, Witten y Kettwig; sus nuevas posiciones bordeaban dicho río en una longitud de sesenta y cinco kilómetros, hasta la confluencia con el Rhin, cerca de Witten. Desde aquí el frente seguía hacia el Este, de Krondenberg a Arnsberg, donde enlazaba con el III Cuerpo del Primer Ejército. Las operaciones al Norte del río Ruhr tocaban a su fin; a pesar de ello, la fanática guarnición de la asolada Dortmund seguía resistiendo obstinadamente, tal vez acuciada por el hecho de que la Gestapo había empezado a fusilar a los «derrotistas» y a los obreros que se resistían en los parques de la ciudad.

El Primer Ejército no había permanecido inactivo en el intervalo. El mismo día en que el Noveno lograba ocupar las ciudades del Ruhr, su 13 División Acorazada asaltó Siegburg y se encaminó hacia los suburbios orientales de Colonia, defendidos tenazmente por la 3.ª División Paracaidista, o por lo que de ella quedaba. Los jóvenes paracaidistas manejaban los temibles 88, que habían sido utilizados como armas antiaéreas en la defensa de las ciudades industriales del Ruhr. Los carros Sherman, con su alta silueta y cañones de menor potencia, nada podían frente a ellos; uno a uno eran alcanzados, y se incendiaban o quedaban detenidos, con las cadenas partidas, como miembros rotos. Aquel día los alemanes destruyeron un total de treinta carros norteamericanos.

Al Norte de la 13 División, otras formaciones del Primer Ejército tuvieron una jornada menos difícil, al enfrentarse con una resistencia endeble que no pasó



Izquierda: **Las tropas entran en las ruinas de Colonia.** Arriba: **En las afueras de Essen.**

prácticamente del fuego de los francotiradores. Fue ocupado Gummersbach, y luego Markenputz, donde un regimiento halló en el Banco local una sorprendente fortuna en marcos alemanes, valorados en cincuenta millones de dólares. La resistencia enemiga se desmoronaba paulatinamente, pero a pesar de las rendiciones en masa que se producían por todas partes algunos oficiales alemanes exigían la observancia de las tradicionales reglas de cortesía de la etiqueta militar.

El 2.ª Batallón del 309 Regimiento de Infantería (78 División), por ejemplo, al entrar en la ciudad de Lindlar, donde había un hospital militar, fue interceptado por dos oficiales alemanes que llevaban bandera blanca, quienes declararon que deseaban convertir la población en una ciudad abierta. Según añadieron, un teniente general y su estado mayor se hallaban en el centro de la ciudad, para efectuar la ceremonia formal de la rendición. El batallón envió a un suboficial para que se entrevistara con el general alemán; transcurrió bastante tiempo sin que se apreciaran otros signos de rendición, por lo que el enfurecido suboficial decidió ir en un vehículo a la sede del general.

En el lugar descubrió un elevado número de mandos llenos de condecoraciones, que parecían esperar algo. Bajó del jeep y se acercó a uno de ellos: «¿Es Vd. coronel?».

El alemán contestó afirmativamente y entonces el suboficial, al ver a otro militar cargado de medallas que parecía hallarse en el centro de la escena, volvió a preguntarle: «Bien, entonces ¿quién es aquel tipo?».

Izquierda: **Algunas veces, las desesperadas emboscadas alemanas se apuntan un éxito.** Abajo izquierda: **La infantería atraviesa Duisburgo.**

«Aquel es el teniente general», fue la respuesta.

«Bien... dígale que monte en este jeep y que cuidaré de él»; y así, de este modo abrupto, dio por terminada la ceremonia «formal» de rendición. El avance prosiguió, y el Primer Ejército se puso en marcha hacia Hagen, al Sur de Dortmund, donde pronto establecería contacto con el Noveno. Pero en la ciudad y en los alrededores de Dortmund la batalla continuaba, y algunoas posiciones, como el aerodromo, cambiaron de manos varias veces. El 12 de abril se cerró casi totalmente el cerco con que el XVI Cuerpo de Ejército atenazaba Dodrtmund, a excepción de un pasillo de seis kilómetros de anchura que los alemanes intentaron por todos los medios mantener abierto para tener libre un camino de escape.

Aquel mismo día, la 75 División cerró la ciudad por el Oeste, limpió Witten al Sudoeste y prosiguió su avance por un terreno difícil y frente a una tenaz resistencia; la 95 División había alcanzado los límites Norte y Nordeste de la martirizada ciudad y avanzaba por calles llenas de escombros, doblemente peligrosas por las minas y por los francotiradores. La infantería marchó con toda cautela, al tiempo que el fuego artillero y de mortero del enemigo, desde las posiciones al Sur del río Ruhr, batían su retaguardia.

Los jeeps iban de un lado a otro, evacuando heridos y transportando municiones, mientras los proyectiles estallaban por todas partes, haciendo caer estrepitosamente lo que quedaba de los edificios; se luchó calle por calle, y los soldados de infantería cayeron en gran número, víctimas de los francotiradores. Gran parte de las ventanas estaban cubiertas con maderas y los infantes terminaron sospechando de todas, en la creencia de que ocultaban enemimgos; los caídos en los bordillos de las aceras eran prueba de ello. Los norteamerica-

nos penetraban, pues, en los sótanos de las casas en ruinas, de donde sacaban a la fuerza, a punta de bayoneta, a la población civil, constituida sobre todo por ancianos y mujeres; en algunas ocaciones no se dio ni se esperó cuartel. El avance seguía su marhca.

Finalmente, en la tardel del 3 de abril de 1945, acabó todo. En un postrero y enérgico empuje, las divisiones 75 y 95 lanzaron el último asalto y se apoderaron del resto de la ciudad; el 379 Regimiento de la 95 División emprendió una marcha apresurada para capturar las alturas al Este, que dominan el río Ruhr. La operación impidió la evacuación de los focos de resistencia aislada que pudieran quedar en las humeantes ruinas.

El sector del Ruhr asignado al Noveno Ejército había quedado apaciguado, después de más de una semana de dura lucha. Sólo subsistían pequeñas bolsas, como la que se había formado en los alrededores de Düsseldorf. El combate tocó a su fin y un tremendo silencio cayó sobre las destrozadas ciudades de lo que antaño fuera una próspera región, «el taller del Reich». Unos ciudadanos deslumbrados, sucios y sorprendidos empezaron a salir de los sótanos, a recoger un poco de agua y a examinar lo que quedaba de sus hogares. Los soldados norteamericanos pudieron descansar y colgar sus armas del hombro por vez primera en muchos días. La artillería, música de fondo de cualquier guerra, dejó de disparar. Todo había terminado.

Aquella noche, el general Fritz Bayerlein, del LIII Cuerpo de Ejército, recibió de un Model preocupado un mensaje urgente; este último había perdido el contacto con casi todas sus unidades y le ordenaba romper el cerco del Ruhr y escapar con todos los efectivos posibles. La orden no recibió jamás un acuse de recibo, y no fue ni contestada ni obedecida. Al día siguiente se rendía Fritz Bayerlein, un hombre realista que sabía reconocer la derrota.

Abajo: **Los soldados de infantería se pegan a la pared, protegiéndose del fuego artillero, en Dortmund.** Derecha: **Una nuestra de los millones de personas sin hogar.**



El final

El 13 de abril, Hitler llamó al coronel Günter Reichhelm, joven y brillante jefe de operaciones de Model, y le comunicó su nombramiento como jefe de estado mayor del general Wenck. En la conversación que siguió le dijo: «El Duodécimo Ejército debe formar una cuña entre las tropas norteamericanas y las inglesas, para alcanzar al grupo de Ejército B; hay que llegar al mismo Rhin».

Reichhelm, que acababa de vivir la caótica confusión y casi completo hundimiento de las fuerzas del Ruhr, ni siquiera intentó ilustrar a su jefe supremo; no manifestó sus propias opiniones, sino que se limitó a escuchar a Hitler, quien le comunicaba que debía imitar la estratagema empleada por los rusos. «Por la noche se infiltran por nuestras líneas, con pocas municiones y ningún equipo». Sugirió que Wenck y Reichhelm reunieran unos doscientos Volkswagen y durante la noche atravesaran con ellos las líneas norteamericanas para provocar la ruptura de la retaguardia enemiga, lo cual facilitaría enormemente el ataque subsiguiente del Duodécimo Ejército, al que se encomendaba la irrupción decisiva.

Reichhelm no se sintió convencido. Tampoco Model, cuando fue informado del proyecto; ni siquiera se preocupó de transmitir a sus tropas los mensajes optimistas que habían llegado de Berlín. Sabía muy bien que Wenck no lograría jamás romper el frente y llegar hasta él, pues sólo contaba con varias unidades, agrupadas en un érea de menos de 50 kilómetros de diámetro, con víveres y suministros para tres días. Al anunciarse la muerte del presidente Roosvelt, Hitler se sintió mucho mejor ante la noticia, producida un viernes trece (en Alemania llegó al día siguiente) y dictó a Jodl el mensaje que sigue, dirigido a Model: «Las tropas del Ruhr han de reunirse en grupos pequeños que resistan enérgicamente; los grupos que no puedan seguir la defensa deberán replegarse, reorganizarse y hostigar la retaguardia enemiga.» Model, sin embargo, no alteró sus sentimientos; aquel viernes la situación era obviamente desesperada, hasta el extremo de que el general Carl Wagener, nuevo jefe de su estado mayor, le aconsejó que solicitara de Berlín la autorización para rendirse. Una petición de esta índole, procedente de un hombre con la reputación y catego-





Un emplazamiento de cañones de 40mm protege el puente de pontones sobre el Elba.

ría de Model, convencería al Alto Mando de la necesidad de dar la guerra por terminada.

Model respondió que le resultaba sumamente difícil el aceptar esta proposición. Le repugnaba la idea de la rendición, aunque reconociera que el final se aproximaba; aquella misma tarde fue informado de que los norteamericanos empezaban a cruzar el Elba.

Efectivamente, la noche anterior la 2.ª Acorazada del general White había atravesado el río con un contingente de dos batallones de infantería blindada, exactamente por la ciudad de Westerhusen, al Sur de Magdeburgo. A la mañana siguiente se les unió un tercer batallón, que pronto ocupó posiciones, enviándose inmediatamente al general Simpson la noticia del hecho.

Wenck fue informado del cruce casi al mismo tiempo que Simpson. Su reacción fue inmediata; aunque sus jóvenes cadetes fueran novatos, se sentían llenos de entusiasmo y dispuestos a la inminente batalla. Envió, pues, sin pérdida de tiempo unos grupos móviles de combate de las divisiones *Scharnhorst*, *Potsdam* y *von Hutten*, hacia el lugar, en el que los norteamericanos se afanaban por todos los medios por tender un puente sobre el río. Al tiempo que la artillería de Wenck destruía el puente norteamericano de pontones, los cadetes asaltaban las posiciones que la 2.ª Acorazada ocupaba en la orilla oriental con un ímpetu que no se había conocido en el ejército alemán desde hacía bastantes meses. Con formaciones acorazadas a la cabeza, arrollaron a las primeras compañías; el coronel Anderson, que estaba al frente de la infantería, solicitó urgentemente la intervención de la 2.ª de artillería, instalada en la orilla opuesta. El ataque, sin embargo, se produjo con tal celeridad que cuando ésta inició su bombardeo Anderson sabía ya que era demasiado tarde; los alemanes estaban en las posiciones norteamericanas.

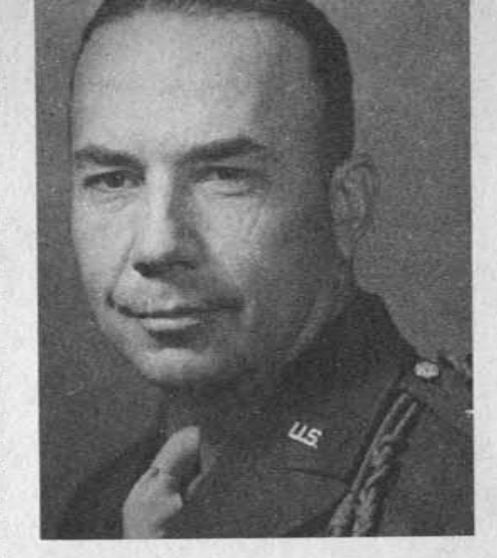
Algunos testigos afirmaron haber visto que los carros alemanes utilizaban a los prisioneros norteamericanos como escudo protector, al tiempo que disparaban sin cesar; los norteamericanos respondieron al fuego con sus bazokas, pero la distancia era excesiva y los proyectiles no hacían más que rebotar en los PzKw V; los norteamericanos tuvieron, pues, que replegarse.

Los hombres de la 2.ª Acorazada iniciaron la retirada general, aunque una de sus unidades siguiera resistiendo en un grupo de casas, al tiempo que solicitaba de la artillería que «disparara sobre las posiciones propias, ya que nuestros soldados está refugiados en los sótanos de los edificios». Requirió asimismo la entrada en acción de la aviación, pero durante toda la batalla, que se prolongó desde el amanecer hasta el mediodía, sólo aparecieron unos cuantos cazabombarderos. Los campos de aterrizaje se hallaban muy retirados del frente, hasta el punto de que fue preciso proveer a los aviones de depósitos adicionales de combustible bajo las alas, por lo que no podían transportar bombas.

En último término, el general Hinds, de la 2.ª División, que era quien estaba al mando de la operación, ordenó la retirada de sus hombres a la orilla occidental. La acción había costado a la división 304 muertos y había acabado con las esperanzas de conservar una cabeza de puente sobre el Elba. Era la primera vez, en treinta meses de combate, que la 2.ª División Acorazada sufría una auténtica derrota. Los soldados del general Wenck se habían portado magníficamente y había motivos para estar orgulloso de ellos.

Pero el Noveno Ejército conservaba todavía una cabeza de puente en el sector de la 83 División, en Barby, que seguía siendo una amenaza pra Wenck, aún cuando éste no sintiera ya grandes preocupaciones acerca de lo que los norteamericanos iban a hacer. Sabía que, aún en el supuesto en que el Undécimo Ejército de Lucht lograra resistirse, cosa probable en el suelo accidentado del Harz, no había posibilidad alguna de cruzar el Elba con fuertes efectivos para alcanzarle y lanzarse luego al ataque para enlazar con el Grupo de Ejército B. La suerte de Model estaba echada; era cuestión de días.

Model no tuvo noticias del éxito limitado de Wenck a orillas del Elba, pero



El general John H. Hinds.

sabía en todo caso que el brillante y joven general jamás podría romper las líneas enemigas, a pesar de las promesas de Hitler. Con todo, tampoco estaba dispuesto a rendirse, aunque el enemigo se hallara a muy pocos kilómetros de su propio cuartel general.

El enemigo era el general Ridgway, comandante en jefe del XVIII Cuerpo de Ejército Aerotransportado que luchaba como una unidad más de infantería en la zona del Ruhr. El 15 de abril, su puesto de mando se hallaba a tres kilómetros escasos del cuartel general de Model; Ridgway ordenó entonces a un oficial de su estado mayor, el capitán Brandstetter, que hablaba un perfecto alemán, que se presentara ante Model llevando una bandera de tregua; debía comunicarle que la resistencia no tenía ya ningún sentido, pues sólo provocaría una matanza innecesaria. Brandstetter volvió con uno de los oficiales del estado mayor de Model, quién transmitió su respuesta, en el sentido de que no le era posible ni siquiera discutir sus propuestas de renidción, pues estaba ligado a Hitler por un juramento de fidelidad que le exigía luchar hasta el fin. La mera proposición de la sugerencia de Ridgway constituía una violación de su sentido del honor como militar alemán.





Arriba: **Protección antiaérea para el paso del Elba.** Abajo: **La entrada en Magdeburgo.**



El general Ridgway.

Ridgway decidió realizar otro intento. Se sentó a la mesa y redactó una carta personal para Model, que en uno de sus párrafos decía: «Ni la historia ni la profesión militar guardan testimonio de un carácter más noble, más brillante en la estrategia bélica y más fielmente sometido al estado que el del general estadounidense Robert E. Lee. Este mismo mes hará ochenta años de su honrosa capitulación, producida cuando sus mandos leales, reducidos en número, quedaron faltos de medios efectivos de defensa y completamente rodeados por un ejército muy superior. Esta es la opción que se le ofrece; a la luz del honor del combatiente, le ruego entregue las armas de inmediato, en aras de la fama del Cuerpo de Oficiales alemanes y del propio futuro de su nación. Las vidas alemanas que usted salve serán muy necesarias para devolver a su pueblo el lugar que merece en la sociedad humana; las ciudades que usted preserve son imprescindibles para el bienestar de su pueblo».

Brandstetter volvió una vez más al cuartel general de Model, para hacerle entrega de esta digna y emocionante arenga a su honor y sentido de la responsabilidad.Ridgway esperó impacientemente su vuelta, que se produjo poco después en compañía de Wagener, jefe del estado mayor del mariscal de campo Model. Los dos le comunicaron que no había nada que hacer; el mariscal Model no haría caso a las propuestas de rendición. Pero Wagener era más sagaz; Ridgway le dijo que podía volver bajo una bandera de tregua, para tentar su suerte «en el desastre que iba a producirse», o bien quedarse en su puesto de mando como prisionero de guerra. El interpelado no lo dudó mucho y optó por lo segundo. Ridgway pudo lavarse entonces las manos. Como escribe en sus memorias, «eso fue todo; ya no podía hacer más. En adelante, toda la sangre caería sobre la cabeza de Model».

El mismo día en que Ridgway hizo sus propuestas finales a Model, la Bolsa del Ruhr quedó dividida en varias bolsas menores. Al Sur del río Ruhr había dos, con una bastante mayor que incluía las ciudades de Düsseldorf y Wuppertal; al Este del río había otra, una pequeña «bolsa errante» de la que formaban parte el mando del Décimoquinto Ejército (von Zangen), y aún había otra bastante mayor al Oeste de Kassel.

Todas ellas se hallaban sometidas al ataque por el Sur y por el Este y, en algunos casos,, también por el Norte. Aunque tuvieran medios que les permitieran resistir un poco más la oposición en este día estaba limitada a un fuego intenso que sólo logró retrasar la marcha del avance norteamericano.

Ya habían comenzado las rendiciones masivas no autorizadas. La soberbia 116 División Panzer del general von Waldenburg, que había luchado diez meses en el Frente Occidental, se entregó cuando se vio en un callejón sin salida y marchó al cautiverio precedida por dos soldados y dos oficiales de la 8.ª División Acorazada estadounidense capturados en los encarnizados combates de Soest. Lo



mismo sucedió con la División Panzer Lehr, que tan bien se había batido en Normandía y en las Ardenas; su comandante en jefe, su estado mayor y los efectivos que les restaban siguieron análoga suerte.

La Fuerza T, grupo de investigación especial del 12 Grupo de Ejército, empezó a desparramarse por las posiciones alemanas para echar manos de los científicos, políticos, nazis y cualquier otra persona que, según los servicios de información, fuera digna de captura. El joven Krupp fue detenido como posible criminal de guerra, como también lo fue el hombre que facilitó la subida al poder de Hitler, Franz von Papen, el último embajador nazi en Turquía, donde no había logrado comprar al espía Ciceró el plan aliado de invasión de Normandía, fue uno de los muchos errores de su larga vida. Se capturaron armas secretas y los planos de las más modernas «armas de terror», así como fórmulas industriales que podrían ser de utilidad en la reconstrucción de la economía occidental de la posguerra. Un científico fue sorprendido trabajando en su laboratorio de Essen, junto a las instalaciones Krupp, en medio de las ruinas de la antaño floreciente ciudad, con la mente completamente desconectada de la catástrofe que se producía a su alrededor.

Lógicamente, algunos alemanes de los atrapados en las bolsas seguían negándose a la rendición, incluso en contra de las órdenes recibidas. El 17 de abril, el general von Mellenthin, del Quinto Ejército Panzer, fue informado de que el general Harpe, su comandante en jefe, preparaba la rendición; Mellenthin no era de esa opinión y con varios compañeros decididos atravesó las líneas aliadas y descansando de día y marchando de noche recorrió casi 400 kilómetros hasta ser capturado en Höxter, sobre el Weser, el día 3 de mayo, a los dieciséis de su escapada. Hubo probablemente varios miles de oficiales y soldados que hicieron lo mismo y que lograron huir.

La reducción de la Bolsa del Ruhr se convirtió en poco menos que un juego. Dos soldados del Primer Ejército, deseosos de entrar en combate antes de que fuera demasiado tarde, se apoderaron



Arriba izquierda: **El Ruhr en ruinas.** Arriba: **Von Papen (a la derecha) con el general Anderson (en el centro) y el teniente general Simpson.** Abajo: **Alfred Krupp, propietario del complejo de Essen, y Just Dilligart, magnate de las compañías de abastecimiento energético.**



de una locomotora alemana y lograron poner en marcha su motor diesel; con la compañía de otros camaradas con la misma idea, se lanzaron por la línea que pasa al Sur de Wuppertal, capturando por el camino a gran número de sorprendidos alemanes.

Aquel mismo día, el oficial de información del 311 Regimiento de Infantería norteamericana telefoneó al alcalde de Wuppertal y le preguntó si estaba dispuesto a entregar la ciudad, que era el objetivo final del Primer Ejército. El alcalde se negó, por lo que aquel insistió en que alguien podría hacerlo por él; el alcalde pareció estar de acuerdo y llamó a un coronel, a quien se hizo la misma pregunta, a la que contestó que tampoco tenía autoridad para pactar la rendición; por fin acudió al teléfono un general, quien declaró que no podía entregarse pues sólo estaba a cargo de la artillería y de las instalaciones de retaguardia. «Lo siento», dijo como excusándose, «pero no tengo autoridad para esto; pero, ¿puedo pactar mi propia rendición? ¿Sería suficiente?».

Fue suficiente y toda la ciudad, con una población de medio millón de habitantes, pasó a manos de los norteamericanos. Poco después, unos 16.000 prisioneros de guerra eran custodiados por dos policías militares norteamericanos, uno con un fusil y el otro con una metralleta; eran las únicas personas con autoridad en aquella masa de prisioneros.

Al terminar el 15 de abril, Model cayó en la cuenta de que se había hundido la capacidad de resistencia de casi todos sus hombres; su control era cada vez más endeble sobre las diversas bolsas, grandes y pequeñas, que todavía luchaban. Incluso su contacto con el Alto Mando dependía únicamente de la estación de enlace de Harz, que sufría el ataque norteamericano por el Este. El Alto Mando alemán le urgió ese mismo día para que reorganizara sus posiciones del modo que mejor pudiera, pero Model sabía que casi todas las divisiones que le quedaban contaban con menos de 2.000 hombres y carecían de artillería o de suministros que permitieran siquiera una endeble resistencia. Una operación ofensiva era impensable.

La situación empeoraba a pasos agigantados. El 16 de abril, las municiones habían descendido a un nivel peligrosamente bajo y no se contaba con armas de diversos tipos que reemplazaran a las perdidas. Las fuerzas de Model estaban ya totalmente divididas; una pequeña bolsa al Este contenía el mando del Décimoquinto Ejército, que sufría el asalto por el Sur y por el Este; otra mayor, al Oeste, encerraba al mando del Quinto Ejército Panzer, que también sufría el ataque norteamericano por el Sur y por el Este. El mismo Model no era más que un fugitivo que ejercía un ligero control sobre sus desparramadas unidades y tenía a sus propios mandos de estado mayor y personal del cuartel general como reserva final de urgencia. Ese día oyó por la radio que Zhukov había iniciado en el Este una nueva ofensiva; mediada la noche, 22.000 cañones rusos habían abierto fuego sobre las líneas alemanas y miles de carros se pusieron en marcha seguidos por numerosas divisiones. Al oír la noticia, se volvió a su primer oficial de información, que le sería fiel hasta el último instante, y le dijo: «Esto es el fin, el aplastamiento».

Reconoció que había llegado el momento de poner en práctica la fase final del plan ideado para evitar la vergüenza de la rendición. El día antes había decretado que todos los jóvenes y ancianos bajo su mando fueran licenciados y enviados a sus casas como civiles, con lo que pretendía salvar sus vidas y ahorrarles la humillación de una rendición formal. Así se había hecho ya y sólo quedaban veinticuatro horas para la entrada en vigor de la parte final de su orden del día 15. Los hombres restantes quedarían autorizados para rendirse individualmente, tratar de escapar a sus casas o efectuar una salida camino de las líneas propias, donde seguir la lucha.

En la mañana del 17 de abril entró en vigor este heterodoxo plan, y las diez-



Las unidades acorazadas rusas marchan hacia Berlín; carros Stalin.

madas unidades del Grupo de Ejército B dejaron de existir por efecto de un papel firmado, aunque en algunos lugares continuaron la lucha varias formaciones reducidas, pese a lo decretado por el mariscal de campo. Esa misma mañana, Model preguntó a uno de sus oficiales de Estado Mayor: «¿Hemos hecho, para justificarnos ante la historia, todo lo que pudimos? ¿Qué le queda por hacer a un jefe derrotado?». Se quedó en silencio unos momentos y luego añadió: «En la antigüedad, lo que hacía era tomar un veneno».

Las rendiciones en masa, iniciadas el día anterior, llegaban a hora a su apogeo. Cada división norteamericana envuelta en la lucha se apoderó al menos de 2.000 prisioneros, y algunas de 5.000. Un sorprendido soldado estadounidense salió de Wuppertal con 68 alemanes y al llegar al campo de prisioneros del regimiento llevaba 1.200. La 8.ª División de Infantería, que se abrió camino a través de la bolsa de Sur a Norte, capturó el día 17 un total de 50.192.

Por doquier se amontonaban los alemanes ondeando pañuelos, sábanas, piezas de mantelería o camisas, cualquier paño blanco que pudieran hallar; iban acompañados por sus jefes, los mismos que habían dominado durante años los campos de batalla de Europa y Africa: Bayerlein, del LIII Cuerpo de Ejército; Lüttwitz, del XLVII Panzer; Harpe, comandante en jefe del Quinto Ejército Panzer; Denkert, Waldenburg, Lange y los jefes de las divisiones 9.ª, 180, 190 y 338. Al terminar la jornada habían sido recluidos en los campos veintinueve generales alemanes y un almirante.

Con unas bajas inferiores a 10.000 hombres, entre muertos, heridos y desaparecidos, los ejércitos Noveno y Primero capturaron en el Ruhr unos 317.000 prisioneros; otros varios miles murieron en acción o desaparecieron el día 15, cuando Model dictó su sorprendente «decreto de desmovilización». A pesar de los muchos soldados cuyo rastro se perdió en los campos de prisioneros, que por regla general no eran más que unos campos abiertos cercados por una escueta alambrada, el número de los capturados era superior al conseguido por



Algunos de los 10.000 prisioneros capturados por la 99 División de Infantería del Primer Ejército de Estados Unidos. Vuelta: **Un gigantesco complejo de tiendas de campaña para los prisioneros.**





Izquierda: **Un anciano de la** Volksturm **se entrega.** Arriba: **El ejército alemán en retirada sigue destruyendo todos los puentes por los que pasa.**

los rusos en Stalingrado o Budapest, o por los aliados en Túnez, al final de la campaña del Norte de Africa. El 17 de abril de 1945 se superaron todas las marcas en cuanto al número de prisioneros.

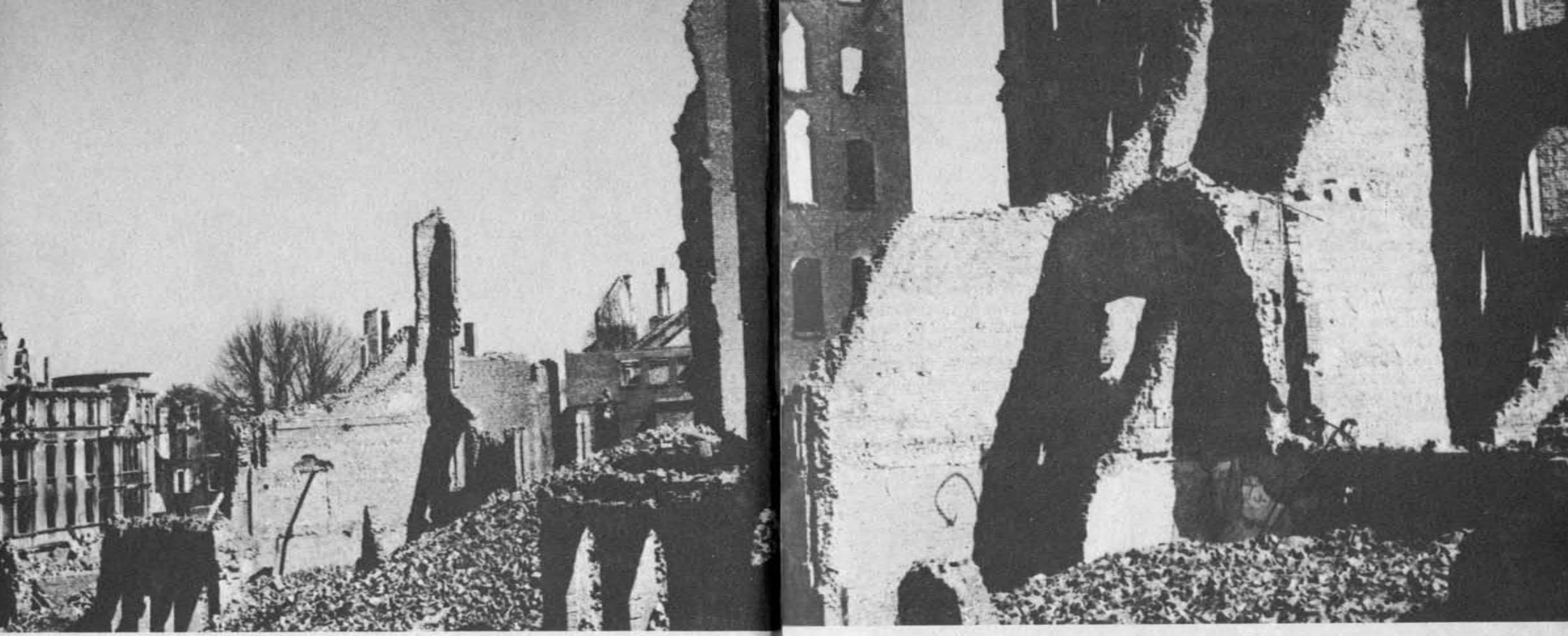
Sin embargo, Model seguía sin aparecer. Al tiempo que los norteamericanos se dedicaban a la limpieza de los pequeños focos de resistencia restantes, se dio la orden de buscar al diminuto mariscal y capturarle con vida. Bradley, que fue quien la firmó, recuerda en sus memorias: «Al recordar cómo había impedido este frío prusiano nuestro avance de septiembre por la línea Sigfrido, determiné que el hombre que me lo trajera sería merecedor de una medalla». Pero la única huella de Model que salió del Ruhr fue un enorme automóvil Mercedes Benz, para el servicio del estado mayor, que Ridgway entregó a Bradley como perteneciente al mariscal de campo alemán.

Durante los cuatro días que siguieron a la rendición, Model deambuló por las ruinas del Ruhr, eludiendo a las patrullas que se habían enviado en su búsqueda y acompañado por unos cuantos oficiales de su estado mayor que le siguieron leales. La rendición era para él algo incomprensible; refiriéndose a Paulus, y a su conducta en Stalingrado, había afirmado: «Un mariscal de campo no puede convertirse en un prisionero; es algo completamente imposible».

A uno de sus oficiales que volvió a plantear el tema de la rendición le contestó: «No puedo hacerlo, eso es todo; los rusos me tachan de criminal de guerra, y los norteamericanos, con toda seguridad, me entregarían a ellos para que terminara en la horca».

En la mañana del 21 de Abril sólo quedaban el mariscal y su oficial de información, al que manifestó: «Ha llegado mi hora; sígame.»

El oficial creyó que se refería a la rendición, pero pronto descubrió su error. Model se dirigió hacia la zona más densa del bosque cercano a Duisburgo; allí



El final del Tercer Reich.

sacó su pistola y entonces el oficial cayó en la cuenta de lo que el mariscal pretendía hacer.

«Todo es preferible a caer en manos rusas», le oyó decir. «Me enterrará en este lugar».

Un disparo fue suficiente. Así terminó la batalla del Ruhr, coronada por una tremenda victoria aliada, al menos si se atiende al número de prisioneros hechos y al territorio capturado. Para los alemanes constituyó una gran tragedia; en cuanto a Model, con independencia de la opinión que se tenga sobre la forma como terminó su vida, hay que reconocer que fue el único, entre los altos mandos alemanes, que llevó a sus últimas consecuencias la lealtad ciega a Adolf Hitler y al ideal nazi. El hombre que en la cúspide de su poder, al principio de la Batalla de las Ardenas, arengó a sus tropas el 16 de diciembre de 1944 para «que no defraudaran al Führer y a la patria... que avanzaran con el espíritu de Leuthen... que ningún soldado del mundo era mejor», sabía que el final del imperio nazi tenía que coincidir con el de su propia existencia.

A propósito de todo ello, el general Essame, del Ejército británico, ha escrito que, «guiándose por los patrones de conducta ingleses, esa muerte enturbiaba lo que hubiera sido un magnífico historial, tanto en el Frente Oriental como en el Occidental... En esa hora final no le quedaba otra cosa sino formar su propio grupo de combate, aunque estuviera compuesto por un hombre solo, y seguir batallando. Por todos lados había soldados aliados que le habrían garantizado una salida más digna de una escena en la que había interpretado tan distinguido, aunque también tan triste papel.»

Model no estaba dispuesto a un gesto tan dramático; posiblemente era realista, además de valiente. A diferencia de sus contemporáneos, Kesselring, von Rundstedt y Busch, no se sentía dispuesto a aceptar años de reclusión y la humillación de un tribunal aliado. El día de su muerte pagó al milenario Reich la deuda que había contraído, desapareciendo de la historia sin una cruz siquiera que indicara el sitio de su tránsito. El hombre que lo enterró afirmaría más adelante: «Por lo que sé, soy la única persona que conoce dónde está enterrado.»

Detrás dejaba una escena horrenda. En las ciudades del Ruhr, enormes montones de escombros bloqueaban las calles; los postes de la luz, retorcidos, alzaban su silueta en un ciclo todavía humeante. Los civiles se mostraban apáticos y deprimidos, fácil presa de muchos miles de desplazados y de prisioneros de la guerra en el Este, que se tomaban desquite por los muchos años de humillación sufrida por culpa de los alemanes. Las peleas, saqueos y asesinatos eran cosa frencuente y los pocos policías alemanes que quedaban, desarmados, se veían incapaces de defender a sus compatriotas. A pesar de la soleada primavera que se dejó caer sobre el Ruhr durante la última semana de abril de 1945, la región presentaba un cuadro de total y absoluto colapso, desconocido hasta entonces en todo el Occidente europeo después de cinco años y medio de guerra total. Todo había terminado; el «taller de Alemania» estaba reducido a ruinas.

Conclusión



Un gran teórico militar, el capitán Liddell Hart, escribió que «una marcha y una presión constante son la clave del éxito en cualquier penetración profunda o en cualquier persecución; una pausa de un día puede echarlo todo a perder.»

En la primera semana de abril de 1945, esta máxima básica parece que fue olivdada por el comandante supremo de los aliados, general Eisenhower, cuando ordenó a Bradley que atendiera prioritariamente al doble movimiento de cerco del Ruhr; solamente después de conseguirlo podría dirigirse hacia el río Elba, desde donde era de presumir que lanzaría la ofensiva final contra el apetecido premio (como él mismo lo denominaba) de Berlín, capital enemiga.

Hoy sabemos que Eisenhower tomó la controvertida decisión de detener la marcha del grueso de sus fuerzas (los ejércitos Primero y Noveno) hacia el Elba con el fin de esperar al enlace con las tropas rusas que procedían del Este; sin embargo, sus subordinados no conocían este detalle en aquella decisiva semana de abril, cuando elaboraban sus planes para la ruta final de la campaña, una vez atravesado el Rhin. El 27 de marzo, tal vez una semana después de que Eisenhower hubiera dado forma mental a esta estrategia final, Montgomery le envió el siguiente mensaje cifrado: «Mi cuartel general táctico se traslada al Noroeste, a Bonninghardt, el martes 29 de marzo. De allí... se trasladará a Wesel - Münster - Wiedenbrück - Herford - Hannover y finalmente, según espero, por autopista hasta Berlín.» Siete días después, y a los seis días de que Eisenhower anunciara su decisión a Stalin y a Churchill, el general Simpson, jefe del Noveno Ejército norteamericano, todavía creía que Berlín era su meta final. El 4 de abril recibió la «carta de instrucciones n.º 20» del 12 Grupo de Ejército, en la que se le ordenaba llevar a cabo una operación en dos fases: en la primera debía llegar hasta Hildesheim, a algo más de cien kilómetros del Elba; en la segunda debía «avanzar ordenadamente hacia el Este... aprovechando cualquier oportunidad de establecer sobre el Elba una cabeza de puente, con el fin de estar preparado para seguir el avance hacia Berlín o hacia el Nordeste».

Simpson interpretó esta orden en el sentido de que Berlín seguía siendo su objetivo. Comunicó a sus mandos de estado mayor que proyectaba «poner una división acorazada y otra de infantería sobre la autopista que pasa junto a Magdeburgo directamente hacia Potsdam, desde donde podría lanzarse sobre Berlín». Con toda alegría dijo a sus oficiales: «¡Caramba! Yo quiero ir a Berlín, y creo que todos ustedes, hasta el último soldado raso, también quieren hacer el viaje.»

El 15 de abril seguía haciendo sus planes para llegar a la capital; en dicha fecha se ordenó que tomara un avión y se personara en el cuartel general del general Bradley. Durante el trayecto concretó sus planes, en el sentido de que tan pronto como volviera de su visita a Brad-



El general Omar Bradley cruza el «Puente Hodges» sobre el Rhin.

ley lanzaría por la autopista a Berlín a la 8.ª División Acorazada y a la 83 de Infantería. En su destino, en Wiesbaden, le esperaba una desagradable sorpresa. Nada más verle descender del avión, Bradley le dijo con toda claridad: «Te voy a decir algo de inmediato: has de detenerte en el lugar donde te hallas; no puedes seguir avanzando. Has de quedarte a este lado del Elba.»

«¿De dónde viene esta idea?», protestó Simpson. «Yo puedo llegar a Berlín en veinticuatro horas.»

Bradley le respondió: «Ike me acaba de dar la orden.»

Aquí terminó toda la discusión; como alguien dijo con cierto sarcasmo, entre las tropas de Simpson y Berlín no se interponía sino «el mismo Eisenhower».

El plan original de Eisenhower para la marcha de la campaña después del cruce del Rhin preveía que el XII Cuerpo de Ejército de Bradley mantuviera el centro del frente, pero le confiaba un papel muy limitado. Los mayores esfuerzos recaerían sobre el 21 Grupo de Ejército de Montgomery, en el sector Norte. No obstante lo que puede considerarse como fracaso de Bradley en las Ardenas (no previó la posibilidad del ataque alemán y no contaba con un plan de emergencia para la retirada en el supuesto de que éste se produjera y no disponía de reservas que hicieran frente a tal eventualidad), el general estadounidense había dirigido a sus hombres con gran éxito; fueron de victoria en victoria y desde el mes de marzo él mismo exigía un papel de primer orden en la campaña final. Al igual que Montgomery, perseguía la gloria de dar la guerra por terminada; si se ponía en práctica el proyecto primitivo de Eisenhower, esto implicaría que los galardones de la última victoria recaerían sobre Montgomery, a quien Bradley aborrecía con toda su alma.

No es de sorprender, por tanto, que el 21 de marzo se gestara en su cuartel general un documento que alteraría el curso de la estrategia final. Se titulaba «Reorientación de la Estrategia» y en él se hacía constar que los objetivos aliados habían cambiado y que «los planes hechos los días del desembarco estaban anticuados... El área metropolitana ya no ocupa una posición de preeminencia... Todos los indicios dan a entender que el directorio político y militar del enemigo se halla actualmente en vías de trasladarse al Reducto de Baviera».

Para hacer frente a esta presunta amenaza planteada por el mítico «Reducto Alpino», en el que de acuerdo con fuentes mal informadas los alemanes defenderían sus últimas posiciones, Bradley propuso que su grupo de ejército dividiera Alemania en dos trozos mediante un profundo avance por la región central. Tal sugerencia, a la que había que añadir los ruegos concretos del interesado en solicitud de un papel más importante para su grupo de ejército, así como un telegrama de Washington en el que el general Marshall aconsejaba evitar cualquier conflicto con los rusos que



De izquierda a derecha: **Dempsey, Bradley, Montgomery y Simpson.**

avanzaban desde el Este, convenció a Eisenhower y le hizo tomar la nefasta decisión del 28 de marzo de 1945. Ese mismo día, de una forma sin precedentes, envió un telegrama al mariscal Stalin comunicándole una decisión que entonces no era conocida por los jefes del estado mayor conjunto, ni por los gobiernos de Washington o de Londres, ni menos aún por su lugarteniente, el mariscal del Aire sir Arthur Tedder: «Mis inmediatas operaciones están encaminadas al cerco y destrucción del enemigo que defiende el Ruhr... Creo que esta fase... terminará a finales de abril, o tal vez antes. Mi objetivo consistirá entonces en dividir las restantes fuerzas adversarias mediante el contacto con sus tropas.»

Así se tomó la desgraciada decisión del «Stop en el Elba», con todas sus implicaciones políticas, de gran significancia y trascendencia; de pronto el Ruhr

adquirió el rango de objetivo principal del grueso de las tropas estadounidenses en Europa. Ciertamente, siempre había desempeñado un gran papel en la estrategia aliada, pero, aún cuando Eisenhower se hubiera inclinado de algún modo por el movimiento envolvente de la región, también había tenido en cuenta el avance que Montgomery pretendía realizar al Norte de la importante zona industrial camino de Berlín, operación que era la base principal de su estrategia al otro lado del Rhin. Súbitamente, el Ruhr se convirtió en un objetivo primario, correspondiendo al avance desde el puente de Remagen un papel equivalente al que se concedía a la marcha desde el Rhin alrededor de Wesel. Eisenhower, después de la guerra, escribiría en su *Cruzada de Europa:* «El primer paso de este movimiento (hacia la destrucción final de Alemania) era el cerco del Ruhr; dicha región había sido siempre uno de los factores principales de nuestros planes, y en aquel momento nada nos indicaba la eventual conveniencia de abandonar tal objetivo. Antes bien, era fácil apreciar que el doble movimiento envolvente no sólo separaría definitiva y totalmente el Ruhr industrial del resto de Alemania, sino que entrañaría la destrucción de uno de los mayores cuerpos de ejército que quedaban al enemigo... Un objetivo natural, más allá del Ruhr, era Berlín, que política y psicológicamente era importante como símbolo del lider alemán; pero, en todo caso, decidí que no era el objetivo lógico ni el más apetecible para los aliados occidentales».

A causa de las presiones ejercidas por el aluvión de protestas procedentes del lado británico, al saberse que los aliados se detendrían ante el Elba, Eisenhower se vio en la necesidad de admitir a Churchill, en un telegrama, que «si en cualquier momento se produjera la situación «Eclipse» (el colapso o la rendición de Alemania) avanzaríamos de inmediato a lo largo de todo el frente... y Berlín sería incluído entre nuestros objetivos primordiales». Era lo más que el comandante supremo podía comprometerse; pero la misma concesión se habría producido en el caso en que la marcha de las operaciones contra el Ruhr hubiera experimentado un curso distinto, una vez que los ejércitos Primero y Noveno establecieron contacto en Lippstadt.

Kesselring, que era quien debía enfrentársele, habilísimo estratega, se dio cuenta en seguida de lo que Eisenhower debía hacer en cuanto los hombres del Grupo de Ejército B de Model fueron cercados el día 2 de abril; refiriéndose a la decisión de defender el Ruhr, tomada por el Alto Mando de Berlín, señala en sus memorias lo que sigue: «El Alto Mando de la Werhmatch quizá supuso que la ruptura del cerco ya no tenía probabilidades de éxito, y que un grupo de ejército en la bolsa entretendría a un número de soldados suficiente para dificultar un avance profundo hacia el Este. Tal vez creyó también que el grupo de ejército podría ser avituallado por el Ruhr y que, en consecuencia, las demás unidades del frente recibirían mayores suministros».

«Pero, en realidad, en el Ruhr había alimentos que, para el grupo de ejército y la población civil, sólo durarían dos o, como mucho, tres semanas. Desde un punto de vista estratégico, el Ruhr no era de interés para Eisenhower; su objetivo se hallaba más al Este. La única esperanza de entretener a un enemigo numeroso residía en una defensa tenaz y al mismo tiempo agresiva, algo que, por lo que yo había visto, no era nada probable».

En efecto, Kesselring, que en el pasado se había ganado una firme reputación por su capacidad para «olfatear» las intenciones enemigas y que había conseguido, gracias a este sexto sentido, el reconocimiento general como especialista en la defensa, se equivocó rotundamente acerca de la intención estratégica de Eisenhower al afirmar que «el Ruhr era, en aquel momento, un objetivo norteamericano; el Segundo Ejército británico y el Noveno norteamericano seguirían sus operaciones en dirección Nordeste y Este, dejando el Ruhr detrás».

Se equivocaba en esto. El mismo día en que los dos ejércitos norteamericanos establecían contacto en Lippstadt y en que Hitler, en una «conversación privada», admitía que la derrota total de Alemania era, no ya posible, sino probable, Eisenhower retiraba al Noveno Ejército del mando de Montgomery y lo empeñaba, en gran parte, en la lucha por el Ruhr.


Kesselring el 15 de mayo de 1945.

El resultado fue doble: por un lado, Montgomery, considerablemente frenado por la falta de las quince divisiones del Noveno Ejército, atenuó la velocidad del avance por la ruta septentrional. Los estrategas norteamericanos y británicos consideraban esta ruta como la más conveniente para llegar al «corazón de Alemania», esto es, a la capital y centro administrativo del país. A pesar de las energías y premuras características del comandante en jefe inglés, sus hombres carecían del espíritu y de la potencia (características muy propias del Noveno Ejército norteamericano) precisas para protagonizar un avance veloz hasta el Elba y seguir después a la otra orilla del río, única realidad que podría haber forzado a Eisenhower a considerar de nuevo su decisión de no avanzar hacia Berlín. Pero el progreso de Montgomery fue relativamente lento, frente a un enemigo que intentaba mantener abierta una vía de escape de Este a Oeste y a través del Elba para que los soldados y la población civil pudiera huir de las avanzadillas rusas; pero de esta forma sólo se consiguió llegar al mar Báltico, con lo que, por un margen de algunas horas, se impidió al Ejército Rojo su penetración en Dinamarca.

Por otro lado, dieciocho divisiones norteamericanas, entre ellas dos acorazadas que eran sumamente necesarias, se vieron envueltas durante dos semanas en el aniquilamiento de la Bolsa del Ruhr; estas fuerzas podrían haber llevado a los dos ejércitos estadounidenses al Elba y a la orilla opuesta al menos una semana antes de la fecha en que efectivamente se alcanzó el río, que era la última barrera natural antes de Berlín. A fin de cuentas, lo único que estos dos poderosos ejércitos hicieron fue asegurar varias cabezas de puente con unos efectivos que no pasaban de un grupo de combate, e incluso en una de ellas se sufrió una sangrienta derrota que provocó la evacuación. Es verdad que, en caso de lanzarse con todas sus fuerzas hacia el Elba, habrían dejado escasas tropas de contención en ambos lados de la Bolsa del Ruhr, con el consiguiente riesgo de que los alemanes en ella encerrados supusieran un peligro real y grave para las líneas de comunicación; pero, como hemos visto, todos los intentos de Mo-

del por romper el cerco fueron rechazados con relativa facilidad, y el mismo Kesselring había subrayado la falta de potencia ofensiva tanto del Grupo de Ejército B como de su comandante en jefe. Parece que Model consideró todas las órdenes recibidas de sus superiores, dictadas con el afán de infundirle moral y avivar su espíritu ofensivo, pero totalmente desconectadas de la situación real. La actitud de Model, desde el mismo instante en que los aliados cruzaron el Rhin, podría resumirse en dos palabras: fatalismo y apatía.

Cabe, pues, estimar que los aliados pudieron encomendar la vigilancia del Ruhr a tropas de segunda línea, o bien a algunas de las divisiones bisoñas que ya habían llegado a Europa en número suficiente, haciéndoles ocupar posiciones a lo largo del canal Rhin-Herne por el Oeste, y del Sieg por el Sur. Nada impedía que las divisiones veteranas de Simpson y de Hodges cruzaran el Elba, porque el Ruhr habría caído por sí sólo, debido a la falta de alimentos o de moral, además de la fuerza incontenible de los bombardeos aéreos aliados, que en aquellos días empezaban a sentir la falta de objetivos.

El general Patton, jefe del Tercer Ejército, había hecho varias jugadas parecidas en la campaña de 1944-45, dejando sus flancos sin protección (como podría haberse hecho en el Ruhr) pero haciendo que las columnas blindadas penetraran profundamente en territorio enemigo; así llevó a cabo su espectacular avance de más de 300 kilómetros a través de Bretaña, con la 4.ª y la 6.ª divisiones acorazadas. Ciertamente, ni Simpson ni Hodges eran como Patton, pero bajo su mando había bastantes generales de división, como White, de la 2.ª Acorazada o Rose, de la 3.ª, que demostraban el mismo espíritu arrojado y caballeresco que distinguía al peculiarísimo jefe del Tercer Ejército. La respuesta de Patton a sus jefes subordinados, cuando le mostraban su preocupación por unos flancos desprotegidos, era invariablemente un lema simple y valiente: «Dejen que sea el enemigo el que se preocupe de nuestros flancos».

Cuando el 11 de abril de 1945 el Noveno Ejército llegó al Elba, se volvió a solicitar el cruce del río con fuertes efectivos y la continuación del avance hacia Berlín; Eisenhower se mantuvo firme una vez más, apoyado por superiores como Marshall, y por subordinados como Bradley. Fue este último quien le hizo ver que la toma de Berlín costaría «unas cien mil bajas... desde el cruce del Elba... Un precio excesivamente elevado para un objetivo de prestigio.» Tal opinión se expresaba cuando los alemanes habían sido decisivamente derrotados ya en el Oeste; la única conclusión que cabe es la que el consejo de Bradley estaba motivado por razones personales. Si los aliados hubieran seguido hacia Berlín, el avance habría estado bajo el mando de Montgomery, que no sólo habría necesitado el Noveno Ejército, sino también otras unidades, probablemente del Tercero de Patton, que marchaba, sin encontrar apenas resistencia, hacia el fantástico Reducto Alpino. En otras palabras, Bradley habría quedado al frente de una operación secundaria, mientras que el detestado Montgomery se alzaba con los laureles de la victoria final.



Arriba: **Patton.** Derecha: **La conquista ha terminado; las tropas norteamericanas descansan.**

Por su parte, Eisenhower no actuó por motivos tan personales y nacionalistas; creyó que su posición en el Elba no era

Norteamericanos y rusos se encuentran sobre el Elba; una amistad que pronto se agrietaría.



tan segura como muchos estimaban. Dirigiéndose a los jefes del estado mayor conjunto, tres días después de la llegada de Simpson al Elba, escribió: «La intención de mi plan es detenerse ante el Elba y limpiar los flancos.» Al día siguiente explicó sus razones en otra nota dirigida al mismo grupo:

Aunque sea verdad que hayamos establecido una pequeña cabeza de puente sobre el Elba, debe recordarse que al río sólo han llegado nuestras puntas de lanza, mientras que nuestro centro de gravedad se halla todavía bastante atrás».

A este gran debate Eisenhower añadió además una nueva dimensión: la logística. Pero, para ser sinceros, debiéramos añadir que si había dificultades de logística, a él se debían por haber permitido que sus ejércitos se abrieran de acuerdo con la vieja y desacreditada estrategia del «frente amplio», que malgasta las fuerzas. El 1 de abril habían cruzado el Rhin un total de cuarenta divisiones, pero sólo ocho se habían situado al Norte del Harz, en el camino directo hacia Berlín. Al Sur de este sistema montañoso permanecieron un total de treinta y una divisiones norteamericanas, entre ellas las del Séptimo Ejército, muchas de las cuales se empeñaron en la innecesaria reducción de la Bolsa del Ruhr, que duró hasta el 18 de abril, y del Harz, que cayó por fin el día 22. En este mes de abril se contaba con la potencia combativa y con la capacidad logística precisas para un avance más importante: por desgracia, en opinión de Winston Churchill, las fuerzas se hallaban en un lugar equivocado y apuntaban en una dirección también equivocada.

Al final, el Ruhr se convirtió en campo de batalla entre dieciocho divisiones norteamericanas y veintiuna alemanes, del que resultó la ocupación de 9.000 kilómetros cuadrados de territorio, la destrucción de los principales centros industriales de Alemania y la eliminación de 320.000 soldados. Todo esto costó al Noveno Ejército 2.452 muertos, y algunos más al Primero.

Atendiendo al número de prisioneros y al territorio ocupado, la victoria apenas fue costosa: una de las más fáciles de toda la guerra para el bando aliado; pero no por eso dejaba de ser pobre.

No abrevió la guerra, ni provocó el efecto psicológico que la caída de Berlín hubiera causado. Cuando más inflamadas estaban las acaloradas discusiones entre ingleses y norteamericanos acerca de la controvertida decisión de Eisenhower de detenerse ante el Elba, Churchill hizo una desesperada y última apelación a Roosvelt, para convencerle de la importancia vital de la capital enemiga como objetivo inmediato, estratégico y político, en el mes de abril de 1945. En un telegrama presidente norteamericano le decía: «Nada igualará, en cuanto a los efectos psicológicos de desesperanza sobre las fuerzas alemanas de resistencia, la toma de Berlín; constituiría la señal máxima de la derrota a los ojos del pueblo alemán».

Al no ser atendidas estas advertencias, la guerra siguió durante otras cinco semanas a partir del histórico contacto entre los dos ejércitos norteamericanos victoriosos en la pequeña ciudad de Lippstadt, con las consiguiente pérdidas de vidas y de material en el bando aliado.

El hecho de que la guerra se prolongara más de lo necesario no es tan importante como el de que la larga batalla en el Ruhr, con sus consecuencias sobre la campaña que podría haberse emprendi-

do al Este del Elba, contribuyó indirectamente a la nueva fisonomía de la Europa occidental a partir de 1945, que supuso la redistribución territorial más importante de este siglo.

El mismo Eisenhower advirtió la íntima relación existente entre el aniquilamiento de la Bolsa del Ruhr y cualquier otra campaña posible más allá del Elba. El 6 de abril se dirigió al jefe del Estado Mayor de Washington, general Marshall, con estas palabras: «Debe contar ahora con un período de tiempo durante el cual las líneas del mapa no avanzarán con la rapidez de las últimas semanas. Debemos hacer una pausa para digerir el gran bocado que hemos tomado en la zona del Ruhr». Cuando sus divisiones llegaron al Elba se demostró, por la velocidad del avance y las escasas pérdidas sufridas, que los cálculos de 100.000 bajas hechos por Bradley eran absurdos. Pero Eisenhower todavía pudo justificar su decisión basándose en el problema de los abastecimientos y del «bocado» que tenía que asimilar, innecesariamiente, en el Ruhr.

El general Marshall, su protector y guía calificó la batalla del Ruhr de «victoria única, ganada muy a las espaldas de nuestras posiciones, sobre nuestras mismas líneas de comunicación». Pero, a mi modo de ver, cuando los historiadores militares sometan a su ponderación la contribución de Eisenhower a la campaña de Europa occidental, considerarán sin rodeos como uno de sus mayores errores estratégicos las operaciones de la Bolsa del Ruhr. Logicamente, pertenece al reino de la hipótesis todo intento de adivinar lo que habría sucedido si los aliados occidentales no hubieran convertido el Ruhr en su objetivo principal en abril de 1945 y, por el contrario, se hubieran adelantado a los rusos en la toma de Berlín; no cabe duda que con una oposición, al nuevo peligro del Este, advertido por Churchill, habría sido muy distinto el mapa político de la Europa central de hoy. Tal vez por este motivo se ha escrito tan poco sobre una batalla que permitió hacer un número de prisioneros mayor que el de los capturados por los rusos en Stalingrado o por los aliados al terminar la campaña del Norte de Africa. Los historiadores han reconocido lo anodino de toda la operación, a pesar del heroísmo y de los sacrificios realizados por ambos contendientes.

En un análisis final, la batalla del Ruhr jamás debió haberse producido.



Bibliografía

A Soldier's Story, por Omar Bradley (Eyre & Spottiswode, Londres; HGolt, Rhinehart and Winston, Nueva York).
Crusade in Europe, por Dwight Eisenhower (Doubleday, Nueva York).
Struggle for Europe por Chester Wilmot (Collin, Londres, Harper & Row, Nueva York).
The German Army in the West por Siegvried Westphal (Cassell, Londres, Athenaum Verlag, Frankfurt).
The Memoirs of Field-Marshal Kesselring (Kimber, Londresm Athenäum Verlag, Frankfurt).
The Last Battle por Cornelius Ryan (Collins, Londres, Simon & Schuster, Nueva York).
The Last 100 Days por John oland (Barrker, Londres, Random House, Nueva York).
Company Commander por Charles MacDonald (Ballantine, Nueva York).
Battle for Germany por H Essame (Scriber, Nueva York).

SAN MARTIN
HISTORIA DEL SIGLO DE LA VIOLENCIA

batallas libro n.° 10

En las ciudades del Ruhr, montones de escombros obstruían las calles, mientras los retorcidos postes de la luz se silueteaban grotescamente sobre un cielo aún cegado por el humo. A pesar del fuerte sol de primavera, el Ruhr ofrecía la imagen del mayor y más fatal colapso conocido en Europa occidental. Todo había acabado. El «taller de Alemania» estaba en ruinas.

